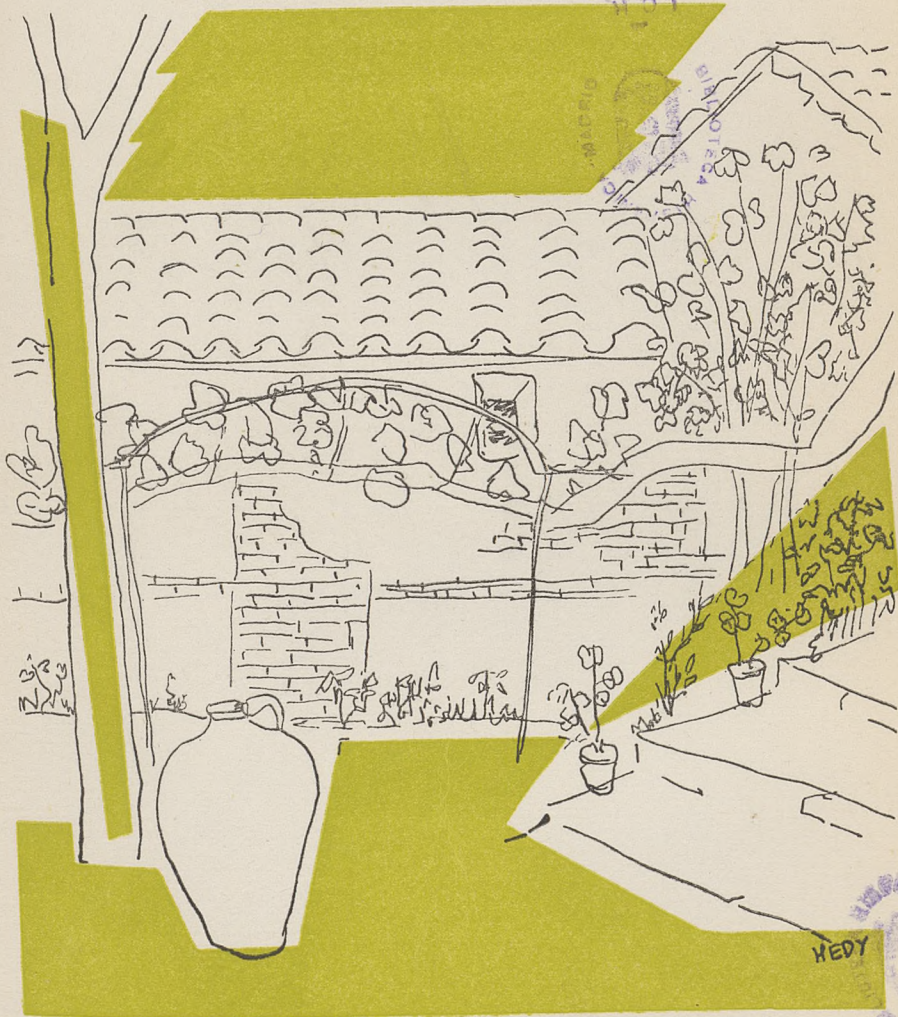


CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID
OCTUBRE, 1957

94

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTORES

MARQUES DE VALDEIGLESIAS
LUIS ROSALES

SECRETARIO

ENRIQUE CASAMAYOR

94

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA

LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos.

Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91

M A D R I D

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Arazo, núm. 864. *Buenos Aires*.—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. *La Paz*.—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro*.—Consulado de España en *Bahía*.—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.^a, núms. 19-49. *Bogotá*.—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Calí*.—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla*.—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín*. Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. *Santander*. *Bucaramanga*.—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica*.—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana*.—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo*.—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3.916. *Santiago de Chile*.—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil*.—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito*.—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.^a Avenida Sur y 6.^a Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador*.—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*.—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila*.—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.^a Avenida, 12, D. *Guatemala*.—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.^a Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango*.—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula*.—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa*.—Rvdo. P. José García Villa. *La Celva*.—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*.—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua*.—Agustín Tijerino. *Chinandega*.—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá*.—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal, 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción*.—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima*.—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico*.—URUGUAY: Eisa Uruguaya, S. A. Calle Obligado, 1.314. *Montevideo*.—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas*.—Distribuidora Continental. *Maracaibo*.—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Köln, 1, Postfach. *Alemania*.—IRLANDA: Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín*.—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas*.—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (VIème)*.—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux*.—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa*.

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Alcalá Galiano, 4

Tel. 249123

M A D R I D

Precio del ejemplar 15 pesetas.

Suscripción anual 160 pesetas.

RENUEVO EN EL 12 DE OCTUBRE

POR

JORGE MAÑACH

Para los que no creemos demasiado en la utilidad de las fechas como meros símbolos o alusiones, la del 12 de octubre viene obligada a cobrar sentido cada vez más preciso y auspiciar actividades cada vez más eficaces, si ha de seguir preservándose del verbalismo en que, como se sabe, naufragaron por mucho tiempo sus invocaciones.

Se ganó ya mucho en concreción al cambiarse por "Día de la Hispanidad" la denominación anterior de "Día de la Raza". Demasiado vacua y absoluta esta palabra, resultaba, además, casi cómico emplearla para instar mejores relaciones entre España, hecha ella misma de tan varios estratos étnicos, y su América filial, cuya diversidad de vetas raciales es aún más visible. En el mejor de los casos parecía querer decir que la fecha era sólo significativa entre españoles y criollos de esa raíz, con lo cual muy cuantiosas porciones humanas de aquellas tierras se sentían como invitadas a la indiferencia.

Con el nuevo vocablo, "Hispanidad", se salió ganando, por lo pronto, en poner de relieve que no se trataba de honrar una comunidad de sangre, cada vez más precaria, sino de origen histórico y de patrimonio cultural. Frente al "Columbus Day" de los norteamericanos, que cifra todo el sentido del 12 de octubre en la persona egregia del descubridor y, a lo sumo, le obsequia cierta indirecta gratitud a Italia, planteó España su derecho incontestable a que se asociara a las evocaciones de la fecha, además de la proeza de un hombre, la de un Estado que la hizo posible, la de un pueblo que la extendió en el tiempo y en el espacio mediante algo más que la conquista guerrera y la colonización administrativa: con la transfusión de su propio espíritu.

Lo de "Hispanidad" era, pues, más exacto y más justo. Sin embargo, no se gana nada con desconocer que tampoco él deja de suscitar algún que otro reparo. El más atendible de ellos, el de que resulta demasiado unilateral y hasta "imperial", halló pábulo, sobre todo, en el hecho de que la palabra surgiera en un determinado momento político español, y para designar no ya un mero estado de ánimo pasajero (como el del "Día de la Raza", que era sólo un día en que los discursos hacían todo el gasto), sino un designio permanente y todo un movimiento orgánicamente estructurado bajo auspicios oficiales. En ciertas zonas de opinión americanas, donde esos reparos se manifiestan aún, prosperó la sospecha de que España sólo procuraba con eso compensar, mediante la proyección de sí misma en los pueblos de su estirpe, el aislamiento a que otros la tenían entonces reducida. Se temía, además, "hacerle el juego" a la modalidad de pensamiento político por ella adoptada, tan distinto del que los pueblos americanos sentían como vocación histórica.

Repito que no se gana nada con ignorar esas resistencias. Por el contrario, se les ha de hacer frente mostrando que, cualquiera que sea su validez, hay un interés superior y común de todos los pueblos hispánicos que, sobreponiéndose a todas las intenciones o beneficios particulares, abona y aconseja la unión de ellos. Ese interés es el que entraña la potenciación de la propia personalidad mediante la asistencia de entidades afines. Dicho con palabras mucho más sencillas: aquello de que la unión hace la fuerza. Desde que se rompió su vinculación política, los pueblos hispánicos están como ensimismados y a la defensiva en un mundo que, sin embargo, tiende cada vez más a las grandes concentraciones o "ententes" por afinidad de origen o de designio. Para poder pesar en ese mundo y hasta defenderse de él, los pueblos que hablan español (con todo lo que de comunidad espiritual ese solo hecho supone) necesitan empezar por conocerse, ponderarse y asistirse entre sí. Ese es un interés primordial, y es hora ya de que no se le sacrifique a resabios,

suspicias o diferencias de orden puramente histórico y, por ende, subalterno.

Ahora bien: tampoco la común tarea que a ese interés capital responde ha de tener implicaciones comprometedoras de los intereses y la personalidad individuales. El mayor cuidado de la Hispanidad, sobre el de ser una empresa conjunta, y no unilateral, ha de consistir en hallar un delicado equilibrio entre lo uno y lo diverso. Me permito copiar aquí algo que sobre este mismo tema escribí hace un año: "No se trata, por lo pronto, de cesión alguna de personalidad o de peculiaridad de un lado o de otro, cuanto menos de ninguna subordinación parcial. Se trata, sencillamente, de que ambas zonas hispánicas se conozcan recíprocamente en la integridad de sí mismas, en todo aquello en que aún concuerden y en todo lo que ya las distinga por obra de su diversa experiencia. Ni el solo conocimiento basta: se trata, además, de que se traten con más intimidad; de que entren efectivamente en comunicación y contacto, canjeándose ideas, obras, curiosidades y preocupaciones, otorgándose facilidades de trabajo y como de espiritual conciudadanía. Se trata, en fin, de quererse como quiere siempre el cariño entrañable: por los defectos tanto como por las virtudes, por la desemejanza no menos que por el parecido..."

Si la tarea de la Hispanidad no debe parcializarse en el espacio, es decir, caer en la unilateralidad reduciéndose a la óptica o al interés de una sola de sus vertientes, menos aún ha de parcializarse en el tiempo con acentos que puedan parecer demasiado... arqueológicos. Convendrá siempre recordar el doble complejo psicológico con que nos topamos en este problema de las buenas relaciones. España es un pueblo cargado de tradición, de pasado, y naturalmente tiende a poner en los grandes recuerdos los acentos de su propia apología. América, en cambio, desde su independencia, tiende a valorar menos su tradición que su vocación. Huelga decir que ambas actitudes, cuando se las extrema, son poco "constructivas". Engendra la primera una suerte de orgullo en-

firmizo, porque del solo pasado ningún brío se alimenta: la memoria vale principalmente como acicate y mentora de la voluntad, es decir, de las realizaciones actuales. Mas, por lo mismo, resulta en cambio ciega y atolondrada la voluntad sin memoria, que es a lo que ciertos americanos quisieran instar a nuestros pueblos. El futuro, como simplemente tal, es aún más vacío que el pasado. Por muy vocados que se sientan a lo nuevo, esos pueblos necesitan cierto peso de tradición. Lo necesitan como lastre estabilizador, pero también como factor coeficiente de su personalidad. La literatura de la guerra ha abundado mucho en el tema del excombatiente que, por haber perdido totalmente la memoria de shell-shock, ya no sabe quién es ni de dónde viene y vive como sin rumbo, a la vez sin pasado y sin futuro...

La fecha de la Hispanidad tiene para América ese sentido recordatorio de su origen, que es uno de los dos polos entre los cuales se ha de dibujar su personalidad madura. Es también natural y útil que España la aproveche para honrar sus blasones. Los Reyes Católicos, los Pinzones, los conquistadores férreos, los misioneros sublimes, los más iluminados varones del Derecho de Indias, timbres de gloria son para España, y si tales imágenes conjuran ante los ojos de América otras menos positivas, justo es que reconozcamos el ancho margen de nobleza con que rebasan los estragos que a toda empresa semejante acompaña. Pero la Hispanidad no puede limitarse a ser una mera exhumación de pasadas glorias, cuanto menos una refutación de la leyenda negra. Debe también dar testimonio de todo aquello en que España es aún creadora y celosa de su propio futuro.

Lo actual español y lo actual americano se ven demasiado bajo signo político, lo cual quiere decir también, e inevitablemente, bajo signo polémico. Hay que ir al interés común, que es —no vacilemos en reconocerlo— el de la cultura científica o creadora, el de las técnicas y las realizaciones al servicio de la vida y el de esos módulos profundos de conciencia en que todos los hispánicos nos sentimos afines y

peculiarizados ante el resto del mundo. Justo es decir que así anda hoy orientado esto de la Hispanidad. Pero aún queda mucho por hacer, y la voluntad de llevarlo a cabo sin desmayos, tibiezas ni recelos es lo que debemos renovar cada 12 de octubre.

LA BELLA DURMIENTE DEL MAR

POR

EDUARDO CARRANZA

Todo cuanto luego fué grande y glorioso —héroes y patrias, imperios y ciudades, navegaciones y batallas— estuvo antes en los sueños y en el corazón de los poetas. Apresuró la sangre y subió a melodía, a música andariega, en los labios del vate famoso o de anónimo cantor. Todo fué antes en la palabra poética, que tuvo siempre un valor creador y fundacional, y que siempre convivió hermosa y heroicamente con la Historia. Siempre, junto al estribo del César, fué un juglar. Siguiendo al Cid, tras el paso heroico de su caballo por encinares de Castilla, por pinares de Cuenca, por olivares andaluces, hasta desembocar en el mar azul de Valencia, va el anónimo juglar de Medinaceli con su epopeya sobre el corazón. Ante el Emperador, cuando atraviesa su imperio sobre el "negro potro del desierto moro" en que le pintara el Tiziano, vuela como un gerifalte el soneto inmortal de Hernando de Acuña. Y le sigue su corte renacentista de galanes heroicos —Cetina y Garcilaso, Acuña y Diego Hurtado de Mendoza—, que a un tiempo crean el imperio y la lengua poética en que todavía hablamos con Dios, con el mundo y con nosotros mismos los hispánicos de aquende y allende los mares. Colón cruza el Océano, poeta de sí mismo. En Lepanto, sobre la proa de una galera, mientras Don

Juan de Austria alcanzaba la media luna, Miguel de Cervantes se desangra de su brazo izquierdo para mayor gloria de la mano diestra. Y Bolívar, cruzando pampas desmesuradas, trepando riscos y cortando ríos con su pecho, fundando patrias y vaticinando, es a un tiempo Odiseo, Aquiles y Homero de su epopeya. Todo fué antes en la palabra poética; también las tierras soñadas que luego se convirtieron en nuevas Indias, en temblorosas Américas. Me gusta siempre pensar que en el romancero español, soñado, vivido y escrito por ese gran poeta que es el pueblo, estaba ya contado el descubrimiento de América, y que allí se narra casi la navegación de las carabelas. Me gusta pensar que allá por el último tercio del siglo XV —ya lo dije otra vez—, en Salamanca por ejemplo, y en lo alto de una torre, la torre del Clavero por ejemplo, una doncella de ojos claros, que era princesa de Castilla, oyó cantar, entre el río y las estrellas, algún romance como aquel que empieza:

Conde niño por amores,
es niño y pasó la mar...

O aquel otro de la infantina que anduvo sobre las olas para cortar la flor del agua:

Mañanita de San Juan
anda el agua de alborada.
Estaba Nuestra Señora
en silla de oro sentada,
bendiciendo el pan y el vino,
bendiciendo el pan y el agua,
cuanto en el mundo vivía,
cuanto en el mundo se halla.
Dichoso varón o hembra
que coja la flor del agua.
La hija del rey lo oyera
de altas torres donde estaba.

Muy de prisa se vestía,
más de prisa se bajaba.
—Yo me viniera aquí solo
por coger la flor del agua...

O aquel otro, tan misterioso, del conde Arnaldos, que ve llegar una galera —velas de seda, jarcias de plata torcida— tripulada por el órfico marinero que solamente canta su canción, la canción que detiene las olas, suspende el vuelo de los pájaros y hace subir los peces a la superficie del mar; que sólo canta su canción a quien mágicamente va con él. Y me place pensar que la princesa de ojos claros, oyendo este romance, sintió en sus entrañas la alegría y el estremecimiento de América, y entendió la canción del marinero y se fué con él hacia una tierra lejana, cálida y fragante, bajo el vuelo de las palmeras y los pájaros de colores. América.

* * *

América existía calladamente como un extendido y adormecido cuerpo de doncella tras el ala de la distancia y de la fábula. Esperaba con labios de enamorada. Con sonrisa de espuma. Con su tórrida piel de arena silenciosa. Con su voz de sirena india dulcemente ronca.

América, azul de ríos. América apoyaba sus pies sobre la tierra de fuego y un quieto relámpago congelado coronaba su frente septentrional. En torno a su delgada cintura el verano deliraba, bebiendo un vino de palmeras, y danzaban las olas y los vientos oceánicos. Por la pampa huían los corceles del viento. Ardían en la selva las maderas fragantes y brillaban los ojos del tigre entre las flores peligrosas. Se oía la patética respiración del abismo. Se abrían inmensas flores casi femeninas. Crecían los árboles de súbito. Perfumaba la piña y parpadeaban los cocuyos.

Sobre los páramos tocaba la niebla su flauta desleída. Por los hondos valles en donde el alba desemboca "como una

roja turba de leones" circulaba la fiebre como una florida sangre terrible. Cruzaban ráfagas de fruta y bandadas de flechas. Por los inmensos ríos desbocados bajaban la tarde y las piraguas. La india melodiosa coronaba sus cabellos con una rama furiosamente verde. Una rama de esperanza brillaba sobre la morena sien de América.

En la madrugada de un día como éste, hoy hace cuatrocientos sesenta y cinco años, el grito de un español dividió la Historia en dos y despertó a la Bella Durmiente del Mar. En la proa de la "Santa María" vigilaba el almirante de frente silenciosa,

en cuya mano pálida y errante
florece la rosa de los vientos.

El puro viento de Castilla inflaba las velas. El dorado viento andaluz. El húmedo viento galaico. El viento músico del Levante. El seco viento de Extremadura. El aguileño viento del Pirineo. El inmenso viento de España y de Cristo. El viento del espíritu.

Y fué América, nuestra Hispanoamérica, que tiene forma triangular, de arpa y corazón. Forma cordial de caracol, en donde puede escucharse, como un mar, el porvenir. Fué América pedestal de una nueva y total humanidad. Asiento de la raza universal creada por España, sembrada por España en su darse y desangrarse sin medida y sin término. Dándose a lo divino, que, según palabras de santo, consiste en dar lo que se tiene y más de lo que se tiene. Y fué un nuevo destino, todavía inconcluso, planeando sobre el mundo. Todo por el amor de España fundadora.



ARTE Y PENSAMIENTO

SIGNIFICACION ANTROPOLOGICA DEL JUEGO

POR

J. J. LÓPEZ IBOR

La realidad se ofrece al espíritu humano como una trama compacta, que se ve en la necesidad de disociar si se quiere comprender. Asombra el gran número de palabras que se refieren a la actividad de la mente humana y que empiezan con el prefijo "dis": distinguir, disertar, discriminar, discutir, discernir, discurrir y tantas otras más. Si esta actitud preliminar se torna permanente, aparece el peligro de toda operación intelectual: el de destruir la realidad a fuerza de disociarla.

El trabajo psicológico se halla amenazado de un modo muy perentorio por los peligros de esta antimonia. El análisis excesivo de los actos humanos conduce a su destrucción y a la sustitución de la rica encarnadura de la realidad primaria por las débiles pavesas, que son las ideas. Y es que, en el fondo de cualquier problema psicológico, se palpa siempre la misma cuestión, nudo gordiano de toda tarea psicológica: la presencia de la unidad cuerpo-alma. Si el psicólogo, para penetrar hasta la medula de este nudo gordiano, lo corta, resulta destruída aquella unidad, pero no más hondamente conocida. Y las consecuencias son incalculables.

Veamos una en el plano pedagógico. Al dualismo cuerpo-alma corresponde, en el plano pedagógico, el dualismo educación intelectual, por un lado, y educación física, por otro. Y si, con otra técnica partitiva, fabricamos tres en lugar de dos fragmentos, nos tropezamos con la trilogía: educación física, educación intelectual y educación moral. ¿No corremos así el peligro de perder, en esta perspectiva tripartita, lo que más nos interesa, que es el hombre mismo?

Quizá iniciando la respuesta por el estrato más modesto e inferior aparecerá más justificada la peligrosidad de llevar el análisis de la realidad a sus más extremas consecuencias.

¿Qué sentido tiene, en esta coyuntura, la educación física? Cuando se leen las razones que en su pro esgrimen muchos libros de pedagogía queda uno tan asombrado por su pobreza que bien quisiera engrosar las filas de sus denigradores. Y cuando se pretende justificar el tiempo que se dedica a los deportes por una acción moralizadora *ex vacuo*—absorción de tiempo y energía— el desencanto llega a la tristeza.

En el fondo, se trata de un falso entendimiento de la enemistad cuerpo-alma, que olvida una verdad más esencial y primera: la de su unidad sustancial. El cuerpo pertenece a la unidad del hombre, y una declaración de autonomía lleva implícita la amenaza de la ruptura. Tratemos de ver esto a través de lo que se ha dado en llamar educación física.

Hay un modo natural de realizar la educación física, que se halla constituido por los deportes. Deportes son los juegos al aire libre. Henos, pues, ante el hecho del cual hemos de partir forzosamente si queremos llegar a un planteamiento del problema en su pura raíz: el hombre es un ser que juega.

La necesidad de jugar del hombre se manifiesta desde sus primeros pasos en la vida. Se trata, pues, de uno de sus más radicales modos de ser. Pero es curioso anotar los diversos empleos de la palabra jugar: la niña juega con sus muñecas, el escolar juega a saltar cabrillas, adolescentes y jóvenes juegan al fútbol, el hombre maduro juega al bridge o al ajedrez. ¿Qué tienen de común estas actividades para que resulten enunciadas por el mismo verbo? En otros idiomas su radio de acción es aún mayor: en alemán “spielen”, como en francés “jouer”, se aplica a la interpretación de una pieza de música o de un papel dramático. ¿Qué ha conducido a tamaña hipertrofia significativa? ¿Sólo una pobreza del lenguaje? ¿O más bien el lenguaje se ha mostrado

aquí, como en tantas ocasiones, depositario de una honda, escondida y profunda sabiduría?

El hecho de que los animales juegan nos obliga a inquirir si toda esta cuestión no se reduce a la existencia de un instinto cuya presencia se ensarta en toda la escala zoológica hasta llegar al hombre. Pero, apenas formulada esta cuestión, aparecen una serie de preguntas subsidiarias: ¿es un instinto específico, como el sexual o el del hambre? En tal caso, ¿en qué se diferencia de éstos?

Freud, en una segunda etapa de su doctrina, elaboró una metapsicología que ampliaba el ámbito de su psicología, contenida en las fronteras de la libido. Partía de una observación muy sencilla: un niño pequeño se entretenía en echar fuera de su cuna una pelota u objeto que se le había dado; pero, no bien la pelota había desaparecido, la volvía a traer hacia sí una y otra vez. Lo sorprendente para Freud era la *reiteración*, porque tal reiteración iba contra el principio energético de la acción instintiva de carácter libidinoso.

De ahí dedujo la coexistencia en el hombre de dos instintos: el sexual y el llamado “instinto de repetición”. Pero ¿de qué honda entraña emana esta fuerza instintiva? La repetición es el sello de lo muerto, de lo inorgánico. La vida vuelve a la muerte, es decir, a la materia inorgánica de donde partió. Este hecho primordial reaparece en la vida del hombre en forma de reiteración de experiencias indeseadas, que contradicen el principio del placer, por el que se rige la libido. Así se explica que los neuróticos puedan soñar, una y otra vez, hechos traumatizantes de su vida anterior, lo cual se halla en contradicción con la tesis de que los sueños son realización de deseos que la vida real no satisface, según la primitiva hermenéutica freudiana.

El hombre es, pues, un ser instintivamente dilemático: “eros” y “tanatos”, amor y muerte o destrucción son los gnomos que rigen en sus entrañas. Freud resume en esta fórmula dos grandes líneas de pensamiento que han agitado

tantas mentes en el curso de la historia: la del “eterno retorno” y la de la “evolución creadora”.

El juego, por consiguiente, en la tesis freudiana, no es más que una manifestación especial del instinto de la muerte. La fórmula viva de tal instinto, valga la paradoja, es la del instinto de agresión. Eros y tanatos se transforman en amor y agresión. No cabe duda que ignorar los instintos agresivos en la naturaleza humana es desconocer uno de sus más poderosos reductos. ¿Es el juego sólo una manifestación de la agresión?

Detengámonos un poco en el análisis de cualquier actividad lúdica. Lo que más llama la atención es que la pura actividad del juego se desarrolla muchas veces sin finalidad. Es frecuente contraponer el trabajo al juego; lo cierto es que, de la fatiga del trabajo, descansa muchas veces más la actividad del juego que la inercia del reposo. Esta ausencia de finalidad permite que el juego se pueda repetir indefinidamente. Quisiera, antes de pasar adelante, esquivar una objeción, basada en la existencia de las reglas del juego y de la ganancia del mismo. Pero esto son estructuras añadidas a la pura actividad del juego, y cuya presencia la comprendemos mejor a partir de unas reflexiones que haré más adelante: ahora basta con que —siquiera sea de paso— consignemos que el juego, con reglas y ganancias, es el juego humano en su madura evolución.

Las reglas del juego sirven, entre otras cosas, para yugular la agresión; pero no es ésta su finalidad primordial. Basta ver a dos animales que juegan para darse cuenta de que el juego no es una proyección ni un resultado del instinto de agresión. Es verdad que en pleno juego puede saltar la chispa agresiva, pero entonces, automáticamente, el juego deja de serlo.

La inhibición de los instintos en la dinámica freudiana vienen del mundo exterior o del super-yo; pero aquí nos encontramos con una manifestación instintiva que ya, constitutivamente, surge con esa amputación de su finalidad. La

niña que juega con sus muñecas, ¿qué fin persigue? El niño que, sin ton ni son, le da a una pelota, ¿qué fin persigue? El bebé de Freud, que alejaba y atraía a la pelota, como un astro a sus planetas, ¿qué fin perseguía?

Ingenuamente mirando, con la ingenuidad del que busca verdades primarias y no racionalizaciones tardías, *la actividad del juego nos ofrece el sorprendente secreto de subsistir por sí misma*. Lo primario en ella no es el fin, la presa, como en la satisfacción del instinto sexual o de agresión, sino *la actividad misma*.

En la mayor parte de las interpretaciones, bien cotizadas, del hombre como ser vivo, se deja de lado este hecho primordial: el de ser capaz de actividades autónomas. Se piensa que todo estímulo ha de venir de fuera. En la dialéctica hombre-mundo se hallan, según tales interpretaciones, repartidos los papeles de tal manera que la pregunta corresponde siempre al mundo, y la respuesta, al hombre, como ser vivo. Lo cierto es que también el hombre es capaz de preguntar, es decir, de tener una actividad autónoma, y tener la fruición del preguntar mismo, la fruición de la propia actividad.

Es más, esto es una característica biológica general, como lo es el juego. Coghill ha demostrado que los movimientos en los animales se inician espontáneamente, y no como respuesta a un estímulo exterior. Como decía la doctrina escolástico-aristotélica: lo que distingue al ser vivo es la automoción. Este es el "novum" que aparece en el estrato biológico, al diferenciarse del estrato material, en el que imperan las leyes de la física y de la química.

Preyer ya observó que el niño, a las cuarenta o cuarenta y una semanas, hace intentos de sentarse, intentos que no provienen de ninguna incitación que parta del medio externo, sino de sí mismo. Y también de un modo autónomo comienza el niño, a los once meses, a golpear el plato con la cuchara, e incluso a entretenerse con las diferencias de

sonido conseguidas según la otra mano esté o no apoyada en él.

Que la actividad del juego no tenga un objetivo no quiere decir que sea una actividad vacía: al contrario, como tal actividad muestra un esplendoroso carácter de plenitud, puesto que es una *actividad creadora de un mundo propio*. Ved un niño jugando; se identifica con los personajes del juego, y el menguado espacio real en que se mueve se halla poblado por una intensa trama vital. Ocurre como en el teatro, donde la acción de los personajes se muestra siempre en extrañas perspectivas vitales que tocan al fondo del corazón. Si nos preguntamos si el niño se cree, realmente, que su sombrero de papel es un casco romano, haremos una pregunta sin sentido, porque está hecha desde el mundo del adulto. Para el niño es simultáneamente un cucurucho de papel y un casco de acero.

La *actividad lúdica* se halla contrapuesta a la *actividad seria* de la vida. Sólo el que tiene las necesidades cubiertas puede dedicarse a jugar, a no tomar la vida en serio. La vida seria es el trabajo; pero es un error limitar la vida a sus aspectos puramente serios. Y aún nos cabe la duda de si estaría bien empleado aquí tal adjetivo. Porque también el juego puede tomarse en serio. Lo cierto es que trabajo y juego son dos tipos de actividades que se integran en la forja del proyecto vital de cada ser.

Antes hemos señalado las diversas ocasiones en las que se utiliza la palabra juego, desde la niña que se entretiene con sus muñecas o el niño con su pelota hasta el juego dramático. *En todas ellas existe una apelación al mundo de la fantasía*. No puede lograrse una interpretación profunda del fenómeno del juego sin integrarla en la esfera de la imaginación y la fantasía. El niño juega con imágenes que tienen para él un valor real, pero distinto de la realidad corriente. Si juega a guardias y ladrones, su amigo X es un ladrón o un guardia sin dejar de ser X. Es como una especie de ser metafórico que encubre el ser real.

La racionalización excesiva a que ha estado sometida la psicología en los últimos decenios le ha hecho olvidar el papel importantísimo que desempeña la imaginación en la vida del hombre. La psicología hablaba sólo de representaciones como las huellas que dejaba en la mente las percepciones y sobre las cuales se realizan las operaciones mentales. Las representaciones son, pues, genéticamente, exógenas. En las imágenes se revela la autonomía del ser.

Los juegos son manifestaciones de la vida y actividad de la fantasía. Los juegos físicos, los deportes, son modos de expresarse la fantasía motora. Cada edad tiene un modo de jugar distinto, y desde la niñez a la vejez el juego preferido experimenta dos transformaciones: por una parte, se hace menos físico cada vez hasta su anulación, como en el juego de cartas. Por otra, se racionaliza más, como en el ajedrez; pero como no puede dejar de ser juego es el azar, en una u otra presentación, el que suple al proceso imaginativo. El azar es como la fantasía en el suceder, inyectada desde fuera, en el curso de los acontecimientos humanos.

El juego humano no puede, en consecuencia, reducirse, en su interpretación, a un instinto más. Menos aún si se tiene en cuenta que la distinción entre uno o varios instintos es una pura distinción intelectual. El juego es la expresión de un modo de actividad del ser que tiene un valor de comunicación con el mundo que le rodea y consigo mismo. Por eso los juegos más completos son siempre los que podríamos llamar multívocos o polifónicos, porque apelan a diversos registros del teclado personal.

¿Qué tienen que ver estas reflexiones con el deporte y, en general, con todos aquellos juegos que se agrupan bajo el nombre de educación física? Precisamente porque creo que tienen una relación intrínseca es por lo que he tratado de averiguar lo que era el juego. Acabamos de ver que el juego es pura actividad creadora, y que como tal tiene que ver con el mundo de la fantasía. ¿Qué proceso análogo existe en los juegos más puramente vertidos a la corporalidad,

como son esos juegos al aire libre que se llaman deportes?

¿Qué ocurre cuando un adolescente le pega una patada al balón? Que existe allí una pulsión agresiva es evidente, pulsión agresiva que se descarga y renueva. Es curioso anotar la gran cantidad de juegos cuya estructura dinámica consiste en una pelota que va y viene, como en el ejemplo del bebé de Freud. Pero hay más: en la acción de pegar al balón se concreta en aquel momento toda la actividad del ser, que se acumula como un impulso dinámico que va más allá de sí mismo.

El cuerpo humano puede vivirse de modos muy distintos. Puede elaborarse una antropología humana a base de ese diverso modo de habitarse el cuerpo. Unas veces es una cárcel, como para el místico. Otras, un lugar de tormento, como para Job. En otras, una fuente de erotismo que no se limita sólo a distritos determinados, sino que alcanza a la cutícula más extrema del mismo. Y así podríamos poner multitud de ejemplos, cada uno de los cuales puede ser fuente de reflexiones fecundas.

En el deportista el cuerpo es, en primer término, fuente de energía. Ha existido toda una línea de pensamiento que han estribado el juego sobre la sobreabundancia energética del cuerpo, la "overflow of energy", como decía Spencer. En esta línea podríamos anotar además a Schiller, a Jean Paul y a Beneke. El acto del deportista sería un acto liberador de energía, una verdadera catarsis. Al deporte se le atribuyen unas ciertas influencias moralizadoras, haciéndose eco de esta tesis y contraponiéndola a la liberación de la represión sexual. En el fondo ambas provendrían de la misma sobreabundancia impulsiva y siempre sería mejor abrir las esclusas del deporte que las de la satisfacción sexual. El aire libre es la cura de montaña para los tuberculosos del erotismo. Cualquier educador con experiencia sabe cuánta verdad existe en estas afirmaciones. Las generaciones actuales son evidentemente más puras y limpias, en este aspecto, que las del primer tercio del siglo presente. Pero yo pienso

muchas veces que el fenómeno debe ser más complejo, aunque no sea ahora el momento de desentrañar toda su complejidad; porque esa purificación no es sólo un fenómeno individual, sino que responde a un cambio simultáneo, genéticamente coincidente, en el clima social. El hombre cambia continuamente sus estilos de vida; cada generación posee un estilo propio. Un cambio de estilo de vivir entraña un desplazamiento de la zona de intereses. Lo que el hombre piensa de sí mismo es lo que trata de hacer de sí mismo. El ideal se elabora al mismo tiempo que se persigue. Un cambio en los modos de pensar trae un cambio en los modos de vivir; pero los modos de pensar no surgen como operaciones dialécticas, sino como cristalizaciones de estados de ánimo.

La patada del futbolista al balón es algo más que una descarga de energía. En aquella patada se concentra, en un instante, toda la actividad de un ser que parece escaparse tras la trayectoria del balón, como en otro sentido se le escapa también al jugador de golf tras la trayectoria de aquella pequeña e insignificante bola. Es, si se quiere, un cierto modo de encontrarse ser y mundo, en el que el cuerpo parece como trascender, como rebasarse, como derramarse. Buytendijk ha dedicado profundas reflexiones a este "modo de encontrarse".

Tenemos del cuerpo, cuando le hacemos objeto de reflexión intelectual, una imagen demasiado anatómica y por consiguiente estática. Y aun cuando lo veamos en una estatua que expresa movimiento, como el *Discóbolo*, el hábito del análisis intelectual nos lleva a recortar la imagen fijada de la sucesión de imágenes cinéticas. Es distinto contemplar un movimiento así escindido en sus componentes que vivirlo en su intimidad. Sería largo y quizá inoportuno una explicación más detenida de esta tesis acerca de "la trascendencia del cuerpo en la acción". Aun en la acción de mirar yo estoy más en lo mirado que en el punto geométrico o espacial en que me hallo.

El mundo se aparece, pues, al pie del que juega a la pelota como espacio flúido y resistente al mismo tiempo; existe allí el fenómeno físico de dos cuerpos que chocan como dos bolas de billar y el fenómeno vital de un contacto. ¿Qué es lo que siente el aviador, según los magníficos relatos de Saint Exupéry, o el alpinista, según los de Herzog, en la situación en que le coloca su "proeza" deportiva? Una nueva forma de contacto vital con el mundo, caracterizada por la coexistencia de la fruición y del riesgo. El riesgo es inherente a toda acción deportiva en más o menos grado; así aparece *la fruición del riesgo*.

Pero hay más en aquel acto primario de darle al balón: junto a la fruición y al riesgo existe la improvisación y el sometimiento a reglas. Lo que caracteriza al juego deportivo es precisamente que se somete a unas reglas cuya transgresión supone la eliminación del mismo.

Por eso el juego deportivo es una creación humana (Buytendijk). La unidad sustancial del hombre reaparece como el tema eterno de la melodía humana. Los monos no juegan ni son capaces de jugar al fútbol. En el deporte se crea un mundo de cultura también, y esto se halla condensado en las reglas deportivas. El impulso agresivo coexistente en muchas manifestaciones deportivas encuentra un freno: el que lo traspasa cae en la esfera de la animalidad. Que también el hombre puede llegar ¡ay! a estas caídas como a la evasión por el otro extremo: el de la santidad.

La regla no impide la improvisación, expresión de lo que tiene de aventura, de experiencia inédita, a pesar de hallarse cien veces repetida, que ofrece toda acción deportiva. El juego humano, a diferencia del juego de los animales, cristaliza en formas que son análogas a las del mundo del espíritu. El juego animal se halla, en su vida toda, cerrado sobre sí mismo. La reiteración impera y domina, lo es todo. En el juego humano la reiteración es principio de novedad y de creación. El hombre tiene un mundo abierto, y esta apertura no se manifiesta sólo en el plano del espíritu, sino

en sus más bajos estratos biológicos. La apertura supone un modo especial de comunicarse con el mundo y hasta la posibilidad de ser mundo para nosotros mismos; es decir, de que el ser se descubra a sí mismo. ¿Qué duda cabe que en la actividad lúdica el ser aprende a conocerse a sí mismo y aprende a conocer al mundo?

En este análisis de la situación deportiva nos hallamos manejando unas categorías que tienen poco que ver con la hipertrofia muscular o la figura corporal del atleta. El deporte no es sólo una educación física en sentido estricto, ni debe serlo. Aún más, convertir el juego deportivo en cultivo puro de la corporalidad como estructura óseo-muscular es desintegrarlo, degradarlo. Ya sé que esto ocurre y que esto es uno de los peligros que amenazan la vida deportiva. Incluso los propios juegos olímpicos, con el objetivo puesto en batir el *record*, constituyen una viva amenaza a la esencia misma del deporte. Como también el profesionalismo amenaza a la esencia misma del juego, porque lo aproxima al trabajo. Volvemos a la vieja contraposición entre ocio y negocio. (Pieper ha publicado un opúsculo seductor sobre el ocio como base de la cultura.)

Las categorías anteriores tienen que ver con algo más que el hombre anatómico o fisiológico; *tienen que ver con la personalidad misma*. He aquí el verdadero papel del deporte en el plano educador. Cansados estamos de oír mentar el ejemplo de las universidades inglesas, más atentas a la educación de la personalidad que a conceder una masa de conocimientos a sus alumnos. Y las universidades americanas se caracterizan tanto por sus "campus" como por sus laboratorios. El deporte contribuye a formar la personalidad adolescente en su contacto vital con el mundo, al igual que en la edad infantil el juego pone en marcha disposiciones que de otro modo quedarían eternamente dormidas.

Este contacto vital se refiere no sólo al mundo físico, sino al humano. Las reglas del juego deportivo son creación de los hombres, y el sometimiento a ellas es ya el aprendi-

zaje de una convivencia. En algunos deportes la convivencia adquiere formas más complicadas. En el deporte se quiebra, por el lado corporal, la tensión aisladora del ser humano, y esta trascendencia iniciada en el plano de la actividad fisiológica (golpear una pelota) asciende rápidamente al plano personal: convivencia con los coequipiers, competición con el enemigo al que no hay que destruir, sino sólo vencer, manteniendo la integridad de los valores personales, etc. Porque sin el equipo enemigo no hay equipo propio. El juego exige esta convivencia con el competidor, que es imprescindible para su existencia. Proyecta, sí, en el plano de las relaciones humanas algo que pertenece a la estructura misma del juego. El jugador juega con la pelota y la pelota con él. La pelota que recibe algo devuelve algo también. Si no el juego sería imposible.

No es un puro azar el florecimiento actual de las competiciones deportivas. Como toda actividad humana, tienen un sentido. El hombre actual muestra, por una parte, una tremenda tendencia solipsística. La racionalización de la vida moderna ha fracturado numerosos contactos vitales que el hombre tenía en otros tiempos. A medida que el Estado actual, que la organización social expande más sus redes aprisionando todos los posibles contactos humanos, el hombre se aísla; pero simultáneamente actúan sobre él otras fuerzas que le arrancan de ese aislamiento. Y entre ellas se halla la actual frondosidad de las competiciones deportivas.

Existe una, sobremanera ejemplar, en este sentido: el fútbol. ¿Es que puede considerarse puro capricho de los tiempos el crecimiento, quizá hipertrófico y desmedido, de la afición al fútbol? Repárese un momento que si esto ocurre en España no es una singularidad de nuestro país, sino de otros muchos. ¿Por qué atrae tanto el fútbol? Existen aquí dos cuestiones: la del fútbol como juego y la del fútbol como espectáculo. De la primera hemos hablado ya, aun-

que quizá no suficientemente. De la segunda sólo puedo agregar aquí unas palabras.

El fútbol como espectáculo es, en primer término, una especie de catarsis colectiva. Opera sobre el espectador moderno de un modo análogo a como la tragedia sobre el griego antiguo. Este parangón podría enseñarnos mucho sobre las características psicológicas del hombre moderno. El griego tenía la tragedia y los juegos olímpicos. El hombre actual tiene el teatro, el cine y el fútbol. No es igual el espectro psicológico del espectador en uno y otro caso.

En el espectador del fútbol existe una especie de participación vital en el juego como en el asistente a los misterios dionisiacos. La identificación entre espectador y jugador es flúida, cargada de una dramática tensión, en definitiva, liberadora. La educación colectiva siempre ha tendido a una moderación de las pasiones, y no cabe duda que el fútbol como espectáculo desempeña ese papel. Ya sé que algunos argüirán alegando las pasiones que despierta, pero éstas son evidentemente menores. Basta con que pensemos en un estadio lleno para una competición deportiva o para una competición política.

El hombre es, después de todo, un ser capaz de desmesura. La desmesura es un peligro que dimana de algo que le es más propio que ninguna otra cosa: su libertad. La desmesura, vecina del pecado, es una manifestación de su libertad.

El pecado corrompe el alma y cualquier desmesura es una palpitante amenaza de corrupción del ser humano. También en la actividad lúdica se halla contenido ese peligro. Por todas partes nos rodea un abismo, que los ciegos no quieren ver. De tal abismo periférico no puede salvarnos más que la vuelta al centro personal, desde el cual todas las cosas adquieren su sentido y se iluminan con su propia luz. Porque es una luz que viene de lo alto.

Juan José López Ibor.
Olivos, 18 (Parque Metropolitano).
MADRID

HERNÁN CORTÉS EN LA CONQUISTA DE ANAHUAC

POR

ADRIANO DEL VALLE (†)

He aquí uno de los últimos poemas inéditos de Adriano del Valle. El poeta, nacido en Sevilla en el año noventa y cinco, y desaparecido en Madrid durante este mismo mes de octubre del cincuenta y siete, obtenedor de los Premios Nacionales de Literatura "Fastenrath" y "José Antonio", y en cuya extensa obra se cuentan volúmenes tan interesantes como *Arpa fiel*, *Primavera portátil*, *La innombrable*, etc., no sólo era un frecuente y valioso colaborador de la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, sino también un claro, entrañable amigo de todos cuantos la hacemos.

Con este romance hispánico, tan vinculado al más profundo sentido de CUADERNOS como a un aspecto muy característico, en lo formal y en lo interno, de la poesía de Adriano del Valle, nuestra Revista se une a la condolencia de todos aquellos —muchos, por suerte— que pudieron disfrutar la cordialidad, la poesía y la gracia del amigo muerto.

*¡Cómo Dios colma de gozos
los rumbos que en Él confían!
Tras de las sombras, la aurora,
la Tierra Firme, la albricia,
el alba de Guanahani,
El Dorado y La Florida,
arrecifes de coral,
ríos de arenas auríferas,
bandos de plumas parlantes
dialogando con las brisas,
no con trinos, con palabras;
y, en las aguas cristalinas,
piedras y peces debajo,
nubes y estrellas encima,
la virginidad del orbe
dándonos los buenos días,
y en cada vuelta del mundo,
del Edén en cada esquina,
la tortuga y la oropéndola,
el jaguar junto a la orquídea,*

la mariposa, el bisonte,
la sorpresa y la delicia
de descubrir lo ignorado,
de soñar las cosas vistas,
pudiendo alcanzar el cielo
empujando el alma arriba,
que en la brújula de Dios
la aguja infalible es guía
del rumbo orientado a un trópico
no inventado todavía.

Así llegó a Nueva España
la flor de la bizarría
castellana: Hernán Cortés.

Y así empezó la Conquista.

En el alcázar de popa,
Cortés, alterado, grita.

Es el Capitán, que arenga;
y es su gente la indecisa.

Escuchad, mares y cielos,
escuchad lo que decía...

—Haced barrenar las naos,
salvando su artillería,
bombardas y falconetes,
ballestas, hachas y picas,
que para volver a España
proveerá Santa María...

Y el fuego, en manos del viento,
exequias hará cumplidas.

Por ser cada nave un puente
que a regresar nos concilia,
aun siendo naves del Rey,
démoslas por bien hundidas...—

Cortés, ordenó, y sus voces
el eco osó repetirlas,
a la vez que el bastimento
en tierra a salvo ponía.

*La historia le da al barreno
el lugar que al fuego quita,
pero el incendio de Roma
éste otro incendio vindica.
Cuando el héroe llegó al Valle,
sus naves, tras él, ardían
y al arder los galeones
desde la cofa a la quilla,
la esmeralda del Caribe
cual rubí resplandecía
con olas a fuego lento
y sirenas encendidas,
que en mascarones de proa
arde la mitología
de deidades oceánicas
hasta el pecho sumergidas.
Aguas de Tierras Calientes
que el fuego calentaría,
con flotillas de piraguas
en las jóvenes orillas.
Antorchas eran las naves,
tizones soltando chispas,
fuego, que, de gavia en gavia,
trepada vergas arriba;
paje vivaz era el viento
aventando las cenizas.*

*Así que el Real asienta,
nubes de flechas le hostigan,
venablos, sierpes volantes,
que, ávidas de sangre, silban.
Mientras, Cortés, sobre el lago,
entre las cumbres no extintas
de los volcanes, al indio
dispara en sus culebrinas,
con botafuego, el estruendo*

mayor que oyeron las Indias.
Cortés, ecuestre, fogoso,
es la imagen centaurida
que aumenta el terror del indio
cuando piafa y relincha.

Aborígenes morenos,
plumaje de negra endrina,
ojos de negro azabache
tras de la azagaya, en filas,
—así las olas del mar
cuando el viento las derriba
contra el cantil, en su intento
de emular las altas cimas—,
eran humano oleaje
rompiendo en sangre nativa
hasta que llegó la paz,
que fué española y benigna.

Después, llegó Moctezuma
asentado en áurea silla,
guarnecido el palanquín
de marfil y perlas finas
con tal oriente de luz
que al sol le daban envidia.

Esmeraldas con reflejos
submarinos, eran islas
del fulgurante archipiélago
de una hermosa pedrería.

Los zafiros y turquesas,
los topacios y amatistas,
obsidianas y rubíes,
diamantes y aguamarinas,
sobre el Cacique enlazaban
sus lapidarias familias
dibujando en cinco soles
una astral cosmogonía.

Llegó, y al Virrey, las lanzas,

las doblegadas rodillas,
rindieron acatamiento
como el vasallaje obliga.
Dignatarios traen el oro
que a sus plantas depositan,
rehenes de la victoria
del Capitán de Castilla,
Hernán Cortés, mandatario
de la Corte Carolingia
de Carlos Quinto, que impera,
como un sol que no declina,
alto, más allá del mar,
del carro de Apolo auriga,
como el César de una España
que Cortés ya multiplica
con las águilas aztecas
que a las serpientes vigilan.
Otro mundo, otro hemisferio
y otra nueva astrología...
Guayacán, ébano, mangle,
creciendo en selva tupida;
guayabos, laureles, cedros,
las siempre verdes sabinas,
lo visto y no visto antes
vegetando en selva bíblica;
lianas, enneas, bejucos
que la exploración complican
con su maraña textil;
las azucaradas piñas
rezumando miel y abejas
por sus gajos y celdillas;
los decapitados cocos
manando por sus heridas
parietales agua y pulpa
de su masa gris, blanquísima;
chirimoyas y zapotes,

*umbrosas, altas coníferas;
enervante vaho de fiebre
junto al árbol de la quina;
mil variedades de cactus
y cien mil de sus espinas;
con el maíz y el guarango,
otras mil plantas nutricias
y mil frutales: el dátíl,
el mamey, la yuca, limas,
aguacates y bananas,
el cacao y la vainilla;
la güira y el palo santo,
las nuevas especierías,
la estupefaciente coca
que duerme a quien la mastica;
con bálsamos aromáticos,
propiedades curativas
creciendo en forma de selva,
de manglar o de manigua,
con trampas de infierno verde,
botanizando perfidias
de serpientes enroscadas
en mortíferas anillas;
pumas, jaguares, bisontes,
vicuñas, llamas, chinchillas,
caimanes, monos, vizcachas,
y alegre volatería,
plumada nube volante
de alada luz parlanchina.*

*Tribus de gigantes ceibas,
caobas, y las virgíneas,
paradisíacas maderas
que aroman, sudan, destilan
—azándar, áloe, copal,
liquidámbar, trementina—,
la emanación que a la estrella*

*sube desde la semilla.
El nopal y la biznaga,
la flora lacustre, anfibia,
cuyo polen por el aire
llegó desde las Antillas;
y a la sombra del magüey
nació la flora mestiza
con el narciso, flor griega,
y el clavel, flor de Sevilla.
Médanos y palafitos,
las salitrosas marismas,
los canales y las ciénagas
al quetzal le humedecían
el tornasol de sus plumas
azuladas y amarillas
y al volar, pájaro iris,
bañado en la luz del prisma,
era Adonis de las aves
si es Venus Doña Marina,
Garza real, garza humana
que al Conquistador hechiza.*

*¿Hechos? Cholula y Otumba,
Tlaxcala... Exodo en fila
sobre puentes de cadáveres
que fueron tropa aguerrida
en torno a Tenochtitlán.
En su noche más sombría,
Cortés, en su noche triste,
lloraba a lágrimas vivas
bajo el árbol de aquel valle
que cobijaba su hombría,
su heroísmo en la batalla
que estaba más que perdida,
cuando se volvieron lanzas
las cañas, las flechas indias.*

*Pero tornó la victoria
por la Voluntad Divina.
Dándole paz a la espada,
Hernán Cortés pacífica;
una vez, con guantelete,
y otra, con voz persuasiva,
sabe, con segura mano,
domeñar la rebeldía
si la hubiere, o bien premiar
hazañas, gestas patricias.
En los templos y pirámides
derroca el rito homicida
del sacrificio a los dioses,
la sangrienta idolatría.
Tiene la cruz por balanza
de una cristiana justicia;
gobierna en nombre del Rey
y en nombre de Dios bautiza.
Así sojuzgó Cortés
Anahuac, la tierra indígena,
tierra anegada en el agua
donde empezó la Conquista,
donde las armas de España
fueron espadas invictas
ganadoras de riquezas
en la lid, no en la rapiña,
que, cual Castilla del Oro,
Méjico eclipsó a Castilla.*

DANIEL VAZQUEZ DIAZ EN LA HISTORIA DEL ARTE

POR

JOSE MARIA MORENO GALVAN

Cuando, hace pocos meses, fué inaugurada en el Instituto de Cultura Hispánica su nueva Sala de Exposiciones, nuestro crítico de arte, Manuel Sánchez Camargo, glosó en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS el interés y la excelencia de la colección con que el maestro Daniel Vázquez Díaz estrenó el remozado y espléndido local. Caliente aún el eco del éxito de aquella exposición, posteriormente trasladada a Santander, nuestro colaborador José María Moreno Galván extiende en este trabajo, agudo y preciso, la importancia de un pintor y una obra que, como la de Vázquez Díaz, "ya está en la historia".

A estas alturas, más que cumplido el tiempo de unas bodas de oro con el arte, todo estudio de la obra de Daniel Vázquez Díaz tiene que tener por fuerza un cierto tono jubilar. Vázquez Díaz ya está en la historia. Para bien o para mal, lo que después de él viene a ocurrir al arte de España ya no es ajeno a su fenómeno. Y cuando un artista es historia, es muy difícil hacer un estudio de su arte que no esté contaminado de historicismo. Yo, al menos, no puedo hacerlo ni creo que deba hacerlo. ¿A qué vendría hablar una vez más de unas cualidades personales del pintor Vázquez Díaz, cuando lo que de verdad importa es ver cómo esas cualidades están engarzadas en un proceso continuativo general de la historia del arte? No es que no me importen, claro está, estas cualidades personales, sino que ellas me importan en cuanto llegan en su momento justo para formar parte de la cadena de una evolución. A ellas tengo por fuerza que referirme, aunque supeditándolas a ese concepto historicista ya declarado desde el principio. Dicho con otras palabras: yo no voy a ver la obra de Vázquez Díaz con la historia del arte como fondo, sino que voy a ver cómo, en la historia del arte, actúa la obra de Daniel Vázquez Díaz.

No me parece ocioso insistir en la conveniencia de juzgar al artista (por supuesto al artista que, como Vázquez Díaz, tenga ya muy bien definido su ciclo personal) desde la historia. Es más, yo me atrevería a proponer que, para establecer de una manera definitiva la validez de un artista, se sometiera a su obra a la prueba del fuero de un encuadramiento histórico. Estoy seguro de que ninguno de los que han llegado hasta ese título por la puerta falsa soportaría la prueba. Cuando se dice de todo artista auténtico que es fiel a su época, se dice la ver-

dad. No hay artista si no es con relación a su época. Aquí, entre nosotros, se ha dicho muchas veces de dos grandes maestros del arte de España —“El Greco” y Solana— que no pertenecieron a su tiempo. De “El Greco”, porque “se adelantó”; de Solana, porque “hizo una pintura al margen de toda evolución”. La afirmación no es cierta en ninguno de los dos casos. “El Greco” inaugura, en el tiempo justo para la pintura de España, el gesto de mirar a la realidad con los ojos de la extrañeza. Con lo cual inicia también la “interpretación de una realidad” y no su “fórmula”, como hasta entonces, y muy legalmente por otra parte, hacían los manieristas. La actitud no formal, sino expresiva, de Solana (porque la revolución contemporánea no se dió sólo en la forma, sino también en la expresión), llega para España, y por vía intuitiva, en el sintomático momento en que ya en tierras germánicas se hacía explícita una actitud contraria a la mantenida por los descendientes estéticos de Winckelmann que hacían descansar la validez de la obra de arte en la validez absoluta de sus formas. Es decir, que el nacimiento de la pintura de Solana —y dejando aparte lo que en ella hay de continuativo de una tradición española— es paralelo a la invención germánica del expresionismo.

Todo el breve exordio anterior no pretende otra cosa que justificar la necesidad de un rigor historicista que yo quiero aplicar a la obra pictórica de Daniel Vázquez Díaz. ¿Qué es lo que Vázquez Díaz realiza para la historia del arte? Perdóneseme situar la cuestión mediante un breve planteamiento estético.

He dicho incidentalmente que la revolución contemporánea no se dió sólo en la forma, sino también en la expresión. En efecto, la gran convulsión que desde 1900 acontece en el mundo del arte tiene una faz bifronte. Por una parte, significa un nuevo planteamiento del problema de la forma. Por otra, un nuevo entendimiento de la expresión. En 1906, cuando Vázquez Díaz llega a París, el planteamiento formal apenas acababa de ser expuesto como problema a través de toda la obra de Cezanne y de toda la obra de Seurat. La nueva situación expresiva quedaba implícitamente formulada en la problemática “fauve”, aun cuando con el expresionismo germánico, que se iba haciendo paralelamente, tal problema fuese mucho más explícito y coherente. Sin que ello signifique una absoluta discriminación de las dos actitudes estéticas, pues no se me oculta que una y otra se influyen y contaminan mutuamente, tengo que decir que en aquella fecha los dos caminos quedaban clarificados como dos posibles puntos de partida. Vázquez Díaz escogió el camino de la forma. Y escogió el camino de la forma a partir de la formulación problemática de Cezanne. ¿Tendría que puntualizar aquí lo que en un artista, en un verdadero artista, significa *escoger*? Esco-

ger significa, antes que nada, adquirir conciencia de una identificación. Escoger un maestro quiere decir percatarse de que se pertenece a una oculta raza conceptual. Cuando escogemos no tomamos partido, sino que nos reconocemos a nosotros mismos en el pariente de nuestras intenciones.

Creo que debo insistir aquí en la importancia clave de la fecha 1906 porque ella me sirve para señalar de una manera clara las sutiles anudaciones que se dan en la historia del arte. En ese año muere Pablo Cezanne. En ese mismo año llegan a París y se hacen cargo de su legado dos grandes artistas españoles, Daniel Vázquez Díaz y José Victoriano González —Juan Gris para la historia—. Prescindiendo, por el momento, de la ruta expresiva contemporánea, voy a concentrar toda mi atención a su camino paralelo, el de la forma, para tratar de ver qué es lo que significa en este camino el legado de Cezanne y su derivación española posterior con Vázquez Díaz.

Hacia 1890, el movimiento impresionista estaba absolutamente consumado. Quiero decir que había expuesto y desarrollado todo su planteamiento estético. Todo planteamiento estético tiene una doble faz: la faz del problema de su realización, que se concreta en el artista casi siempre de una manera consciente, y la faz de lo que la historia quiere realizar y realiza con tal planteamiento, que casi siempre es ajena a la conciencia del artista. Rara vez un artista se da cuenta de que está siendo objeto de un manejo histórico. Muy pocas veces el artista verdaderamente creador se percata de que su problema artístico personal no es más que un subterfugio que la historia le plantea para realizarse. Pues bien, como lo que nos interesa por el momento no son los problemas técnicos, sino los problemas históricos, diré muy sucintamente qué es lo que los impresionistas realizan para la historia del arte, para que después adquiera coherencia la realización de Cezanne. Lo que el impresionismo plantea es la necesidad de volver al logro de Velázquez; es decir, la necesidad de que los objetos estén definidos por un color en función de la luz y no por un color formulario. Con ello logra tres objetivos fundamentales de la historia del arte: redescubrir el espacio como ámbito traspasable, suprimiendo el espacio convencional de la pintura anterior; definir a los objetos, personificando su exacta jerarquía según la ocupación que hacen del espacio, y captar a todos los objetos representados en la transitoriedad del momento que viven. En realidad, el azar que dió origen a la nominación del movimiento —impresionismo— parece tener su lógica interior. Pero, en fin, la finalidad última que la historia perseguía con esos tres redescubrimientos era poner a punto la captación total del espacio, la diferenciación de los personajes protagonistas de ese espacio y la fugacidad de un momento

óptico irrepetible, para que toda la pintura que iba a venir después, y que comienza con Cezanne, pudiera romper con tales conquistas de nuestra historia de una manera lógica. Cezanne no hubiera podido, en realidad, dar comienzo a una lucha contra todos los grandes postulados de la pintura histórica si todos los postulados no los hubiera visto muy directamente unificados en sus predecesores los impresionistas.

¿Pero de qué manera rompe Cezanne con la situación formal que le es inmediatamente anterior? En primer lugar, por el nacimiento de una conciencia de que hay que solidificar todos los elementos fluidos de la pintura impresionista. A esto es a lo que él llama "hacer un arte como el de los museos". Pero corporeizar el aire, por ejemplo, quiere decir ponerle una barrera a la transitabilidad del espacio. Lo cual quiere decir romper con la vieja concepción del espacio para instalarse en otro nuevo concepto. A partir de Cezanne, el espacio de la pintura occidental deja de ser traspasable para convertirse en táctil. Esto motiva implicaciones inmediatas. La solidificación del espacio es una suerte de estatuaría. Y la estatuaría es un intento de reducción de lo efímero a lo eterno. Lo cual significa encontrar, en lo que es personal y característico, lo que es arquetípico. Por eso Cezanne, en los objetos, reencontró a través de su peculiaridad diferenciada un origen generacional que es previo a toda diferenciación. Parodiando una frase de Juan Gris yo diría que Cezanne, a través de la botella, se encontró con el cilindro. En la madurez de la obra de Cezanne todos sus cuadros estaban transidos de sus ideas, esto es, tanto las masas como los vacíos estaban sometidos a las mismas leyes generacionales que presiden la formación de los cuerpos básicos en la geometría del espacio: el cilindro, el cono y la esfera.

Después de la muerte de Cezanne, quienes habían entendido el problema de la pintura como un problema de forma, entre los cuales se encontraba el joven Vázquez Díaz, estaban muy lejos del impresionismo. ¿Cuál era la transformación operada? La luz había dejado de ser condicionante. Había quedado sometida y condicionada a la definición de las formas arquetipos.

Esta arquetipización formal dió como resultado histórico exactamente lo contrario que la historia se había propuesto antes con el impresionismo: el espacio ya no era transitable, sino táctil; los personajes ya no quedaban definidos por su carácter personal, sino por el carácter genérico de su estirpe; la fugacidad del instante representado había quedado convertida en estatua de sal, cristalizada en un instante eterno. Todas las derivaciones "formales" posteriores evolucionan a partir de este planteamiento de Cezanne. ¿Pero por qué cauces podía discurrir ese primer planteamiento cezanniano? Por una parte, hacia

la concreción aún más absoluta de la forma, despojándola de todo accesorio representativo, como en el cubismo. Por otra, retornando a la diferenciación, pero encontrando en lo que cada personaje tiene de típico los rasgos fundamentales de su arquetipo correspondiente, como en Vázquez Díaz. El asentamiento de Vázquez Díaz y del cubismo en el magisterio cezanniano ha llevado con frecuencia a la crítica contemporánea a la consideración de una presunta dependencia formal cubista en el maestro de Nerva. A estas alturas se puede ya decir que los contactos entre el cubismo y Vázquez Díaz están motivados exclusivamente por la común descendencia de una misma fuente magistral.

Y así como el cubismo, a través de toda la historia de su desarrollo, consistió en llevar a la práctica lo que presagiaban los dictados cezannianos, conquistando paulatinamente la forma tipo general a partir de la forma individualizada, Vázquez Díaz, instalado en el arquetipo, se esforzó siempre por discriminar la parte irrenunciable y personal de cada *tipo*. La originalidad, pues, de su arte ha consistido en la difícil tarea de hacer compatibles dos antagonismos paradójicos. De una parte, individualizar hasta conseguir el rasgo personal más acusado; de otra, arquetipizar hasta encontrar en cada individuo el patrón generativo de su propia especie. No se me oculta que las últimas palabras parecen definir un clasicismo. ¿Pero acaso no es un clasicismo, una manera muy especial de clasicismo, lo que se alcanza en el arte a partir de Cezanne? ¿Acaso no es "pintura de museo" la que se logra en los momentos luminosos de Daniel Vázquez Díaz? Pero tengo que precisar en qué consiste la verdadera entidad de esta pintura antes de pasar a considerar su significación de cara a un futuro de la pintura de España.

Muchos años después de la batalla cubista, Juan Gris, uno de los tres grandes protagonistas de la misma, dejó establecida, en una memorable conferencia en la Sorbona, una fundamentación estética del movimiento que, hasta el presente, es inamovible. En ella quedaron cristalizadas, de cara al pasado, las definiciones de "cubismo analítico" y "cubismo sintético". De cara al porvenir, el pintor auguraba una nueva directriz personal para su arte, la cual no pudo consumarse por su prematura muerte. Tal augurio era, en realidad, una exhortación a reemprender el camino de la diferencia, a partir del logro cezanniano de lo genérico, y aproximadamente estaba concebida en estos términos: "Yo voy a llegar a una clasificación nueva, a fabricar tipos especiales partiendo del tipo general... Cezanne, de una botella hizo un cilindro; yo, de un cilindro voy a hacer una botella."

Pues bien, salvando la infinitud de matices conceptuales que median entre Juan Gris y Vázquez Díaz, en la fabricación de tipos espe-

ciales partiendo del tipo general ha consistido el logro del maestro. Tal logro no ha podido darse más que en lo que Bernard Berenson llama "Valores táctiles". Y a propósito de los mismos no quisiera dejar de citar aquí unas frases del maestro de la crítica norteamericana, que se hacen luminosas cuando se aplican a la pintura de Vázquez Díaz: "Para la mayoría de nosotros —dice Berenson— el objeto queda reducido a un simple signo, atenuado hasta ser una cifra o decolorado hasta no ser más que una mancha. Las únicas personas inmunes por naturaleza o por preparación a este proceso desintegrador son los científicos y los artistas. Tanto los científicos como los artistas quieren invertir este proceso reintegrando el objeto. El artista, intuitivamente, da nueva vida a la mancha utilitaria, al signo, a la cifra en que se ha convertido el objeto, hasta llevarlo a lo que él imagina su plenitud. El ve la forma completa, percibe la necesidad orgánica de cada contorno, de cada mancha, de cada sombra, de cada toque de color. No sólo ve y comprende como el científico, con su mente y su inteligencia, sino, a diferencia de éste, aprehende todo como una realidad única e irremplazable, pues su individualidad particular nunca había existido antes y nunca existirá otra vez; por ello la cuidará como algo sagrado e íntimo, remoto y cercano, intangible y, sin embargo, acariciante. Esta representación particular es lo que queremos decir con la palabra "forma". La forma no debe ser confundida con el aspecto. La forma nunca es externa, es decir, el aspecto geométrico que se ofrece igual a todos. La forma es una cualidad más allá del conocimiento común. Y cualidad es aquello que se encuentra en un objeto cuando, en uno o varios modos, y en cualquier plano ideado, es intensificador de la vida. La forma es aquel resplandor interno que alcanza la forma externa cuando en una situación dada se realiza con plenitud. Es como un manto que envuelve a las formas externas, no un manto que las consume, como el de Neseo, sino edificante, como el de Isis, siempre que no se levante, pues en el arte la apariencia es la única realidad. La forma es el aspecto de las cosas visibles que intensifica la vida..." (1).

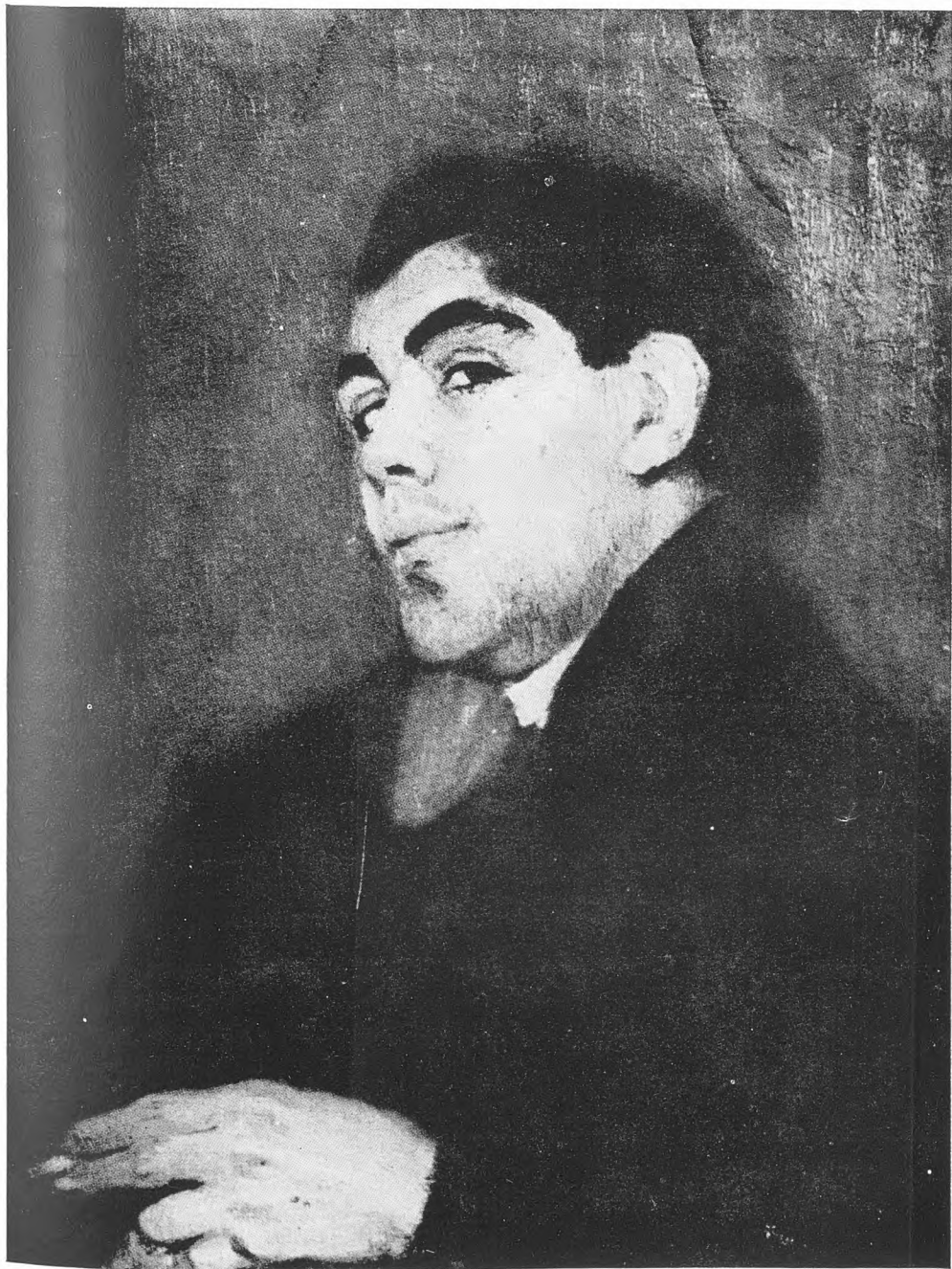
Digo que Vázquez Díaz ha logrado la creación de tipos especiales a partir de la forma tipo universal. En el principio, para él, es el canon y la norma. Después, su obra creadora consiste en una autogeneración desde dentro, desde la rigidez misma de la norma, mediante la cual ésta se va cubriendo con el manto de Isis de una individualizada apariencia. No hay que levantar, como dice Berenson, ese velo de Isis de la apariencia, porque entonces nos encontraríamos con el nudo esqueleto de la norma, lo cual ya no sería la realidad, a la manera como la entiende

(1) BERNARD BERENSON: *Estética e historia en las artes visuales*. Fondo de Cultura, Méjico, 1956.

Vázquez Díaz, sino la abstracción, una frontera a la que el maestro no ha querido acercarse nunca. Pero conviene insistir en la dificultad de ese equilibrio, al cual llamamos clasicismo, que consiste en establecer una coexistencia entre el esqueleto genérico y eterno de los objetos y su apariencia efímera. Esto es lo que, en definitiva, distingue a la pintura eterna de esa otra en la que el velo de la apariencia no encubre ninguna oculta realidad; pintura realizada exclusivamente con la epidermis de toda realidad y a la cual, para entendernos sin excesivas disquisiciones, definiré utilizando peyorativamente un término: "Académica".

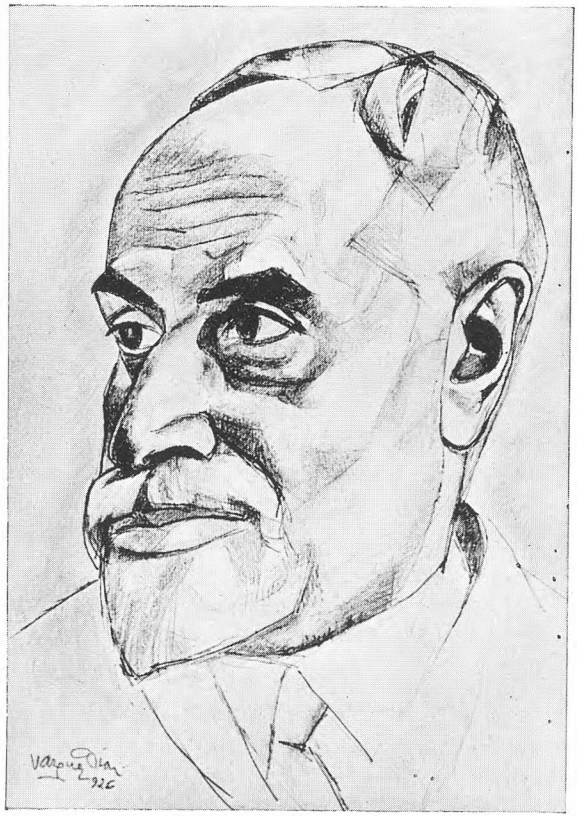
Caracteriza, pues, a la obra de Vázquez Díaz una perenne lucha entre la forma, que es interna, y el aspecto, que es circunstancial y externo. En rigor, el resultado final de esa lucha es lo que constituye su estilo. Todos los objetos, todos los personajes, todas las situaciones de sus cuadros, si están enraizadas en el arquetipo, están, al mismo tiempo, ancladas en el *tipo*. Ningún árbol de sus paisajes vascongados ha podido eludir la rígida ley de un estilo de creación según la especie; ninguno de sus paisajes ha podido nacer sin someterse al crisol de una estructura previa. Y, sin embargo, ni la ley según la especie, ni el crisol previo de una estructura, impiden a cada una de sus obras destacar la eficacia de su individualización. Pero donde Daniel Vázquez Díaz alcanza su máxima dimensión como pintor es en el retrato personal. Eugenio d'Ors, refiriéndose a ellos, a los retratos de Vázquez Díaz, no supo esquivar una inevitable asociación con la estatuaria: "Todos guardamos, en la fatiga de nuestras artérias, el logaritmo de nuestro inevitable fluir. Pero todos guardamos también, en la sucesiva mineralización de nuestro esqueleto, el símbolo rígido de nuestra posibilidad de durar. La calavera es la fianza de la escultura... Puede preverse el valor de un arte que sabe olvidar el juego versátil de las fatigas y de los aspectos para colaborar con este grave emerger de las islas de la estatua entre el mar de la carne, donde se nutren con una emoción dulcísima los momentos biográficos de proximidad a la madurez."

Se ha dicho de la gran invención occidental del retrato que sus más altos logros presuponen una apropiación total de la persona del retratado por parte del retratista. Esto es cierto en términos generales, pero tal fórmula peca un poco de académica. Si el retrato es, como yo opino, una creación exclusiva del genio occidental, esto es así porque sólo en el Occidente ha sido posible el desarrollo de un humanismo, al menos tal y como nosotros lo entendemos. Y es precisamente esa supraconsciencia del humanismo la que toma posesión de la persona del artista en el momento de la realización de la obra. Para todo retratista que merezca de verdad ese nombre, cada personaje retratado es, al

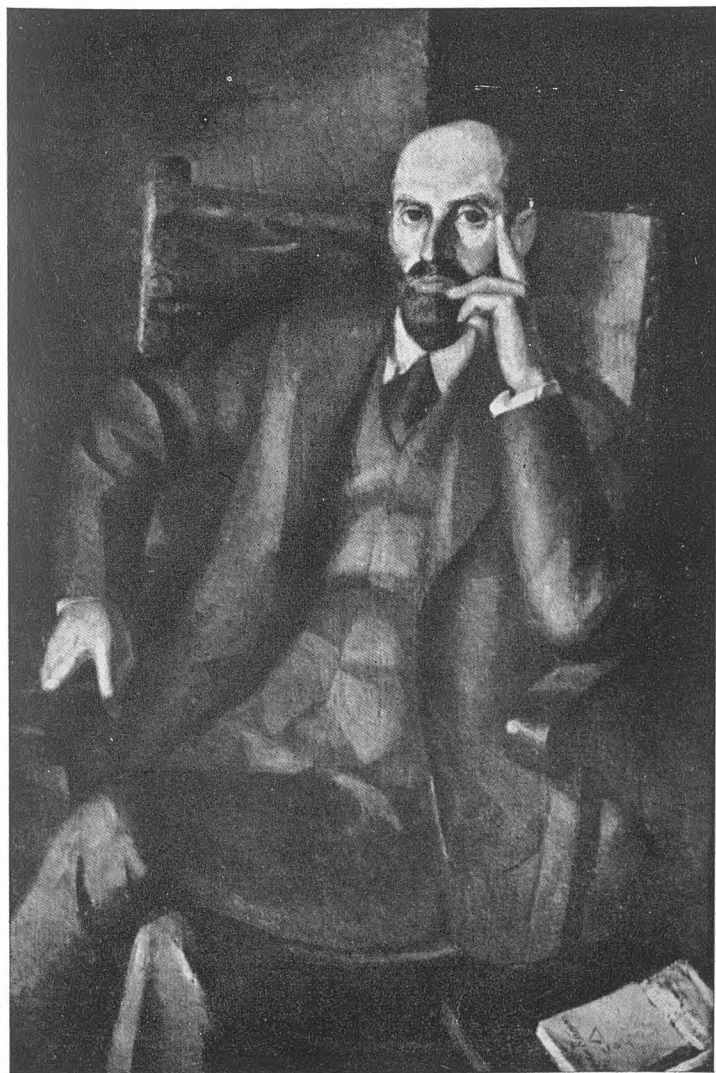


Retrato del pintor Juan Gris.

Retrato de Gómez Moreno.

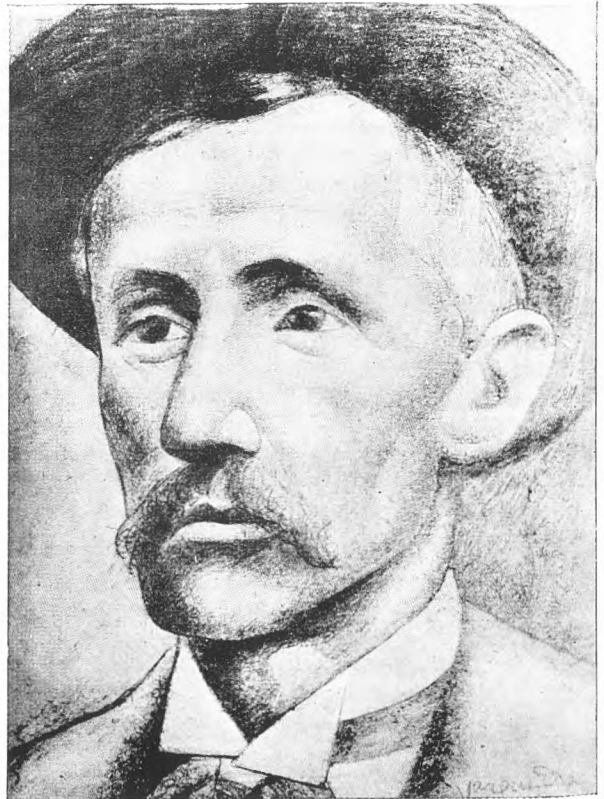


Pío y Ricardo Baroja.



Juan Ramón Jiménez (Museo de Caracas).

Retrato del Dr. Marañón.



Retrato de Darío de Regoyos.
(Museo de Bilbao.)

mismo tiempo, crisol origen y personaje único de una especie única. No hay posibilidad de un retrato de gran estilo si el retratista no tiene en cuenta, al mismo tiempo, al personaje retratado, ejemplar único de su especie, y a su crisol determinante; es decir, a la forma oculta y a su apariencia externa. El retrato del escultor Chapline, de Vázquez Díaz, presupone en la mente del retratista un previo molde matriz para una serie Chapline, dentro del cual sólo logró realizarse el escultor que conoció Vázquez Díaz. El retrato de don Pío Baroja nos obsesiona porque lo sabemos configurado según un inexistente troquel modélico para una especie Baroja, de la cual logró supervivir un ejemplar. Lo que el retrato tiene de fascinación poderosa, la certeza de que cada personaje es irremplazable, se logra plenamente en Vázquez Díaz, tal vez el único pintor de nuestro siglo XX que lo logra. Todo arte, se dice muy certeramente, es una especie de tentativa por salvarse de la muerte. El arte del retrato es una doble tentativa, porque a través de él tratan de salir a flote de una indiferenciada eternidad el retratista y su personaje. Si Leonardo no hubiese pintado no se habría salvado de la muerte. Pero si a Ginebra de Benci no la hubiese pintado Leonardo, hoy apenas si sería algo más que una ficha en el archivo de algún erudito. En ese sentido, el retrato comporta, en cierto modo, la creación del personaje. Imaginad que a Erasmo de Rotterdam no lo hubiese pintado Holbein. Seguiría, ciertamente, existiendo Erasmo. Tal vez su espíritu fuese el mismo. Pero nos sería muy difícil imaginar la faz y el ámbito donde el *Elogio de la locura* se fraguara. Un perfil aguilino, un cierto goce de la solitaria serenidad, un sentido exacto de la medida propia... Holbein lo tuvo en cuenta todo. Pintó a Erasmo y a su espíritu; a los hombres del tiempo de Erasmo, al espíritu del tiempo de Erasmo... Sí, Holbein retrató al humanismo de las gentes del Norte.

Cuando Vázquez Díaz retrató a don Francisco Enríquez con un cello, cuando lo retrató en el palco de la ópera o enfundado en rojos cardenalicios, no pintó sólo a don Francisco y a su espíritu, sino que se esforzó también en captar una última corriente del epicureísmo civilizado de gran estilo que supervivía con el esplendor de lo que está emplazado para la muerte, después de que la muerte le fué decretada un día de 1914. Hay que percatarse de lo que significa saber ver de una manera testifical, tener abiertos los ojos al tiempo y al hombre que se sabe irrepetible. Muchos hombres conocieron a don Miguel de Unamuno, y todos ellos, creo yo, quisieran tener la oportunidad de hacerle la última pregunta. Todavía, gracias a Dios, vive Juan Ramón, pero cuando ya no exista, los ojos que le perpetuó Váz-

quez Díaz seguirán proporcionando múltiples respuestas. Esto es hacer un retrato.

En la historia la circunstancia no cuenta, en última instancia, casi nada. Los hombres que hacen historia hacen también su circunstancia. Vázquez Díaz no fué testigo por casualidad de los hombres de su tiempo. Yo no sé hasta qué punto influyó el azar en el encuentro con Rubén Darío, pero quien persigue realizarse históricamente en una determinada circunstancia, le da las vueltas al azar para encontrarse de cara con los hechos. Vázquez Díaz, ahora, cronista circunstancial de su propia vida, nos está contando desde páginas periodísticas cómo fueron anudándose las mallas en la tupida red de sus conocimientos: Juan Gris, Rubén Darío, Bourdelle, Manuel de Falla... Detrás de todo ello hay un riquísimo anecdotario, uno de los más copiosos anecdotarios de nuestro pasado más inmediato que valdría la pena reconstruir: Un día de 1906, en un café de Montmartre, Canals lo presenta a un grupo de jóvenes artistas, alegres consumidores de un café y una copa de absenta, Amadeo Modigliani, Pablo Picasso, Max Jacob... Una tarde calurosa se ha plantado, lápiz en mano, frente a la cabeza barbada de Rodin, que por aquel tiempo era un dios superviviente... Pero lo que importa es ver cómo supo asistir a los momentos, cómo supo ser espectador de los hombres, cómo se le desarrolló el raro olfato de la eternidad. La eternidad se desviste para Vázquez Díaz de todo lo accesorio, lo incita a una rígida economía formal absolutamente inconcebible, en aquel tiempo, en un pintor de nuestra tierra fuera de los cubistas. Sólo la forma y su circunstancia, y detrás de ello, todo un mundo. La eternidad se desviste también con Vázquez Díaz de una cierta servidumbre al tiempo. El ha podido atravesar incontaminado el tiempo de los ismos sin dejar por ello de ser rigurosamente contemporáneo, haciendo, como quería Cezanne, un arte de museo. No eludo plantearme el que, posiblemente, en la raíz de esta actitud, haya una especie de socarrona desconfianza de lo transitorio. A mí personalmente la actitud de Vázquez Díaz vuelto de espaldas a los "ismos" me recuerda mucho a la actitud del socarrón Juan de Mairena, cuando decía, poco más o menos, que "en arte, como en política, los "novedosos" apedrean a los originales".

Algunas veces pienso que, atravesando a una cierta vocación española a la opulencia barroquista, hay un estilo español del estoicismo de la forma. Es el mismo que al Escorial —"el Castillo de Felipe" para la Madame Chochat de la Montaña Mágica— le da, por así decirlo, cierto carácter inquisitorial y fanático con que a veces suele verlo la "inteligencia" europea en sus momentos más mórbidos y literaturescos; el mismo que elementaliza hasta la magia ciertos paños de Zur-

barán; el que hizo de Juan Gris un fanático de la forma precisa; el mismo que Vázquez Díaz ha sabido actualizar, después de su regreso a España para una pintura española contemporánea radicada en la forma.

No quisiera perder de vista la pretensión inicial de esta conferencia de ver cómo en la historia del arte actúa la pintura de Daniel Vázquez Díaz. De cara a la pintura universal, de cara a la Escuela de París, la Escuela de todos, en la que Vázquez Díaz es también protagonista desde 1906 hasta 1918, lo que Vázquez Díaz realiza es el retorno desde la forma general a la forma individualizada, llegando en ésta hasta sus últimas consecuencias, es decir, hasta el retrato personal.

Pero desde 1918 Vázquez Díaz vive en España. Lo cual quiere decir que renunció a un cierto actualismo que podía prestarle el escenario máximo de la pintura del mundo, que es París, para aceptar la servidumbre de "ser maestro" dentro de las fronteras de su tierra. También en esta actitud se podrían rastrear huellas de esa cierta socarronería del maestro de retórica Juan de Mairena, quien parece, al decir de don Antonio Machado, que no tuvo el menor gesto menospreciativo al incluir sus mejores páginas en *El Faro de Chipiona*.

A posteriori, es fácil diagnosticar las corrientes de una época. Yo creo que a nadie voy a descubrirle nada si digo a estas alturas que lo que Vázquez Díaz representa para la pintura de España es la iniciación del problema formal contemporáneo, de la misma manera que Solana representa la iniciación del problema expresivo. Porque, como decía en los comienzos, la revolución contemporánea no se dió sólo en la forma, sino que se dió también en la expresión.

Naturalmente, no hay que entender el magisterio de Vázquez Díaz sobre toda la pintura posterior como algo directamente vinculado a su persona. Muchos de los jóvenes actuales, inmersos en la corriente de la abstracción formal, son discípulos de discípulos. Pero esto no invalida en absoluto su función magistral. Esta iniciación, este punto de partida, ha sido tan inteligentemente mantenido por el maestro, que no ha matado en flor ninguna personalidad. La enseñanza de Vázquez Díaz a la pintura española ha sido la lección del replanteamiento. Ha consistido en demostrar que hay que volver a las leyes generacionales para derivar hacia las corrientes más lejanas, si las corrientes lejanas estaban en el horizonte del discípulo. Huelga decir lo que esta operación clarificadora ha significado para nuestro arte. Muchas de las más vigorosas pretensiones de nuestros artistas contemporáneos, la pretensión de abrirse paso hacia un muralismo, la de vigorizar hasta el máximo a la forma, por ejemplo, son inicia-

ciones de Vázquez Díaz. Si admitiéramos, cosa que por muchas razones es problemática, que existe ya una corriente muralista colectiva en el arte de España, tenemos que admitir también que esta corriente tiene su hito inicial en los frescos que el maestro pintó en La Rábida. Si en sus obras de taller planteó el problema pictórico en la geometría del espacio, en sus frescos de La Rábida lo planteó, al igual que todos los muralistas que hoy podemos considerar modélicos, en la geometría del plano. Sus murales de La Rábida son lección magistral para una iniciación de muralismo. Servidumbre absoluta al plano, solidificación del aire ambiental, renuncia a toda perspectiva que pudiera provocar la ruptura con el ámbito arquitectural a que se sirve. Y, al mismo tiempo, servicio a un contenido documental.

Después de todo lo dicho anteriormente me parece inútil insistir en que la pintura de Vázquez Díaz, a pesar de que se fragua siempre de acuerdo a las leyes de la forma, no es un arte de la forma exclusiva, sino que alude a un contenido. Nos bastaría mirar cualquiera de sus cabezas para percatarnos inmediatamente de ello. A estas alturas, una de las cosas que más se echan de menos en el mundo del arte contemporáneo es un replanteamiento estético que sea compatible con las nuevas descubiertas. Si, por una parte, algunas de las corrientes últimas parecen apoyar el viejo planteamiento de los descendientes de Winckelmann, que juzgan el acto estético como un problema exclusivo de la forma, el expresionismo hizo explícito la unilateralidad de tal propuesta. Y ahora, con este arte cimentado en la forma, pero tan absolutamente penetrado de contenido, tal negativa alcanza, desde su raíz misma, su sentido implícito.

José María Moreno Galván.
Cabanilles, 18.
MADRID

EL ÚLTIMO VIAJE

POR

DARIO ORTOLANI (*)

DESPEJADAS las vías, el tren se presentó inclinado en la curva, se enderezó, cortó el aire con su locomotora cerrada y chorreante y se detuvo, entre una serie de chirridos y lamentaciones, sobre las viejas maderas combatidas. Ni un rostro en las ventanillas. La lluvia, soplando de los montes, batía las bancas de la estación y florecía de gotas diminutas los pies de los viajeros acogidos al refugio de su techado. Sin truenos ni relámpagos, hecha de puros látigos de agua, era una de esas noches de septiembre en que declina de improviso el verano, y a no ser por la dulzura del aire hubiera podido pensarse en el color y el ambiente de un Día de Difuntos; la voz misma del revisor, voceando el nombre de la ciudad, tenía el tono ronco, vagamente fatídico, de un celebrante religioso.

Apenas subí al único vagón de segunda me intimidó la oscuridad de sus compartimientos, las cortinillas enconadamente caídas contra el paisaje, el pasillo desierto. No se oía una voz, y yo miré hacia la estación y sus tientos colgantes con geranios y campánulas, pensando en el tedio de los viajeros desplomados contra el espaldar de los asientos y casi como tratando de huir a las crudezas y obligaciones de la nueva estación, que ya se insinuaba. Pero mi real sorpresa se produjo cuando, recorriendo todo el vagón, me di cuenta de que estaba vacío.

No supe dónde sentarme y continué un trecho en el pasillo, ante aquellos huecos débilmente iluminados de azul, que, como habitaciones recién abandonadas, conservaban aún un calor de cuerpos y de alien-tos, mientras, con los ecos que la nueva carrera del tren levantaba, iba percibiendo las casas, los puentes, los viaductos, cada cual con su voz propia, con el estupor de su brusco despertar al paso del tren. Casi oía quejarse a las garitas ferroviarias. Los abanicos de la lluvia se cerraban ruidosamente contra las ventanillas.

(*) DARIO ORTOLANI nació en Arpino, no lejos de Roma, de padres vénetos. Oficial por la Academia Militar de Módena, en 1928 abandona las armas felizmente, y a partir del 30 desarrolla una amplísima e ininterrumpida labor periodística en Milán, Turín y Venecia, de cuyo periódico tradicional, *Il Gazzettino*, fué también corresponsal de guerra. En la actualidad reside en Turín. Tardío autor de libros, su primera entrega en volumen, el libro de cuentos *Tiempo entre los muros*, no aparece hasta 1944. Luego publica las novelas *La muchacha del fuerte* (1948) y *Sol blanco* (1946), con la que obtiene al año siguiente el Premio Bagutta. *L'ultimo viaggio*, el cuento que sigue, y cuya extraordinaria calidad idiomática es, en la lengua natal naturalmente, de alto y singular interés, ofrece también un claro reflejo de la temática del escritor, de su mundo.

Sentí una extraña inquietud. Nunca me había visto viajando solo a través de una tormenta, en un vagón desierto que se me antojaba enorme y misterioso y que crujió tan siniestramente; a cada cambio de vías temía un descarrilamiento y me veía ya tendido sobre la grava, bajo los helechos laterales, abandonado al viento y a la lluvia. Un paraje llegó a impresionarme especialmente. De un lado, había grandes montes pedregosos, llenos de arroyos y corrientes de lluvia; del otro, un lago que parecía ocupar hasta sus mismos bordes el cuenco de un cráter inmenso. Sentado ya en un compartimiento extremo, un par de ruedas del vagón, gimiendo y saltando bajo el asiento en que me hallaba, contribuía a aumentar mi desazón. Fué entonces cuando oí pasos en el pasillo y vi, sacando la cabeza, al revisor que avanzaba, balanceándose a mi propio compás, con su farol encendido.

Era un hombre grave, macizo, entrado en años. Con la gorrita levantada sobre la frente, los bolsillos del pantalón hinchados de papel, la pelliza de cuero al brazo y aquel farolillo en la mano, parecía abrirse paso trabajosamente a través de una multitud, o estar vadeando un penoso río. Llegado a mi altura, me iluminó el bulto y rechazó con un rápido gesto el billete que yo le entregaba ya. Ahora le distinguía bien el rostro amarillento y el ojo cansado bajo las grandes cejas.

—Perdón—murmuró entrando en el compartimiento.

El tren penetraba en un túnel, y entre el apremiante fragor observé a mi extraño visitante, que se desabrochaba calmosamente la sahariana de mahón azul y abandonaba en la redecilla el farol y la gorra, con la actitud típica de quienes intentan viajar con la mayor comodidad posible; ahora se tendía sobre el diván vacío. Pero, apenas salidos del túnel, me di cuenta de que el revisor respiraba afanosamente, mientras se deshacía de la corbata. Casi no había tenido tiempo de reflexionar, y su presencia, que en principio había llegado a confortarme, me daba ahora una sensación de sobresalto.

Tumbado sobre el diván, el hombre apoyó la cabeza sobre su pelliza, que había plegado a modo de cojín, y suspiró profundamente.

—Estoy cansado —dijo pronto con rota voz—. Estoy cansado y el mundo sigue huyendo bajo mis ojos, sí. Treinta años hace que viajo; treinta años de acá para allá, a lo largo de kilómetros de pasillo, sí. Las cuchilladas de aire por las ventanillas, y el contacto con tanta gente... La multa, el billete caducado, la tarifa diferencial... ¡y no recuerdo la cara de un solo viajero!

El tren atravesaba los cruces de otra estación. Vi al relámpago de una luz tres o cuatro fanales encendidos bajo la marquesina y un breve contingente humano alineado sobre el largo banco de espera, reluciente de lluvia. El revisor se volvió hacia mí. Jadeaba. A la débil luz del va-

gón entreveía su boca semiabierto bajo la gruesa nariz, de que la respiración prorrumpía fatigosamente.

—A lo mejor piensa que estoy medio loco —continuó—, pero no se trata de eso. Conozco bien los reglamentos y sé hacerlos respetar bien, ¿sabe? Pero hace falta tener por los huesos todo mi cansancio para entender bien lo que le estoy contando. Cada día o cada noche de servicio quieren decir trescientos o cuatrocientos kilómetros, el alba en las ventanillas, el sol, el crepúsculo, la nieve o, como hoy, la lluvia. He visto, durante noches y noches, dormir tumbados a los hombres, jugar a las cartas; los he visto comer, leer, charlar, besar furtivamente a las compañeras de viaje. He oído a los niños llorando, la tos de los viejos al amanecer. He pillado el final de un amor y también el principio de otros. Peleas, carcajadas, confidencias, promesas. ¡Siempre en planta, tropezando por esos pasillos llenos de maletas, mi vientre contra el vientre de ésta o de aquél, sin encontrar nunca un boquete donde refugiarme, un sitio donde sentarme! El transportín al final de los pasillos está siempre solicitadísimo por los viajeros esquivos o contemplativos. Algunas veces he encontrado allí hasta monjas. En fin...

Se interrumpía, tocándose la frente y cerrando los ojos. Al otro lado de los cristales, el agua parecía menos impetuosa. No golpeaba ya las ventanillas, sino que se desflecaba en ininterrumpidos goterones por los vidrios abajo.

—Al final de cada viaje me espera el Comedor de los Ferroviarios, y esos cuartos con camas de hierro para el personal en ruta. No he visto las ciudades más que a través de los tilos de la explanada de la estación. A trescientos sesenta kilómetros justos estaban mi casa, mi mujer, mis dos muchachas casaderas; pero al volver siempre me he sentido como atontado, ausente, con las piernas un poco vacilantes. El espectáculo de la humanidad que viaja produce a la larga un vacío en el alma; la gente repite los mismos gestos, dice sobre poco más o menos las mismas cosas, sube, baja, desaparece con niños, maletas, fardos, bolsos. Casi no tiene cara. "Revisor, por favor, busque un médico. Hay un señor que no se siente bien." Una vez he ido a buscar un sacerdote y otras he tenido que servirme de la policía. "Señores, por favor, despejen el compartimiento: hay una mujer que va a dar a luz." Y siempre acá y allá por los pasillos, con la ciática enconándoseme en primavera y en otoño, entre las preguntas del uno y del otro: "Se ha confundido de tren y le conviene bajarse en la primera parada." O bien: "Sobre las cinco y media si seguimos sin retraso."

Yo le escuchaba inclinado hacia adelante y con una atención que empezaba a darme dolor de cabeza. Mecánicamente había sacado un cigarrillo, pero no me decidía a encenderlo; me parecía que el revisor

estaba sufriendo seriamente, que tenía la frente bañada en sudor y hubiera querido llamar a alguien. Pero, como adivinando mi inquietud, el hombre movió una mano:

—Es un malestar pasajero —dijo, tosiendo con una conmoción de todo el tórax—. Es el tiempo, el tiempo que cambia —con esfuerzo se llevó la mano a los ojos para mirar el reloj—. Todavía queda un rato para Laurana —y luego, irguiéndose repentinamente sobre los codos, gritó—. ¡Lauranaaaá...!

No había visto mi sonrisa, nada alegre desde luego, y volviendo a apoyar la nuca en la pelliza se aclaró la voz.

—Hacen falta pulmones para este oficio. Piernas y pulmones. Por la noche, los nombres de las estaciones mece el sueño de los viajeros. Con mi farol, bajo la lluvia... Pero hay nombres que no se pueden vocear como Dios manda. Y otros que chocan. Imagínese usted los nombres que llevaré cantados en treinta años que llevo de oficio, y los sitios que habré mirado y remirado, siempre distintos aunque fuera la misma hora que la vez anterior. Y me pasa que no paro de querer distinguirlos, porque se me encaraman el uno sobre el otro, campanario a campanario, terraza a terraza, árbol a árbol, carretera a carretera. Me pregunto muchas veces qué es lo que he visto en todos estos años y entonces me acuerdo de una casa a la entrada de un pueblo, junto a un sitio donde el tren frena. Una casa colorada como tantas otras, con el corredor fuera y tres chopos delante. Por el huerto andaba siempre un viejo, agachado sobre las verduras. No, no es mi casa. Había una mujer a la que no conozco, pero a la que he visto cientos de veces y en momentos siempre distintos: en el huerto, por el corredor, sentada a la sombra de los chopos, detrás de los cristales de las alcobas encendidas. El tren pasa siempre por allí a sus horas: siete y veinte de la tarde al ir y seis y cincuenta y dos de la mañana al volver. En las mañanas de invierno me la imaginaba durmiendo todavía, pero con el buen tiempo la veía siempre por sus ventanas entreabiertas, lavándose en su palangana o peinándose delante del espejo; le veía un momento los brazos desnudos, los largos cabellos sueltos, el seno ya arreglado en el corpiño. Una sola vez la vi en su cama bostezando. Conocía todo su ambiente. Los muebles de la casa, el gato rubio... Hasta el cuadrado de la Virgen en la cabecera de su cama se me ha quedado en la memoria. ¡Qué misterio, señor! Porque ella vivía sola, con aquel viejo siempre encorvado sobre las verduras del huerto como en una fotografía; nunca vi un niño por aquella casa, ni la cara de un hombre, ni nada que me diera un detalle de su destino de madre o de mujer. Poco a poco ella fué siendo la razón única de mis viajes, y si por la mañana no la veía, esperaba furiosamente verla por la noche haciendo la cena en su

cocina. Por invierno y verano cenaban siempre a la misma hora. El viejo, en chaleco y mangas de camisa, se sentaba a presidir la mesa, mientras ella se movía por la cocina, sirviendo la sopa en silencio. Nunca la vi reírse, ni levantar la vista hacia el tren...

—¿No paraba allí el tren nunca?—pregunté yo.

—Nunca —me contestó el revisor—. Pero frenaba siempre, quizá para que yo pudiera verla. Me gustaba, sobre todo en las mañanas de primavera, cuando, acodada en su ventana, la llegaban los cabellos a la cintura. La he visto inclinada, lavándose; la he visto haciendo la cama, sentada y en movimiento, tranquila y pensativa. Alguna vez secándose los brazos; otras, cosiendo. Un día estaba con los codos sobre su alféizar y el gatucho rubio dándole con el rabo en la cara. Era guapa, con los ojos claros, una cara despejada y la boca sin trucos ni pinturas, viva, gordezuela, con aquella carilla de perezosa y de fiel...

—¿Y nada más?—dije.

—La casa está cerrada desde hace dos meses. Las ventanas, sombrías, y abandonado el huerto, en el que los tres chopos comienzan ya a decaer: cada racha de viento les lleva un saco de hojas. Y ha desaparecido también el gato. Por la mañana y por la noche espero, espero, espero. Desde entonces respiro mal y me duele una pierna. Pero si yo volviera a ver la casa encendida, el viejo en el huerto y a ella detrás de sus ventanas, me parece que me pondría a saltar por los pasillos. Ya sé que esto no es así, que es casi faltarle a mi mujer o a mis hijas. Pero es que de todos estos viajes, ¿sabe?, con treinta años de acá para allá, no me queda más que una imagen dentro de una casa.

Se incorporó hasta sentarse, y, con cierto esfuerzo, empezó a abotonarse la sahariana. De vez en vez se detenía y prestaba oídos a algo. Se irguió por fin y se encajó la gorra, tomó su farol, lo encendió...

—Permítame el billete—dijo.

Se lo tendí y lo taladró rápidamente, guardándose luego la maquiñilla. Observé de nuevo su rostro, el ojo apagado bajo las cejas, la boca como hendida, llena de surcos en las comisuras. El tren estaba llegando a otra estación y las ruedas acrecentaban su gemir bajo mi asiento. Vi al revisor alejarse con pie dudoso, empujar la puerta, que se abatió a sus espaldas, y bajar el cristal de una ventanilla. Yo también me trasladé al pasillo. Chorreando agua, el convoy se detuvo bajo las luces de la estación, ante otra reducida multitud. No llovía ya, pero el viento inquietaba los impermeables. Todos los viajeros, asomados, miraban hacia una misma dirección.

—¡Lauraaaaaá!

Subió poca gente, que se distribuyó por los vagones de tercera. Nadie se asomó a saludar por las ventanillas. En las bancas, la pequeña

multitud se recompuso, cubrió los huecos, inmóvil bajo las lámparas, que temblaban al viento como personas invitadas a una fiesta de nivel superior al suyo. Parecía que el tren transportase los restos de un personaje ilustre muerto en una ciudad extranjera y que en cada estación se encontraran autoridades, deudos y curiosos, para rendirle un último homenaje. Con el impermeable negro y rígido que le caía a plomo sobre los zapatos, el jefe levantó la señal en silencio. Se vió el galón dorado de su gorra amarillear a la altura de las ventanillas mientras el tren se movía, y después, los repetidos geranios ferroviarios y el nombre de la ciudad en un rótulo, a la izquierda del edificio de la estación. Detrás se abría la explanada, con poca luz entre la llovizna oscuridad de los árboles, y otras luces distantes y como sumergidas, semejantes a luciérnagas en un bosque.

El revisor apagaba ahora su farol, balanceándose a lo largo del pasillo. Venía otra vez hacia mí, olvidado acaso de mi persona y de las confidencias de momentos atrás. Creí que seguiría derecho, pero se detuvo en mi puerta y me dijo:

—¿Vi ya su billete, señor?

Debió notar mi sonrisa porque dejó el farol en el pasillo y se rascó la cabeza por detrás de la gorra, en un leve gesto de humor.

—Es la costumbre —se explicó—. Repetimos siempre las mismas preguntas, y mientras Dios sabe en lo que estamos pensando. Debe ser el ruido del tren y estos bailes continuos por los pasillos quienes nos despabilan el escrúpulo profesional sin que nos demos ni cuenta. Para nosotros el viajero no es más que un billete: normal, de tarifa reducida, circular, festivo, de ida y vuelta... La señora que dormita en un rincón, con la cabeza noblemente apoyada en el diván, nunca es para nosotros una gran dama oxigenada, con la cara tratada de cremas y polvos, sino un trayecto de viaje de una localidad a otra, con billete de primera clase en tarifa completa. Nos acordamos del color de su billete más que del de su cara.

Entró y se dejó caer otra vez pesadamente en el diván. Volvió a quitarse la gorra, a desabotonarse la sahariana. Luego se aflojó el lazo de los zapatos.

—Le había puesto yo un nombre bonito a la mujer de la casa colorada. La llamaba Claudia y me parecía que le caía bien el nombre, ligero, casero y también algo distinguido. Aunque vivía en una casa rústica, Claudia no era una mujer de campo, agradable y gordiflona, como las que se ven por esta parte del lago, esas mujeres rubias que prosperan como gallinas entre el aburrimiento de jardines parecidos a grandes cementerios. Era una criatura amable y reservada, llegada Dios sabe de dónde, y que el destino había dejado allí, en aquel sitio

en que las vías se cruzan forzando a los trenes a frenar ante el huerto de los tres chopos y las ventanas que dan al corredor de madera. Y ella se movía por la casa, muda, indiferente, lejana, o se sentaba, metida en su costura, sin levantar nunca la cabeza al paso del tren. ¿Qué pensaría tan sola, ante el rayo repentino de las luces del tren, con aquel viejo al lado, jorobado ya como un olivo a fuerza de doblarse en el huerto? Parecía que no viera los trenes frenando ante su umbral, que ni siquiera oía su ruido, como si no quisiera verlos ni oírlos. Erguida en su corredor o con el pecho dulcemente apoyado en la ventana, era como una imagen. Los trenes silbaban, saltando sobre los cambios. Y yo esperaba en vano encontrar su mirada.

Ahora el revisor tosía, inclinando la cabeza, mientras yo volvía a verlo de pie ante las ventanillas, esperando la aparición de los tres chopos y de la casa colorada donde, en un solo instante, encontraba y perdía a una mujer. Un gesto junto a otro componían todo un día de la vida de una desconocida, furtivamente espiada desde el pasillo de un tren; eran esos gestos como una película íntima, secreta, a través de luces y de estaciones, de momentos de abandono o de dolor, de paciente empeño o de plácida negligencia. Los ojos cansados del revisor retenían largamente cada visión, empalmaban una imagen a otra, dando sentido y continuidad al panorama de una vida ignorada y discreta, a salvo en unas pocas alcobas y en un huerto. Era como una cita a la que la inadvertida mujer no hubiera podido faltar más que por una cuestión de segundos, y he aquí que se había ido librando de ella, un día tras otro, casi por encanto.

—Ella volverá —dije—, y antes que nada abrirá sus ventanas al paso de los trenes. Después de la corta ausencia, la casa tendrá que airearse.

El hombre, tendido sobre el diván, movió la cabeza. Había mejorado el tiempo, pero la llanura, embebida de lluvia, sonaba sordamente bajo las ruedas del tren. Aparecían, lejos, parejas de luces asaltando negros, iluminando carreteras. Una claridad de remotas constelaciones insinuaban lugares y aldeas hasta el confín del horizonte. Y yo pensaba en aquel compañero de viaje, anciano y maltratado, pero capaz de sentir todavía interés y temblor hacia el misterio de una vida imaginada a través de la monotonía de un trayecto que se repetía con inmutable cadencia, entre llegadas y salidas, bajo las campanas de las estaciones. Más tarde ella volvería, y quién sabe si hasta podría vérsela también en el huerto, inclinada sobre las verduras.

—El viejo ha muerto —aventuré— y Claudia se ha marchado después de enterrarlo. Volverá de un día para otro.

El revisor se desplomó sobre el asiento y la sombra de la nariz canceló su boca como una tumefacción.

—Pero éste es mi último viaje —dijo—. Mañana me dan la cartilla del retiro para la pensión, y los compañeros me ofrecen un almuerzo en nuestro Comedor. Entonces todo habrá concluido. En vez de las ventanillas del tren tendré que contentarme con la ventana de mi dormitorio. El mal tiempo se echa encima. Veré desde mis cristales la plaza con niebla en la que chirrían los tranvías, la gente que sube y baja de ellos, sin cara, llena de prisa. Y no sé si será peor.

Se levantó y salió al pasillo de nuevo. Ahora el tren volaba, fundiendo en un solo ritmo todo el martilleo de sus carrocerías, hacia la próxima estación. El revisor se abotonó otra vez la cazadora; otra vez se caló la gorrilla galoneada. Una luz difusa, como una leche de luna, envolvía la pelada llanura, recorrida por ríos inmóviles; la llanura en que las casas no comunican con otras, las carreteras no se cruzan y las estaciones de gasolina vierten heladas luces sobre el asfalto.

—Ahora —dijo el revisor— recorreré el tren desde el coche correo hasta el vagón de cola. “Señores, por favor, los billetes.” La próxima estación es Sinalunga, pero no llegaremos hasta dentro de veinte minutos. Tengo tiempo para hacerlo todo cómodamente: un cambio de clase, una multa, un suplemento. ¿Se apuesta algo a que encuentro al clásico viajero sin billete, a la mujercita que ha tomado un tren por otro, al señor lioso que protesta con el reglamento en la mano? “Los perros pueden viajar en tercera clase, pero con bozal y correa...”

Sonrió, cogió el farol y me saludó por última vez, llevándose dos dedos a la visera de la gorra. Lo vi alejarse, vacilar aquí y allá a cada vaivén fuerte de la marcha, y a poco le oía toser a pleno pulmón, mientras las puertas de los pasillos continuaban abriéndose y cerrándose a sus espaldas con una especie de estúpida insistencia. Me quedé solo en el vagón vacío, y ahora que el revisor había desaparecido sus palabras me sonaban con un eco irreal, como si me hubieran sido dichas durante un desvanecimiento o un sueño. Quizá era el día de tren, el viaje a través de la tormenta, el vagón tétrico y desierto en aquella luz de subsuelo minero, quienes me presentaban lo vivido como soñado. Aún tenía delante de mí el rostro del empleado ferroviario, grisáceo, hirsuto, con las orejas vacías y hondamente trabajado en la boca, el rostro a que la recia nariz prestaba un cierto aire de intimidad y confianza. Sacándome de mis pensamientos, el tren empleó a fondo sus frenos contra las ruedas, y los maderos de la vía chillaron bajo el peso muerto de la carrera. No nos habíamos detenido aún cuando ya se oía cantar el nombre de la estación.

—¡Sinalungaaaá!

Y era su propia voz la que gritaba, entre el batir de las portezuelas y el jaleo de los viajeros, la voz un poco ronca y fatídica de mi revisor. No sé por qué impulso me precipité a la ventanilla y bajé el cristal. Entre la pequeña confusión callaba ya el ruido de la campana; el andén pisoteado se despejaba un poco, mostrando las oficinas de la estación, su puesto de periódicos y sus bancas recién barnizadas. Vi la cruda luz amarilla y circular que proyectaba el flexo del jefe de estación sobre la mesa de su despacho.

—¡Al tren!

La invitación se había escuchado cerca, y era ya otro hombre quien la había formulado. Otro hombre con un farol en la mano, al desgairé en la portezuela abierta del vagón, un pie apoyado en la plataforma y el otro balanceándose al aire en un gracioso y ligero movimiento de impaciencia. Vi que era menudo y delgado, joven aún, con una cabellera rizada que le rozaba el cuello de la sahariana de mahón. El tren corría ya cuando el revisor saltó dentro y extrajo de uno de sus bolsillos la máquina taladradora.

Dario Ortolani.
Redacción de la *Gazzetta Del Popolo*.
TORINO (Italia).

(Nota y versión castellana de Fernando Quiñones.)

LA PICARESCA Y VICENTE ESPINEL

POR

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

La picaresca no es en España un estado social. Es apenas una suma de individualidades en estado de picardía, que, reunidas en un patio, posan en grupo familiar para un fotógrafo de picaresca.

En el grupo caben todas las edades, todas las creencias, todas las jerarquías y todos los sexos (que en España son nada más que dos).

El arte del fotógrafo consiste en retratar al viejo con su alma de niño y al niño con su angustia de viejo, en sorprender al rufián con sus pujos de marido calderoniano y al marido con sus tapujos económicos de rufián, en inmortalizar al Rey con su cara de mortal y a la Reina con su cara de María Luisa disecada a pincel.

Más allá o más acá del respeto debido a sus héroes, por encima del respeto debido o debido deber a sus reyes, entre todos los géneros artísticos el español prefiere el retrato: desde la instantánea fija que es Velázquez hasta la película documental que es el romance.

Siempre el retrato. Siempre el ansia de asomarse a la expresión ajena: más que para comadrear sobre ella, para cotejarse con ella; más que para compadrear con su propia vida, para aprender a malapreciar determinados pormenores de la vida. Para mirar no taimadamente de reojo, sino de frente, pero sólo con un ojo: con el ojo de la comparación conveniente, reservando el otro ojo para su propia justificación.

Siempre la necesidad de centrarse comparativamente, de buscarse y de estudiarse situado entre los dos extremos del heroísmo y la picardía, para, llegada la hora de las decisiones, ser un pícaro a lo héroe o un héroe a lo pícaro, un hombre capaz de apuñalear o de meterse a Buen Samarita-

no, de ganar la sierra por su cuenta o de enrolarse en un tercio por cuenta de la gloria común.

Porque esto es España: la picardía y el heroísmo fundidos en un cerrado anhelo. La picardía del héroe que en el aprieto de Santa Gadea le dice al Rey Alfonso el Sospechado:

*"Haced la jura, buen Rey:
No tengáis de eso cuidado;
Que nunca fué Rey traidor
Ni Papa descomulgado."*

Y el heroísmo del pícaro que, pronto a cualquier engaño, en el trance del engaño peligroso se deja matar por su señor, por su pequeño interés o por su patria.

Porque siempre es esto España: la afirmación de algo; aunque a veces la afirmación importe la contra-afirmación de otro algo. Siempre el afirmarse en una posición, aunque la posición sea precisamente la contraria de la de ayer. Siempre el estar en favor o en contra; porque ser es para el español vivir definido: mejor dicho, vivir en permanente estado de pronunciamiento, ya en numantina actitud de sitiado, ya en desafortado ímpetu de sitiador. Siempre coexistiendo en cada alma el santo en peligro de desantificarse y el pecador en peligro de arrepentirse, el héroe amenazado por el riesgo de morir en la cama y el pícaro amenazado por el riesgo de aburguesarse.

La picardía y el heroísmo fundidos en un cerrado anhelo. No en una desesperación. No en un matonismo de lo heroico como expediente respetable del suicidio. No en un existencialismo de lo pícaro como pintoresca justificación de la vida delictuosa. No en ninguna de éstas ni en alguna otra forma de la desesperación, sino en una simple y humana necesidad de perpetuarse.

EL HÉROE NO SE ADORNA CON SUS CICATRICES

El héroe no se adorna con sus cicatrices ni vocifera sus hazañas. Y si lo hace, lo hace para sacarle al enemigo la

ventaja del espanto o acaso para sacarle al Rey olvidadizo unos ducados de pensión a la vejez. El pícaro no alardea de sus timos ni vocea la estadística de las gallinas robadas. Y si lo hace, lo hace para ganar el respeto de sus cómplices o para forzar por ese modo la espontánea caridad de los dueños de gallineros.

Porque ni el héroe ni el pícaro hacen academia. Hacen sencillamente vida. Hacen lo que la vida les pide o les manda, les ofrece o les impone: le ofrece al héroe o le impone al pícaro. Lo que la vida le ofrece al héroe en la oportunidad que él no elige, entre dos períodos de paz, y lo que le impone al pícaro en la continuada circunstancia de una fatalidad de miseria más o menos irredimible.

De aquí este estado de cosas intermitente propio de la oportunidad heroica; de aquí que en la vida real no exista el héroe profesional, el héroe con el tic del heroísmo, el carnicero del patriotismo o de la propia honra. Porque en definitiva lo que el héroe humano quiere es la paz; a lo que aspira es a que no lo ponga la necesidad en la necesidad de ser héroe; es la vida lo que busca con el ejercicio de la muerte.

El pícaro, por su parte, no ama la miseria. No la odia, pero no la ama; no tiene el piadoso fatalismo de Job, pero tampoco le gusta revolcarse como un réprobo en el estercolero; no ama al delito, pero usa del pequeño delito, de la breve trampa, de la triquiñuela intrascendente para defenderse de la angustia.

Porque el pícaro no es un delincuente. O, en todo caso, es el Buen Delincuente. El delincuente con un santo patrono que se llama Dimas y a quien invoca con el doble objeto de obtener por anticipado el perdón de Dios y de que el golpe no le salga mal. Y, por encima de uno y otro, por encima y por adentro, con la más formal reserva de su dignidad: con la reserva que le permite, sorprendido en una falta, agrandarse como un héroe.

Pero no teoriza sobre su conducta. Y no teoriza preci-

samente porque sabe que todo lo que él hace es intrascendente. Él roba o hiere o defrauda sin pensar que eso es un derecho. Roba o hiere o defrauda sin autojustificación. En realidad, a menudo lo hace justificadamente, porque Dios le impone antes que ninguna otra la obligación de subsistir; pero como se procura los medios de subsistencia a costa de lo ajeno —de lo que él cree que lo es y contra la opinión del dueño del bien robado, herido o defraudado— tiene el pícaro la conciencia de que obra con injusticia. De ahí que no se le ocurra justificarse. Porque en su interior actúan por una parte el duende del necesitado y por la otra el duende del alguacil del Santo Oficio que todos llevamos dentro para tenernos a nosotros mismos amedrentados; por una parte su hambre y por la otra la personal convicción de que el hambre no otorga otro derecho que el de morir modestamente de hambre. Porque tan fuerte, tan aplastante es la presión de la moral burguesa que aun al propio desesperado le niega la facultad de actuar por desesperación o, dicho de otra manera, de actuar honradamente por necesidad. A tal punto que el necesitado, si bien no peca materialmente, peca formalmente. No peca materialmente, porque todo lo que es necesario es lícito y aun obligatorio. Pero peca formalmente, porque le han hecho creer que eso es pecar; se lo ha hecho creer no la sociedad de los santos, sino la comunión de los impecables; la cooperativa anónima de los dandies de la virtud al uso, los accionistas de la respetabilidad.

Se lo han hecho creer todos esos legalistas del buen orden. Pero, con todo, él no lo cree del todo. Lo admite de puro bien educado o de puro bien acobardado que es. Pero no lo cree, porque él también es un buen cristiano, capaz de empeñar la vida por un pedazo de pan para la boca de un desconocido, aunque eso le valga perderse y ganar, por coima de heroísmo, dos metros escasos de camposanto.

Por eso, aunque no intente su justificación, se sospecha a veces interiormente justificado. Y, aun creyéndose peca-

dor, sabe que Dios es su aliado: su aliado a quien no quiere comprometer ante los justos de la Tierra, pero su aliado al fin, que no ha de fallarle en el ¡sálvese quien pueda! del Juicio Final.

Por eso, temido o denigrado, perseguido o condenado por los hombres, el pícaro, llegada la ocasión decisiva, se agranda como un héroe.

Porque en realidad se sabe nada menos que un hombre: un hombre con su más y con su menos, un hombre capaz de llevarse el mundo por delante, sea en la asamblea del patio de Monipodio, sea en el alboroto de las banderas tremolando por los cielos de Europa.

Y es que el pícaro no deja de ser ni deja de ser eso: un hombre. El hombre de ambos mundos: el estratega de cada momento, el criado de la necesidad. Y siempre con su reserva de señor: para, llegado el caso, comparecer ante el tribunal de Dios arrepentido, pero con dignidad.

Porque el pícaro, si no es lo español, es español.

Si aparece ya en la novela picaresca como protagonista, vive en la prehistoria de la novela siquiera como extra. Porque, como hombre que es, no nace en la historia: hace la historia. No se suma a ella, sino que la consume. La amasa con el lodo de la primera creación y le infunde su presencia, es decir, su alma.

VIVE EN LA HONRADA PICARDÍA DE AQUEL RUY DÍAZ DE VIVAR

Vive en la honrada picardía de aquel Ruy Díaz de Vivar empeñando piedras por oro en el montepío español regentado por Don Raquel y Don Vidas.

Vive en Juan Ruiz, el Arcipreste trapisondista de la sotana alzada, y en los viejos enamorados y en las viudas enamoradizas de las anchas estrofas del *Libro de buen amor*.

Vive —aunque viva entre sinaíses de moralidades— en

la prosa de *El corbacho* de ese otro Arcipreste de Talavera atormentado de sexo y de teología moral, bronco de conti-nencias devoradas y de patios atascados de sol y de vecinas que corren clamando desaladas:

“¡Ay mi gallina la rubia, la de la cresta morada y de la calza de oro!...”

Vive en la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. En la tragedia de aquella Celestina a quien el hambre le obligó seguramente a levantar quinielas de amor, a ir y venir del jugador desafortunado al extracto de lotería, a falsificar billetes premiados y cobrados, a remendar números, a hacer pasar terminaciones por premios mayores, a falsificar pasaportes y certificados de buena conducta y cartas credenciales de sanidad prenupcial. Todo para remediar su miseria; todo para proporcionarle una alegre noche al embajador de Francia; todo porque acaso oyó cantar a Melibea esperando a Calixto en su jardín:

*“Papagayos, ruiseñores
Que cantáis a la alborada,
Llevad nueva a mis amores
Cómo espero aquí asentada
La media noche es pasada
Y no viene.
Sabedme si hay otra amada
Que lo detiene.”*

En la corte de la Celestina, entre los criados y los criados de sus clientes, entre sus pupilas y los amantes de sus pupilas, en ese chiquero de pasiones y en ese almácigo de esperanzas, madura el pícaro de la picaresca. Vive y medra y madura, pero todavía no se realiza. Todavía no es el protagonista. No tiene todavía conciencia de su papel protagónico. Todavía no es el pícaro con fuerza suficiente para alzarse con la novela de la vida.

Lo hará cuando la vida literaria se lo exija, cuando la literatura anticaballeresca se lo imponga abriéndole los ojos a la realidad y cuando la realidad le enseñe que sin héroes la vida no es verdaderamente vida.

Lo hará cuando el resentimiento antiheroico que culmi-

naría con Miguel de Cervantes amenace ya terminar con los libros de caballerías y con la Caballería misma.

Será entonces cuando él irrumpa en los libros y también en la caballería; cuando él tome por asalto a aquéllos y siente plaza de combatiente en ésta; cuando, reaccionando contra la somnolencia burguesa, a falta de otra cosa se meta a bandolero.

He nombrado al resentimiento y a Miguel de Cervantes. Creo —Dios me perdone— que Cervantes es un pícaro triste. El hombre que, resentido de su manquera, de sus prisiones y de sus deudas, escribe para España y contra España ese alegato de la medianía llamado *Don Quijote de la Mancha*. Porque tal y no otra cosa es la historia del hidalgo manchego: la vía crucis del héroe, escrita no para enaltecerlo, sino para descentrarlo, para hacerlo pasar por un descentrado; contada no para restaurarle en el respeto, sino para ofrecerlo, metido en una jaula, a la mofa común. Algo así como la crónica de la Semana de Pasión contada por un leproso a quien Cristo se habría olvidado de sanar. Porque eso es el *Quijote*. Lo que Cervantes no hubiera escrito si, después de lo de Lepanto, España le hubiera asignado una pingüe pensión militar. No quiero decir con esto que tuviera alma de vendido, pero sí que entregó su carne a la miseria. Y se la entregó resentidamente: haciendo de toda miseria carne, en lugar de transmutarla en ala; haciendo del mundo un Parque Japonés para trampearle el mundo al héroe, trocándole ejércitos en rebaños y gigantes en molinos con su magia de pícaro resentido; apicarando a España —desde Sancho a Dulcinea, desde el Duque a Maritornes— para que sobre esa España se descalabrara el caballero, rotas la lanza y la esperanza. Mientras Lope, con sus héroes y también con sus pícaros, realzaba en el teatro el sentido español de la vida, mientras los hijos de los reconquistadores se metían por América reviviendo las más altas caballerías, Cervantes ensayaba en farsa —desde su cárcel o

desde su bohardilla— la misa de cuerpo presente de la españolidad sobre el santo cadáver de Alonso Quijano.

ES ENTONCES CUANDO EL PÍCARO
SE DESGARRA DE LA REALIDAD

Es entonces cuando el pícaro se desgarras de la realidad para coparla; cuando salta del marco para invadir el cuadro; cuando, temiendo por la suerte de la espada, entra a cuchillo en la vida española: para sostener precisamente el tono de esa vida. Porque al pícaro, como español que es, sin ese tono le falta el aire. Le falta eso que se llama riesgo y que es la sal del destino. De ahí que se meta a bandolero, movido por una necesidad personal: la de respirar. De ahí que se cruce bandolero, empujado por una necesidad nacional: la de salvar la respiración de España, la de la España rica y la de la España pobre, la de la principesca y la de la mendicante, la de los golfos y también la de los caballeros.

Por eso el golfo juega al caballero y juega a él a lo golfo: para vengarle ocupando su lugar; para demostrar a los cómodos que en España no se puede vivir sin la incomodidad de contar con los caballeros.

Primeras víctimas del movimiento antiheroico, los artesanos-pastores habían intentado una trémula huída hacia el *week-end* de la novela pastoril. Pero aquello era nada más que un *week-end*: un querer escapar sin renunciarlo todo; una temporaria renuncia a la locura de la Corte, fácil y conservadora; un llorar imposibles amores imaginarios procurando de paso ponerle los cuernos al Amor; un intentar ser de otra manera sin cortar amarras con el ser de la otra manera.

Por eso la novela pastoril no pudo prosperar. Porque fué la fotografía de la legua, la instantánea de fotógrafo de plaza de un estado intrínsecamente ocasional: de un estado que, si algo tenía de real —y mucho lo tenía—, no pa-

saba de ser un adulterio de fin de semana, que cada lunes obligaba al fugitivo a reiniciar su vida de buen comportamiento y de buen soportamiento.

De ahí que se hiciera indispensable apurar la aparición del caballero-pícaro con carácter de protagonista, para reemplazar al caballero-pastor nacido ya con carne de alfeñique e inadecuado, por tanto, para ocupar el lugar que el caballero-héroe empezaba a ceder en el espectáculo.

Al español, tanto al noble cuanto al plebeyo —excluido el hombre funcionalmente medio, puesto que éste no es un español funcional—, al español, digo, no le basta sino lo desmesurado, lo inconsiderado, lo que excede la medida del hombre medio. Y aun en la santificación de este tipo de hombre —como la que intentara Ganimet en la persona de Pío Cid—, el hombre medio no es el hombre simplemente medio: es el hombre que, dispuesto al martirio, sale tranquilamente a la arena y se encuentra con que en el ruedo de la prueba no hay ni leones ni tigres ni panteras, sino sólo una distraída comparsa de espectadores que juegan a ser la humanidad.

Ganimet —uno de los españoles que escribió mejor que Cervantes— asumió al hombre medio, y, luego de no poder con él, terminó suicidándose. Terminó suicidándose porque descubrió que el hombre que él quiso presentar y vivir como expresión de lo español se le escapaba de las manos; que a él —que era todo España— le traicionaba esa España por él redimida; que él no podía suplir, ni mucho menos sufrir, los dos largos siglos que metieron en el esqueleto español el germen y el castañeteo de la decadencia española. Porque a Ganimet le faltó el pícaro y el sentido del pícaro. Le faltó la esperanza de la picardía y el buen humor de esperar: el buen sentido de saber esperar la salvación por el lado de los desesperados enteros.

Tres siglos antes, Vicente Martínez Espinel —el más ganivetiano, por así decirlo, de nuestros clásicos— escribía sus *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*.

Sin jactancia y sin prisa, con ese estilo tan suyo de quien anda por la música como por hacienda propia; sin arrebatos y sin miedo, como quien está de vuelta ya de ser soldado, con esa alma tan suya que ni sabe de la melancolía ni del cacareo, Espinel —músico, cantor, guitarrista, poeta y camorrero de la milicia— posee las tres virtudes comunes al ser español: el trato de amor, la esperanza y la lealtad; vale decir, el acceso al amar y el asiento en el amor.

No corre tras las mujeres, pero tampoco las deja con las ganas de ser mujer.

Así, de una sola pincelada de vuelta y de través, que vale toda una vida, describe la suya:

“¿Pues nunca habéis sido enamorado?—dijo mi ama—. Y tanto—dije yo—que he compuesto coplas y reñido pendencias.”

Sirve a la mujer, ya en coplas de plumas, ya en coplas de estoques, pero conoce la condición humana y los alifafes de las edades. Por eso, en edad de descansar, mete a santa a su catecúmena de Argel, no sin antes citar el sabio refrán italiano que justificaría su futura generosidad:

“El que se casa viejo tiene el mal del cabrito, que o se muere presto o viene a ser cabrón.”

Porque, aunque buen amador, el escudero es buen razonador. O, mejor aún, buen realista: que, si vuela con el corazón, camina también con los pies; que sabe que si el amor discurre por los campos de la astronomía, el amante ama en la geografía, junto a una reja situada, sí, bajo las estrellas, pero que es concretamente la tercera reja de la calle de la Paloma.

Es el pícaro que, jubilado de pícaro, arrepentido, pero dulcemente arrepentido, no se da a moralizar desde lo alto de la contrición, sino que, descendiendo del asilo de su vir-

tud actual al desconcertado patio de su pasado, relata sus experiencias y se demora en su recuerdo para moralizar a los nuevos pecadores por la más eficaz de las vías del consuelo: por la pormenorizada relación del propio pecado y de su consecuencia el necesario arrepentimiento. Y todo ello junto a ellos. No presentándoseles como un impecable, sino como un ex-pecador. No poniéndoles —oponiéndoles, digo— ejemplos imposibles, sino llamándoles a la cordura, mientras concede previsoriamente un razonable margen a la locura.

“Nadie siga mujeres en la iglesia —dice—, pues hay har- to espacio para verlas fuera.”

Siempre el pícaro del buen sentido, el maestro de lo posible; pero también el caballero andante de lo que parece imposible.

El caballero que, como excusándose de su manía caballerisca, declara:

“Aunque yo tengo condición de pobre, tengo ánimo de rico.”

Y por añadidura confiesa:

“En viendo una verdad desamparada, me arrojé en su ayuda con la vida y el alma.”

El hombre que, si alguna vez “traía un semblante de hombre que tenía quebradas las alas del corazón”, no por eso deja de ser el hombre figurero capaz de infundirle ánimos a la muerte.

El Don Quijote de la breve anécdota cotidiana, el que todo lo reduce a una breve anécdota, porque, punto más punto menos, la vida es una suma de ellas: desde la interesada adulación a una mesonera hasta los trabajos de un cautiverio entre moros; desde el *pic nic* junto al Manzanares hasta el naufragio entre las moles del estrecho de Magallanes.

El Don Quijote de la breve anécdota cotidiana y también el Pío Cid del lento y minucioso conversar. Pero un Pío Cid que en lugar de suicidarse sonríe; que en vez de hundirse como un hombre medio está en medio de los hombres.

Todo esto es Espinel: no padre, sino hijo de Marcos de Obregón, porque Obregón le preexiste, como que es la realidad española, de la que él nace; no su caballero, sino su escudero, como que él cuida de las armas de su honra y, llegado el caso, le sopla corteses moralidades para distraer al auditorio del escándalo de sus probables picardías; no su amo, sino su lazarillo, que le guía por los vericuetos del idioma y que le enseña el arte de hablar y de salvar la vida hablando con ese dulce estilo del que sabe que para el andarín de la vida ésta no ha de ser otra cosa que un viaje entretenido.

Todo caridad, Espinel nos ofrece la lección del cielo abierto y de la tierra abierta como el cielo. Todo cortesía, nos ofrece la lección del buen convivir: la de ceder el paso y quitarse el sombrero de alma a alma, de decir "su merced" no por costumbre, sino por convicción de gracia recibida, de saludar no por una mera razón de automatismo, sino por desear salud, de fundir la vida común en el crisol de un solo gozar y padecer, de un solo renacer en el aire de la caridad llamada por otro nombre la poesía.

TIEMPO

POR

FERNANDO GUTIERREZ

I.—NIÑEZ

MI NIÑEZ fué pequeña y se me olvida.
A veces pienso que la tuve poco
o la gasté temprano. Y ahora, lejos
de aquella casa grande y de mí mismo,
me voy hallando a trozos. Unas veces
se me caen de la mano y se me rompe
lo poco que de mí en ellos quedaba.
Otras veces, las más, los voy dejando
dentro del corazón, a ver si duelo
y en el dolor conozco que yo era
aquel que me recuerdan a distancia.
Me quedo así, pendiente de mí mismo,
escuchando mi yo limpio y pequeño
en torno a las personas y las cosas
que me hicieron un poco, y otro poco
me fueron deshaciendo ocultamente.
Reúno los pedazos, y hay vacíos
profundos entre ellos, huecos grandes
que no se quién llenó y se me ha olvidado.
Pero a esa sombra, al mal recorte negro,
no por negro, sino porque me falta,
lo dejo en mí y lo miro. Muchas veces
me conmueve y apena y, sin embargo,
no sé por qué, quizá por esa chispa
de mí que está buscándome en el hueco
como en un cuarto a oscuras, sin la idea
de dónde estoy, a tientas, como suele
buscar un niño su caballo roto.

*Y es donde más estoy, donde más tiempo
de mi niñez perdura: en esa sombra.
¿Qué fué, qué tuve o qué soñé? Ya apenas
importa una pregunta así. Fuí y tuve
y soñé. Y nada más. Es suficiente.
Y os digo de verdad que estoy contento.*

II.—MI HERMANO

I

*JOSÉ MARÍA fué un hermano mío.
Dios olvidó su vida muy temprano,
cortó la espiga cuando el pobre grano
no era ni primavera ni era estío.*

*Ahora es de noche y hace mucho frío.
Tengo un calor de menos en la mano,
y un punzante dolor que duele a hermano
me deja el corazón manivació.*

*Fué la amistad callada y conocida
que a tantas se parece y a ninguna.
Fué el hermano menor, el más pequeño.*

*Hoy es ese pedazo de la vida
que se me cae del alma cuando alguna
cosa me lleva a la niñez o al sueño.*

2

*PORQUE MURIÓ pequeño, todavía
tiene en mi casa diecinueve años.
Todos nos hemos hecho un poco extraños,
más viejos y cansados cada día.*

*Así le acompañamos la alegría
con nuestros pobrecitos desengaños,*

*con pocos bienes y con muchos daños,
y él tiene aquellos años que tenía.*

*No le digamos cuánto hemos sufrido.
No lo debe saber. Son cosas éstas
que no se han de contar a los difuntos.*

*O quizá no murió, y se ha detenido
para vernos pasar, llevando a costas
nada de cuanto ambicionamos juntos.*

III.—DEFINICION DEL AMOR

*DE PRONTO estoy aquí, y ésta es mi casa,
y éste soy yo. Soy yo. Y saberlo es bueno,
aunque no sepa bien lo que me pasa.*

*¡Qué próximo saber! ¡Qué ancho y sereno
este estar y este ser en los que vivo
lleno de Dios y de la vida lleno!*

*Ahora todo es verdad y decisivo,
ahora soy ya esa acción inesperada
donde el presente se hace imperativo.*

*Y no sé cómo fué. Me miro y nada
me descubre el secreto. ¿Qué ha pasado?
¿Qué luz está detrás de la mirada?*

*¿Qué caminos anduve, por qué lado
del corazón llegué? Veo mis cosas
y el alma me sonríe en el costado.*

*Mis cosas, es verdad... Maravillosas
pequeñas cosas de la casa mía,
pequeñas almas mías numerosas.*

*Esta es mi casa ya. Cuando la hacía
pensé hacerla mejor, pero no pude.
Y Dios, que me ayudaba, sonreía.*

*Ahora que a ella la esperanza acude
cada mañana con el sol, le pido
a Dios o a su sonrisa que me ayude.*

*Nació de apenas nada, y he tenido
miedo de construir sobre la arena,
y ahora me asombra ver cómo ha nacido.*

*Ser hombre es un milagro. La colmena
del alma sus abejas echó al vuelo
y trajeron el júbilo y la pena.*

*De espina a flor, desde la tierra al cielo,
volvieron a mi casa y me ordenaron
la pena y la alegría, el fuego y hielo.*

*Hoy no recuerdo ya cómo volaron
ni con qué afán les empujé las alas,
y no quiero saber si se cansaron.*

*Mi corazón sacó al balcón sus galas
y contempla las cosas y la vida
y ve que ésta y aquéllas no son malas.*

*Con esta mano aún estremecida
por un esfuerzo siempre renovado
toco la sencillez, ya sometida,*

*de cuanto me rodea, y lo tocado
palpita a mi compás y se estremece,
y sé que es poco, es mío y es honrado.*

La casa de mis cosas me parece

*lo que a Dios debe parecerle el mundo.
Uno, es verdad, frente a su mundo crece.*

*Y me pongo a escuchar. En el profundo
silencio de la casa hay un latido
que soy yo y no lo soy, y me confundo*

*en ternuras distintas. El oído
distingue cuatro sueños diferentes
y en su raíz descubro mi sentido.*

*Cuatro seres que sueñan, cuatro frentes
bajo las cuales paso en pensamiento,
en cuatro pensamientos transparentes.*

*Uno, el mayor, se viste con mi acento,
me dió a los otros tres dándome el suyo
y fué, mejor que yo, merecimiento.*

*Hoy si construyo algo, lo construyo
por él, por el mayor y los pequeños
y a los cuatro en amor me restituyo.*

*Los otros tres caminan por los sueños
y Dios les da la mano y encamina
y les pone los párpados risueños.*

*Y mi alma, que es ingenua, se imagina
que el sueño de las niñas es sencillo
y por el sueño de las tres camina.*

*Mas las tres, que se saben al dedillo
los ángeles del sueño, van aprisa
y me dejan el alma en el pasillo.*

*Así, y amaneciendo en la sonrisa,
el alma me recoge el ser primero
y aguardamos tres ángeles sin prisa.*

*Los seres de mi casa. Y los que quiero
y no están en la mía. Los testigos
de todo cuanto vivo como muero.*

*Mis padres, mis hermanos, mis amigos,
seres en los que gasto diariamente
el alma, y, ¿por qué no?, los enemigos*

*ya que en ellos también estoy presente.
De pronto el mundo en Cristo se concibe
y sorprende querer a tanta gente.*

*La tierra de mis seres me recibe
como a Dios debe recibirle el cielo.
Uno, es verdad, entre los suyos vive.*

*Y me pongo a pensar. Por el desvelo
del tiempo y de la vida pasa el hilo
del corazón y apenas toca el suelo.*

*Sobre él el alma queda como en vilo
y Dios está en el sueño bien dispuesto.
Pienso y no pienso más. Estoy tranquilo.*

El amor, el amor debe ser esto.

IV.—LA VIGILIA

*HAY A VECES CANSANCIOS, como este
que traigo de la calle, porque el día
no fué bien y han salido mal las cosas,
que ni pensar ni trabajar nos dejan.*

*Un no saber qué hacer con uno mismo
nos acompaña. Silenciosamente
pasa de pensamiento a ser persona,*

*a ser alguien que está aquí con nosotros
y nuestra pequeñez hace palpable.
Es el espejo mate de la angustia.*

*Me siento en la butaca en la que leo
cuando es posible, y miro, sin ver nada,
los libros de este cuarto en el que escribo,
las flores de la mesa, los retratos
que me repiten el amor, el viejo
desorden de mis cosas, que yo sólo
puedo encontrar sin revolver, e, inmensas,
las butacas vacías, que parecen
sombras sentadas que me están mirando.*

*Al otro lado de la casa escucho
a Loles al piano, preocupada
con sus clases, sus libros, sus amigas
y todas esas cosas en que piensa
una niña que tiene trece años:
todo es tremendo o todo pequeñito.*

*Maricarmen —diez años solamente—
tiene sueño, e inventa la manera
de no cenar, ojea una revista,
se cansa, viene y va, juega, nos besa,
se sienta de una forma inverosímil
y se duerme o lo finge. No es seguro.*

*Alba dibuja Cristos y jarrones
o baila un Strawinski a su manera
con sus seis años de ángel hecho niña
y su cabeza de cordero rubio.
Quiere comprar estrellas y las compra.
Lo que ocurre es que no sabemos verlas.*

*Y veo lo que escucho. Está tranquila
la vida al otro lado de la casa
donde el amor preside el tiempo. Sólo*

*su caminar se oye, y me parece
que el corazón camina y continúa.*

*Luego la voz acostumbrada dice:
“Fernando, está la cena.” Me levanto.
Empiezo a andar por el pasillo y miro
mis manos. Las contemplo lentamente
con un poco de asombro. Y sin que nadie
pueda oírme, le digo a mi fatiga:
“Con tus manos, Fernando, has hecho esto.”*

V.—VERANO

*AHORA QUE nuestro amor no tiene prisa
porque ya tiene edad y está sereno
y lleno de ternura está, tan lleno
que empieza a derramarse en la sonrisa;
ahora que el alma sobre el alma pisa
y el corazón es como un niño bueno
y hay un freno en el sueño, y hay un freno
en el llanto, lo mismo que en la risa;
ahora que nuestras manos se reúnen
para morir más tarde o más temprano
cuando la dulce muerte se nos abra...,
dejemos las tristezas que nos unen,
que en nuestro corazón es ya verano
y el verano no ha dicho su palabra.*

VI.—SOLEDAD

*DESCONSUELA ESTE TIEMPO y esta gente.
Nacieron mal, mas hoy ya están nacidos,
y están aquí, esperando con nosotros
no sé qué sol, no sé qué edad futura
que dé sentido a todo, que dé tierra
por la cual caminar y estar seguros.*

No basta amar. Hay cosas que no pueden ser solamente amor: hay cosas cosas que hay que ir hallando sea como sea y darlas luego, con amor entonces.

No acuso a nadie porque estamos solos y somos un yo inmenso y desvalido. Nadie tiene la culpa. Nadie es malo más de la cuenta, y aún la cuenta es poca si miramos las cifras. Uno es débil y tiene miedo cuando tiene hambre, que es un tener que sólo tiene el pobre.

Lo único cierto aquí es que estamos solos y no es bastante ya darnos las manos y sonreírnos y ayudarnos ese poco que ya podemos. No es bastante. Hay que hacer algo más, hay que quitarnos uno a otro la angustia que vivimos y dejarla caer y que se rompa. No sé cómo decirlo. Hay que partirse la muerte a hachazos y sembrar en ella y acariciar sin tregua las semillas y la tierra y el sol y el agua clara que nazcan de nosotros y comiencen a darnos forma: la que no tenemos.

Uno se cansa de vivir, y sabe que es hermosa la vida y que, vivida, no cansó nunca a nadie. Lo que ocurre es que estamos haciéndola a diario y que la hacemos mal. Y lo sabemos, y lo sabemos cada vez. Hay días que se ven estas cosas como nunca las hemos visto. Así nos pesa el alma igual que si tuviera carne y huesos.

DOS POEMAS DE RAFAEL LAFFÓN

JARDIN CON SED

*Cochura, estridor, jadeo,
tierra de sed entreabierta...
El jardín clama a mi puerta
por agua —ronco deseo—.*

*Quema el aire fusilero,
tiene el Sol la baza de Oros,
y abre el aroma sus poros
de calentura al brasero.*

*El gorrión, exhausto pío
—mensaje en cifra hacia mí—,
pone un acento a la í
de la voz en ascua: estío.*

*Toma a la rosa un desmayo...
¡Ay rosa, para esos males
busco tu pomo de sales
de romántica de mayo!*

*Vieja y retuerta, a la parra
—gesto agraz en fruto acedo—,
le da de la sierra el miedo
con élitros la cigarra.*

*Y al haz mismo del terruño,
la raíz, mano abrasada,
palpa su dura camada
y se crispa como un puño.*

*¿La humedad? ¿Dónde un conjuro
tan dulce? Qué imploración*

*tuya, jardín Epulón,
al pozo —Lázaro oscuro—.*

*Jardín, si el Angelus canta,
al agua llegó su vez...
(Cuánta saciada avidez
me consuela la garganta.)*

*Se destiñe la bandera
delirante del ardor.
Triunfa sola ya la flor
—de agua— de la regadera.*

MAÑANITA DE BLANDURA

*Mañanita de blandura,
con rebozo de neblina.
¿Dónde tapada más fina
al velar su honesta hechura?*

*(Prima misa...) El esquilón
que despierta en la tronera,
a su yugo de madera
unce una agreste canción.*

*Mística pastura —un leve
rosa de vidrio ojival—.
(Prima misa...) En el misal
bala un Cordero de nieve.*

*La tapada aún indecisa,
apartando el denso tul,
brinda una mejilla azul
al afeite de la brisa.*

*Y hontanar y acequia y río,
dándose a sonoros dejos,*

*le aperciben los espejos
que empañó en la noche el frío.*

*Una llovizna albarrana
refresca en la corraliza
los verdes de la hortaliza
de Pomona la hortelana.*

*Luz de cales exultantes
y trinos —alado coro
a pleno pulmón de oro
de músicos ambulantes—.*

*Al fin, deshecha en rubores,
del Sol llegando a la cita,
allá va la mañanita
desnuda por los alcores.*

EL TEMA DE LA POESÍA

POR

JUAN FERRATÉ

Una primera evidencia es que la poesía nada tiene que ver con la vida. Otra evidencia, de signo contrario, es que el tema fundamental, el único tema de la poesía es la vida. ¿Cómo conciliar evidencias al parecer tan opuestas?

La poesía no guarda ninguna trabazón con nuestra vida en el sentido de que no emerge de ella ni va a parar a ella como mediadora entre nosotros y los objetivos de nuestras tareas o nuestros afanes. La poesía no es un utensilio más de los que usamos en nuestra vida. Tampoco es una copia de ella, ni siquiera una copia más fiel que la imagen de ella que acarreamos con nuestra experiencia práctica y con nuestros hábitos y tendencias vitales. Así se ha creído, a veces, siempre que la atención se ha fijado en su poder de penetración, en su ahondamiento visionario en zonas vitales que naturalmente parecen sólo vagas, confusas e irremediablemente opacas. Pero la poesía nada puede descubrir en nuestra vida que no forme ya parte de ella, y sólo en la medida en que está ya patente y desvelado en la misma por obra de nuestra acción de sostenimiento vital. Todo lo que la poesía sea capaz de hacer patente más allá de nuestra experiencia de la vida no pertenece a la vida misma, sino a la experiencia de la poesía. Lo que descubra la poesía no es ya vida, sino sólo poesía.

Y, sin embargo, la poesía sólo se ocupa de la vida. No como mediadora entre una parte y otra parte de ella, no como instrumento al servicio de nuestro afán de goce o edificación, no como dispensadora de emociones o acarreadora de máximas y consejos, ni tampoco como trasunto de la vida o como *medio* de iluminación de los aspectos de ella que ignoramos, desdeñamos o deliberadamente ocultamos, sino como modelo de la vida que se niega a la vida, como representación de la vida que evade la vida, como imitación, si se quiere, pero imitación, que ahuyenta e irrealiza lo imitado; más aún, que se irrealiza a sí misma cuando se la quiere confundir con lo imitado.

Ocurre que la realidad de la vida no es toda la realidad. La realidad con que contamos en nuestra vida es ya una interpretación, sin duda, con virtualidades objetivas, pero que no puede pretenderse absoluta. La realidad de la poesía es otra interpretación con caracteres peculiares, uno de los cuales es el de tener su locación en un mundo ajeno como es el de la vida primaria y autoevidente que le sir-

ve de estribo y ocasional punto de partida. Sólo por esto la realidad natural, que es la de la vida, parece imponerse sobre la realidad de la poesía en el modo de la relación directa que suponemos existe entre los contenidos de nuestra vida y la "materia" de la poesía. Pero la materia de la poesía y los contenidos vitales son por completo heterogéneos. La poesía tiene su propia materia, su propio tema, y éste no está en la vida, ni tampoco fuera de la vida, pero tampoco fuera de la poesía, en otra vida imaginaria o trascendente supuesta por nosotros. No; el tema de la poesía no es nada fuera de la misma poesía. El tema de la poesía es el poema, cada poema.

Pero, ¿qué es un poema? Por supuesto, la contestación a esta pregunta no puede ser breve y precisa, y al mismo tiempo omnicomprendensiva. Cualquier poema tiene una multitud de aspectos cuya relación y descripción podrían resultar interminables. Aun así, creo que se encontrará una línea de ataque rápido si consideramos al poema en su condición evidente de hecho lingüístico. Pero ¿de qué clase? Sin duda, el poema no es un hecho lingüístico normal, en el sentido de que no puede tener una simple función de signo de algún aspecto de la realidad de que sabe nuestra vida, como los demás signos del lenguaje. Los signos de la lengua, en efecto, tienen en el uso normal una función denotadora de cosas, hechos o ideas, y son realmente mediadores entre nosotros (nuestro pensamiento) y la realidad. Pero el poema no puede referirse a la realidad natural, la realidad de la vida. El poema sólo puede referirse a su propia realidad, la realidad de la experiencia poética.

El poema es un signo lingüístico en el que, a diferencia de lo que ocurre con el signo lingüístico en su uso normal, denotador de cosas o ideas públicas, la función denotativa está en suspenso o, tal vez, modificada en el sentido de que el signo no se refiere a algo exterior, sino a sí mismo, en tanto que es portador de una connotación. El signo se concibe, en efecto, como un significante asociado a un significado. El significado, a su vez, es doble. De una parte, es significado el *concepto* habitualmente asociado con el significante. Pero, de otra parte, en el uso lingüístico normal, es significado la *cosa* misma denotada o a que se refiere en cada caso el signo, el referente del signo. Si dentro del concepto, o primer aspecto del significado, comprendemos también todo aquello que no es necesariamente sólo intelectual o intelectualmente concebido y que está asociado con el significante, o que el significante evoca, tendremos lo que se llama la connotación del signo. Pues bien, el poema en conjunto es un signo cuyo denotado o referente es la propia connotación del signo.

Es evidente que esto vale también, y ante todo con referencia a

los distintos elementos que componen el poema. El caso más claro es el de la metáfora. En toda metáfora genuina vemos lo denotado desde el punto de vista del término que aparece usado metafóricamente. Pero, ¿cómo? La connotación del término metafórico es realmente lo denotado. O, si se quiere, hay como una referencia a cierta cosa innominada, en tanto que ésta posee los rasgos connotados por el término metafórico y en la medida que este término vale para ella. Hay como una "reificación" de la connotación del término efectivamente usado, "reificación" que se cumple a pesar y sólo por el hecho de que la connotación misma es lo denotado.

¡Cómo de entre mis manos *te resbalas!*
¡Oh, cómo *te deslizas*, edad mía!

Tenemos aquí dos verbos usados metafóricamente con referencia a un mismo sujeto. Dejemos a un lado el que el propio sujeto es también un término metafórico. Fijémonos en que no es lo denotado por estos dos verbos ninguna acción de la vida (o "edad"), porque la vida es una realidad abstracta, un concepto, que no actúa de ninguna manera. En el texto vemos algo que tiene cierta relación con nosotros desde el punto de vista de los predicados "te resbalas" y "te deslizas", y en tanto que esos predicados valen para ello, por la connotación que conllevan. Pero, ¿qué es ese algo? Nada, la mera sugerencia de algo que se resbala, que se desliza, y solamente en tanto que se resbala y se desliza, en tanto que la connotación de uno y otro término vale para ello. La única realidad de lo denotado son los rasgos connotados por ambos términos. Su única realidad es mental. Pero no es simplemente la de un concepto, una idea. Su realidad es también la de "algo" que vive, se mueve, actúa. Su realidad es una pretensión de realidad en el mundo natural, pero una pretensión necesariamente insatisfecha, porque no tiene otra base que la apariencia lingüística de que hay algo real denotado, siendo así que lo único denotado es nuestra conciencia de determinados valores de los términos metafóricos.

Por supuesto, en la vida real el valor de la metáfora se cumple inmediatamente en los rasgos de la cosa que justifican efectivamente el empleo del término metafórico. Pero esto no significa que la metáfora valga para la cosa en cuestión, que la denote sin más sólo por razón de que la metáfora efectivamente esté justificada. La metáfora denota cierto rasgo abstracto de la cosa, cierto aspecto suyo, no a la cosa misma por razón de este aspecto connotado por el término metafórico. Lo denotado es cierto aspecto de la cosa, no la cosa en todos sus rasgos. Pero en poesía, donde no hay cosa real, los rasgos de la

cosa denotada se reducen a los connotados por el término metafórico. La cosa no es más que la connotación reificada.

Pero lo mismo ocurre incluso en el caso de que la referencia de la poesía parezca apuntar a una cosa real y denotada como real. Si tratándose de la metáfora nuestro espíritu apunta a un algo innominado que adquiere los caracteres de cosa sólo en la medida que le sirve de soporte la connotación del término metafórico, en el caso de la referencia por medio de un término directo la cosa denotada pierde todos sus caracteres de objeto y conserva sólo aquellos connotados importantes para el sentido del texto en cuestión. Términos metafóricos y términos directos resultan desde este punto de vista equivalentes. De hecho, la trasposición que tienen que sufrir estos últimos para ingresar en el orbe del sentido poético es más violenta, y son por consiguiente fuente de una tensión más grande, lo que equivale a decir más emotivos y tal vez más propiamente poéticos que las imágenes y metáforas. Existe ciertamente un tipo de poesía directa y desnuda, donde los términos usados no han sufrido ulterior trasposición semántica, pero en principio toda poesía es oblicua, toda poesía traspone los términos usados a un plano que podríamos llamar de ficción, en contraposición al uso denotativo real del habla normal. Toda realidad representada en el poema ingresa en un orbe de significación donde los caracteres objetivos que la cosa pueda tener no importan como realidades, sino sólo y en la medida que valen para la unidad de sentido del poema. Esto significa que los términos usados no tienen una función denotativa real (actual o potencial), sino sólo pretendida, fingida y nunca cumplida en la realidad. Lo denotado es sólo el sentido sin cumplimiento, la connotación.

Veámoslo en otro ejemplo de Quevedo :

Buscas en *Roma* a **Roma** ¡oh peregrino!
Y en *Roma* misma a **Roma** no la hallas:
Cadáver son las que ostentó **murallas**.
Y *tumba* de sí propio el **Aventino**.
Yace, donde **reinaba**, el **Palatino**;
Y limadas del tiempo las medallas
Más se muestran *destrozo* a las batallas
De las edades, que **blasón** latino.
SÓLO EL TIMBRE QUEDÓ, cuya corriente,
Si ciudad la **regó**, ya *sepultura*
La *llora* con funesto son doliente.
¡Oh *Roma*! en tu grandeza, en tu hermosura
Huyó lo que era firme, y solamente
LO FUGITIVO PERMANECE Y DURA.

En este soneto al punto parece que se nos habla de la Roma histórica, la actual y la pasada, contraponiéndose ambos aspectos (¿dire-

mos que las glorias del pasado con la ruina presente?) con fines de edificación moral. “Advierte las mudanzas de la fortuna y la fragilidad del poder humano y cómo aun a lo más firme muerte alcanza”: tal podía haber escrito el propio Quevedo o el editor de *Las Nueve Musas castellanas*. Un hecho es cierto: el poema resulta ininteligible para el que no conozca ya la Roma histórica, tanto la del tiempo en que Quevedo escribió el soneto como la republicana e imperial. Esto demuestra, al menos, que no es la información que pueda contener el poema lo que nos interesa, pues no contiene ninguna, sino cierta elaboración en un sentido determinado de algo previamente conocido. Podemos desechar tranquilamente la idea de que el propósito en cuestión sea el de dar a ese algo una forma bella: esta terminología tiene, por lo menos, el defecto de dar por resuelto el problema. ¿Qué es, por ventura, una forma bella? Tampoco podemos quedarnos en decir que el poema elabora emocionalmente nuestro saber acerca de Roma, o que expresa la emoción del poeta incorporada en dicho saber. Pues, ¿dónde está esa emoción, dónde se expresa o qué la suscita? La simple contraposición de las noticias acerca de la Roma del presente y del pasado no basta. Los libros de historia están llenos de noticias de épocas diversas referidas a idénticos parajes de la tierra, sin que su acumulación y diversidad evoque necesariamente ninguna emoción. Por otra parte, acabamos de ver que todo lo que sobre ello nos dice el poema, si hemos de entender éste, debíamos ya saberlo de antemano. Y, ¿cómo la simple actualización y repetición de un saber previo podría causarnos emoción? No es, pues, la Roma histórica como asiento material de determinados acontecimientos presentes o pasados lo que debe inducir en nosotros el estado de ánimo que se supone expresa el poema. Tampoco Roma en tanto que determinado complejo social avecindado en el lugar así llamado, con su historia y sus alternativas de éxito y fracaso, de ventura y desventura. La vida está llena de la noticia de semejantes alternativas de “luz y sombra”, como decía Goethe, que por sí mismas, en vez de inducir a emoción, más bien la secan en la fuente. No; lo único que nos interesa de Roma no es nada que a la Roma actual (presente o pasada) se refiera, no es la realidad denotada por el término “Roma” en su uso normal no poético, sino su mero valor implícito, connotado por el término que la designa explícitamente, de “gloria pasada” o “presente ruina”, según el caso.

Ocupa, en efecto, la mayor parte del soneto (los dos cuartetos y el primer terceto) la contraposición entre estos dos aspectos del valor de Roma. En el texto he señalado con *cursivas* la línea afín de los términos que connotan “ruina presente”, y con **negritas** la línea del valor

“gloria pasada”. La percepción de ambos ordenamientos y de su oposición término a término y conjunta es esencial para la comprensión del soneto. Notemos que ya desde el principio los dos sentidos del término “Roma” se desprende sólo de su paradójica repetición en el mismo verso, con función gramatical y lógica distinta en uno y otro caso. Nos hallamos, por consiguiente, ante dos valores contextuales implícitos, cuya actualización explícita corresponde sólo a nuestro espíritu en el curso de la lectura. La percepción actual de esos valores implícitos es fuerte de tensión y, por consiguiente, de emoción.

Lo mismo cabe decir de la percepción del ordenamiento afin de los demás términos connotadores del valor “ruina presente”, de una parte —“Roma” (dos veces), “cadáver”, “tumba”, “yace”, “destrozo”, y “sepultura”, y “llora” y “huyó” (que enlazan la contraposición en cuestión con otra distinta que, superpuesta a la primera, ocupa los dos tercetos)—, y de la del de los términos que evocan “gloria pasada”, de otra parte —“Roma” (también dos veces), “murallas”, “Aventino”, “reinaba”, “blasón”, “ciudad”, “regó” y “lo que era firme” (con la misma función de enlace señalada para “llora” y “huyó” en la otra línea)—, así como de la percepción de la contraposición misma entre ambas líneas de afinidad, y término a término y en conjunto. Todas son fuente de tensión y emoción.

Pero cuando en el primer terceto leemos “sólo el Timbre quedó”, hemos de ver en la restricción algo más que un simple propósito informativo, inútil y sin sentido. Hemos de percibir en ello el anuncio de la contraposición que se expresa magníficamente en el segundo terceto, en tensa ordenación quiástica de las unidades menores correspondientes, dentro de cada uno de los dos miembros (*a* y *b*) de la contraposición:

$$\begin{array}{c} a \\ \text{Huyó lo que era firme, y solamente} \\ \text{Lo fugitivo permanece y dura.} \\ b \end{array}$$

Y tenemos con la nueva contraposición otra fuente de tensión, otro manadero de emoción.

Podrían señalarse otras contraposiciones, como la de los vv. 1-2 entre “buscas” y “no... hallas”, y también otros ordenamientos afines, como el de los tiempos de pasado “ostentó, reinaba, quedó, regó, huyó”, donde los pretéritos absolutos constituyen una línea con valor propio y altamente expresivo. Cabría analizar además los valores fónicos, rítmicos, etc., del texto, pero no parece necesario.

Sería absurdo pretender que semejante trabazón de relaciones abs-

tractas, como las señaladas y las que se podrían señalar en nuestro texto, tiene una función secundaria en la estructura de sentido del poema. Al contrario, debemos sostener que son su única estructura de sentido. Y ocurre que para su establecimiento es necesario previamente (desde un punto de vista lógico, no genéticamente) que todos los términos, giros, frases, y aun sonidos, del poema sean percibidos en su valor connotativo (y lograrlo es fuente de la tensión primaria, de la emoción primera del poema), no como denotadores de cosas, relaciones, procesos o fonemas reales. Las relaciones se establecen entre valores, no entre realidades, y el valor lo da la connotación.

Es cierto que hay como una pretensión del poema a darse con la apariencia de un trasunto de lo real, hay como una "reificación", según se ha dicho antes, de la connotación, un ansia de cumplimiento de ésta en la realidad. En eso mismo consiste el valor imaginativo del poema. La connotación, en efecto, es un simple intermediario "no real" entre las dos realidades que son el significante y el significado-cosa. Pero la connotación es en poesía tratada como real, como el elemento denotado por el signo. El carácter de realidad "ficticia" que la poesía adopta se debe a que nos fuerza a imaginar como real algo que se resiste a ser real. De una parte, la connotación es tratada como lo real denotado: la connotación está cerca de ser una cuasi-"cosa real". De otra parte, la connotación es algo no real: la realidad de la poesía, por ello, ahuyenta de sí lo que tiene de real y pasa a la condición de una "cuasi-cosa" irreal. La poesía parece ser una realidad *intermedia* entre lo real y lo irreal. Real, porque parece tratada lingüísticamente como tal; irreal, porque el tratamiento lingüístico es anormal (no tiene la estructura lógica del uso lingüístico referido a la realidad natural).

La poesía no guarda ninguna relación con la vida, en el sentido de que no forma parte del mundo de finalidades útiles (prácticas o cognitivas) que constituye la realidad natural de la vida. La poesía es, cuanto más, un simulacro de la existencia al que hay que tomar como tal, un modelo de la vida sin posible correspondencia en ella, una pretensión de realidad que no tiene cumplimiento fuera de su representación en el poema y en la actualidad del poema representado. El tema de la poesía no es la experiencia de la vida, sino la vital experiencia del poema.

Juan Ferraté.
Universidad de Oriente.
SANTIAGO DE CUBA



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Nuestro tiempo

NOTAS SOBRE EL ESPACIO SOVIÉTICO

REACCIONES DE LA JUVENTUD SOVIÉTICA

Durante los días de la rebelión húngara, en noviembre pasado, la Prensa occidental dió a menudo noticias acerca del descontento que reinaba en las filas de la juventud soviética y hasta se habló del cierre de la Universidad de Moscú y de luchas desencadenadas por los estudiantes en Kiev. Estos hechos no han sido inventados, pero el descontento no estalló en noviembre, sino que bullía desde hacía años y se había manifestado bajo varias formas en el período que siguió a la muerte de Stalin. Oradores oficiales habían señalado, durante los varios congresos del Komsomol, en 1955 y 1956 precisamente, las fallas de la enseñanza comunista, la supervivencia del espíritu religioso, la delincuencia juvenil, la indiferencia de los jóvenes ante las tareas prescritas por el régimen, etc. El periódico *Komsomolskaia Pravda* dedicó también varios artículos, algunos de ellos muy fuertes, para poner en evidencia la falta de entusiasmo de la juventud comunista ante el nuevo "Drang nach Osten" iniciado por Kruschev y destinado a bonificar las tierras siberianas. Muy interesante, en este sentido, la comedia de N. Pogodin, titulada *Hemos estado los tres en las tierras vírgenes*, condenada después de su estreno por las autoridades artísticas de la URSS. Los héroes de la comedia hablan de las duras condiciones con las que tuvieron que enfrentarse en aquellas regiones y, después de describir la falta de organización de la empresa, uno de los personajes llega a exclamar: "Imbécil que soy, me he dejado caer en la trampa..."

Las famosas revelaciones de Kruschev sobre Stalin y el culto de la personalidad, hechos durante las sesiones del XX Congreso del partido comunista ruso, no calmaron a los jóvenes. Al contrario, llegaron a fortalecer sus convicciones acerca de la descomposición del comunismo y a ofrecer nuevo material a las críticas. Las hojas clandestinas, publicadas de manera esporádica, aparecieron con más intensidad. La *Komsomolskaia Pravda* denunciaba a sus lectores (el 23 de diciembre de 1955) la publicación, por los estudiantes de la Universidad de Vilnius, en Lituania, de un periódico titulado *La hoja de vid*, "periódico manuscrito", conteniendo "poemas triviales y decadentes". El 4 de enero de 1956 el mismo periódico comunista hablaba de otra hoja clandestina, *El pimpollo azul*, publicada por los estudiantes de Leningrado y conteniendo "relatos miserables y vulgares y pequeños

poemas babosos". Esta clase de adjetivos es corriente en el lenguaje oficial soviético y denota, en este caso, el tono crítico de los relatos y de los poemas estudiantiles dirigidos evidentemente en contra del régimen comunista. Hecho muy elocuente: la misma organización del Komsomol no intervino nunca para criticar estas hojas y, en los últimos meses, pudo averiguarse la participación de varios miembros del Komsomol en los comités directivos de dichas hojas anticomunistas.

Gran parte del material publicado por los periódicos clandestinos era de procedencia occidental, puesto que, empujados por las revelaciones de Krushev a no tener fe en las informaciones de fuente oficial, los estudiantes reproducían las noticias emitidas en ruso por las radiodifusoras del mundo occidental. El comportamiento de los rusos en Hungría y el heroico levantamiento de los húngaros en contra de la tiranía comunista transformó la latente rebeldía de los jóvenes rusos en un movimiento casi abierto que se extendió rápidamente por los centros universitarios de Leningrado, Moscú, Stalingrado, Sverdlovsk, Jarkov, Gorki, Kírov y otros lugares. Periódicos murales fueron colocados por los estudiantes en el interior de la Universidad de Moscú, periódicos que reproducían las noticias de la B. B. C. acerca del levantamiento de los húngaros y que contradecían los informes aparecidos en la Prensa soviética. Durante las reuniones organizadas por las autoridades universitarias, las protestas abiertas fueron muy frecuentes. "En ocasión de estas reuniones —escribe la *Komsomolskaia Pravda* del 4 de enero de 1956— se han podido oír afirmaciones ruidosas y demagógicas cuyo fin era el de denigrar por completo las incontestables realizaciones de nuestra cultura socialista."

El mismo periódico del día 16 de diciembre de 1956 escribe: "Desde hace algún tiempo, varios estudiantes han empezado a manifestar puntos de vista malsanos y opiniones erróneas con respecto al arte y a la cultura soviéticas. Un grupo de estudiantes de la Escuela de Ingenieros de Ferrocarriles, llevando el nombre del académico Obrazstov, ha publicado un boletín manuscrito titulado *Los nuevos caminos* que denigraba de una manera nihilista las realizaciones de nuestra cultura socialista."

Para darse cuenta del marasmo y la incertidumbre que hoy reinan en el ambiente universitario soviético, basta con citar estos versos de un poema titulado "Herejía" y descubierto a fines de 1956 en el Instituto Krupskaia:

*Por mi lado, no sé a donde dirigir mis pasos.
¿Quién me indicará la calle a seguir?
Mi voz es débil e impresa de timidez...
¡Buena gente, ayudad a un ciego a cruzar la calle!*

La situación es más grave de lo que parece en un primer término,

puesto que “muchas veces los mismos profesores se callan y prefieren no contestar a las preguntas de los estudiantes”, mientras que “numerosos catedráticos de biología, matemáticas, física, química y otras disciplinas consideran que la educación comunista atañe exclusivamente a los historiadores, economistas y filósofos”. (*Komsomolskaia Pravda*, del 16 de diciembre de 1956.) El profesor Chufaro, de la Universidad de Sverlovsk, fué depuesto por su actitud proestudiantil y varios otros catedráticos fueron también exonerados de sus puestos.

En un largo artículo titulado “Tres matices diferentes, pero el color es el mismo”, un redactor del citado periódico (del 3 de enero de 1957) trataba de analizar los varios aspectos de lo que llamaba “la propaganda enemiga”. Según este periodista hay en la URSS una propaganda *blanca*, llevada especialmente por los Estados Unidos, cuyo medio principal es la intimidación. Hay también una propaganda *gris*, hecha de calumnias, de falsas noticias y de la propagación de ecos tendenciosos. La propaganda *negra*, en fin, es la más nefasta, puesto que consiste en la publicación de diarios clandestinos. Según el redactor de *Komsomolskaia Pravda*, agentes enemigos, llegados desde el extranjero, se encargan de la impresión y difusión de dichos periódicos. Como se ve, no se trata de “un solo color”, como pretende el periódico oficial, sino de dos: el blanco y el negro, lo que agrava la situación y pone en evidencia el hecho de que los agentes extranjeros —si es que existen— trabajan de acuerdo con la opinión pública del espacio soviético y el blanco y el negro coinciden en su lucha en contra del comunismo y del régimen que lo encarna.

* * *

El *Observer* publicó hace pocos meses una serie de artículos titulados “La juventud rusa”, cuyo autor es William C. Just, periodista inglés que visitó Rusia a mediados del pasado año. El autor hizo en la URSS parte de sus estudios y habla perfectamente el ruso. Pudo, pues, entretenerse con muchos jóvenes durante su viaje, y sus observaciones no carecen de interés. Al concluir su gira, el señor Just ha podido catalogar de la siguiente manera las reivindicaciones actuales de la juventud rusa:

1. *Sueldos apropiados para el actual coste de la vida.*—Uno de los jóvenes con los que el periodista inglés paseaba por una calle de Moscú le dijo: “Mire usted los escaparates de las tiendas. Seiscientos rublos un par de zapatos, es decir, el sueldo mensual de un obrero medio.”

2. *La libertad de expresión.*—“Quiero hablar libremente a mis amigos —dijo otro joven—. Quiero hablar libremente a los turistas

extranjeros, decir lo que pienso, aun si esto no es a favor del régimen, sin tener miedo.”

3. *Tener una democracia obrera.*—Esto implica la existencia de varios partidos. “Los campesinos —afirmó un joven obrero ruso— tienen sus intereses diferentes de los de los obreros industriales. Tendrían, pues, que tener su propio partido.” Esto no quiere decir que los jóvenes rusos anhelan un régimen democrático, con partidos y elecciones libres, puesto que no tienen idea de lo que esto significa. Sólo quieren tener un régimen de democracia social, dentro del cual las varias clases del país puedan ser representadas.

4. *Elecciones libres.*—La manera en que los rusos enfocan este problema es muy curiosa. Así, por ejemplo, alguien le explicó a Just su modo de ver las elecciones libres: “En mi distrito electoral hay un diputado que no vale nada. Un siniestro personaje. Pero no hay ningún lugar donde poder decir lo que yo pienso sobre él. Y es éste el único candidato. De manera que vuelve siempre a ser elegido, casi con unanimidad. Quiero ser libre para poder hablar en contra de él.” Esto se llamaría “elecciones libres”.

5. *Libertad de comercio con los demás países.*—Sobre esto también las opiniones son muy primarias. Lo que interesa a la gente es poder comprar en las tiendas productos del mundo occidental. Sobre una libre política comercial nadie sabe nada, después de tres decenios de economía controlada.

6. *Igualdad absoluta en lo que se refiere a los cargos y a las ascensiones.*—Hay actualmente en la URSS una política racial bien enraizada que no permite a los que pertenecen a nacionalidades consideradas como inferiores el acceso a los puestos clave del Estado y a las altas situaciones en la administración y la industria. Los jóvenes quieren que se acabe con este sistema racista, otra de las herencias de la época staliniana.

7. *Igualdad entre los dirigentes y el pueblo.*—Desde la época de Stalin, los dirigentes han seguido alejándose del pueblo. Este es un hecho conocido. Viven en barrios lujosos, están vigilados por la policía, no aparecen en público sino rodeados por agentes especiales, hacen una vida de millonarios y pasan por las calles en coches cubiertos, a gran velocidad. “Usted quiere saber lo que nosotros pensamos acerca de nuestros gobernantes —dijo una persona a la que interrogaba el periodista inglés—. Pues no pensamos nada, porque no los conocemos.” El periodista contestó diciendo que últimamente esto había cambiado, que Kruschev hablaba en medio de la gente y era visible para todos. “A todos no —contestó el interrogado—. En efecto, Kruschev pronuncia muchos discursos, pero en medio de auditorios seleccionados, formados

por miembros del partido. En cuanto al gran público, éste se contenta con mirarlo desde muy lejos.”

El autor de esta encuesta pudo darse cuenta durante su viaje del hecho de que la gente en general tenía las mismas ideas y de que la opinión pública —si es que se puede hablar de una opinión pública en la URSS— estaba de acuerdo sobre los puntos mencionados más arriba. Al hablar con un joven profesor de Odesa, de origen campesino, el periodista obtuvo la siguiente respuesta: “Si me preguntasen lo que quiero, preconizaría en primer lugar la abolición de los koljoses. Queremos que las cosas sean como en Yugoslavia... Pienso también que tendrían que otorgarnos la libertad de viajar libremente por el extranjero. Hasta ahora sólo la gente “bien situada” puede ir de viaje al extranjero y sólo en grupos. Nosotros queremos ver lo que es la vida en el extranjero. Para muchos de nosotros, y sobre todo para los jóvenes, es esto el mayor de nuestros sueños.”

EL PRIMER CONGRESO DE LOS ARTISTAS SOVIETICOS

Entre el 28 de febrero y el 7 de marzo de este año se han desarrollado en el Kremlin los trabajos del Primer Congreso de los Artistas Soviéticos (pintores, escultores, decoradores). El Congreso ha tenido un triple fin: 1) El de encontrar un equilibrio ideológico y estético entre las tendencias liberales, manifestadas últimamente por casi todos los artistas soviéticos, y las tendencias del partido representadas por los últimos defensores del realismo socialista. 2) El de justificar la destitución de Alejandro Guerasimov, antiguo presidente de la Academia de Bellas Artes, defensor del culto de la personalidad; y 3) El de crear una sola unión de los artistas soviéticos.

Huelga decir que los tres fines han sido alcanzados. Chepilov, en nombre del Comité central del partido, y Mikailov, en nombre del Gobierno, en su calidad de ministro de la Cultura, han atacado las “tendencias malsanas”, como el formalismo, el estetismo, el abstracismo, etcétera, tendencias representantes de las ideologías estéticas occidentales. Frente a las críticas formuladas últimamente en la URSS por varios artistas, según cuya opinión el realismo socialista era el único culpable de la mediocridad del arte soviético, Chepilov ha declarado que esta tendencia es la única permitida en la URSS, la única defensa valedera en contra de la “ideología burguesa”, que trata por todos los medios de corromper los espíritus y los corazones. En una moción dirigida al partido, los participantes del Congreso han prometido respetar siempre estas directivas para crear “obras dignas de la gran época de la edificación del socialismo”.

En cuanto a la condenación de Guerasimov, se ha podido asistir a una de aquellas ejecuciones alegóricas tan en boga en el país de los comisarios. Guerasimov ha hecho edificar en todo el territorio de la URSS un número incalculable de monumentos a Stalin, en el clásico estilo, característico de las tendencias imperialistas del régimen. Antiguos enemigos de Guerasimov, como la escultora Belakova, tienen ahora su puesto en el comité ejecutivo de la Unión de los artistas. Chépilov, en su discurso, atacó duramente las tendencias apoyadas por Guerasimov. En cambio, los artistas reunidos aclamaron frenéticamente al escultor Tomski cuando éste dió cuenta de la gran cantidad de bustos y monumentos que pronto serán erigidos en todo el territorio de la URSS para glorificar el recuerdo de Lenin.

En fin, el Congreso ha concluido sus labores proclamando al viejo pintor Yuon como primer secretario general de la nueva Unión general de los artistas soviéticos. Mientras en lo político se habla de cierta descentralización, el principio centralista triunfa en las artes. El verdadero vencedor en los debates del Congreso ha sido, evidentemente, el realismo socialista, condenado por los escritores, odiado por los jóvenes, ridiculizado en el teatro. Esta victoria no es falta de profundas significaciones. En efecto, si los políticos que dirigen los destinos de la URSS pueden proclamar todos los días otros principios y emplear cada semana otras tácticas, escondiendo bajo la luz variable de las palabras el fin único de la lucha comunista —la destrucción de la civilización occidental y la victoria del comunismo—, el arte no puede cambiar de camisa todos los días. Es en las realizaciones artísticas impuestas por el régimen donde vive a plena luz la tendencia esencial del comunismo. El realismo socialista —igual que en Alemania durante Hitler— expresa perfectamente las tendencias del Estado soviético, sus fines imperialistas, su sed de conquista, su nacionalismo primitivo y conformista. Si se compara el arte soviético, su literatura, su arquitectura, su pintura y escultura, con las realizaciones pseudoartísticas de otras épocas históricas parecidas, se descubre fácilmente el lazo que las une a todas. Basta regresar a la época de decadencia del Imperio romano, a las columnas y fastos de la época de Napoleón, cuando el emperador era el único tema permitido y las batallas, tratadas según los métodos del realismo “socialista”, la única trama digna de ser contada; basta regresar sólo hace pocos años atrás, en los tiempos en que los cánones artísticos del Tercer Reich imponían a los artistas los mismos métodos y los mismos criterios estéticos que Stalin imponía a sus artistas esclavos, para comprender la verdadera esencia del comunismo, sus fines y su actitud ante el hombre. El neoclasicismo, que se esconde detrás del realismo socialista, es siempre sospechoso de imperialismo.

Volviendo al Congreso de los artistas concluimos esta nota con una estadística: había hasta ahora en la URSS setenta y dos uniones artísticas, diseminadas en todo el territorio de la Unión Soviética. En 1956 había en estas uniones 5.128 miembros titulares y 1.883 no titulares, de los que 3.209 eran pintores y 1.099 eran escultores. Sólo el 20 por 100 de estos artistas pertenecen al partido comunista. Como se ve, hay un verdadero ejército de artistas en la URSS. Desgraciadamente, como concluía un periódico francés comentando estas cifras, la cantidad no es todo.

LOS COMPLICES DE STALIN

Es fácil decir: "Stalin ha tenido toda la culpa." Stalin *solo* no hubiera nunca podido reinar, ni hacer todo lo que ha hecho. Los horrores descritos con detalles por Kruschev en su informe secreto del 25 de febrero de 1956 no hubieran podido salir de la imaginación del dictador para transformarse en actos políticos sin la ayuda eficaz que Stalin encontró, desde sus primeros pasos en la vida política hasta su último respiro. Stalin no ha gobernado solo. Sus cómplices fueron legión y la excelente revista francesa *Est et Ouest*, especializada en comentarios de la vida soviética, traza (en el número 171) el itinerario de estos personajes, cuya responsabilidad es tan grande como la del difunto tirano.

Entre los cómplices destaca el nombre de Molotov, que colaboró durante treinta años con Stalin. Fué uno de sus más humildes y fieles servidores, y fué debido a esta humildad cómo logró salvar su vida cuando, en 1936, había sido entregado al verdugo. Lo que más se le reprocha es su actitud ante Hítler, su misión en la preparación de la alianza con Alemania, su viaje a Berlín, su actitud en contra de las democracias occidentales. Pero, en realidad, Molotov no hacía más que obedecer las órdenes de Stalin, y si manifestó demasiado claramente sus simpatías por Hítler esto no era más que la manifestación de unas afinidades electivas.

Kaganovich fué el personaje más fabuloso de la era Stalin. Empezó como zapatero e inauguró su carrera socialista entrando a formar parte del Sindicato del Cuero. Tomó parte activa en la guerra civil y, en 1918, fué nombrado jefe de las organizaciones comunistas en Nijni Novgorod. Bajo sus órdenes, como empleado de la Cheka local, se distinguió en el trabajo un cierto Nicolás Bulganin. Dos años más tarde, Kaganovich preside el soviet del Tashkent y ayuda, en sus primeros pasos en la carrera, a Jorge Malenkov. En 1924 es miembro del Comité central; en 1925, secretario del Comité central; en 1925-28,

primer secretario del Comité central en Ucrania, etc. En su calidad de secretario del Comité provincial de Moscú nombra a Malenkov para un puesto importante y hace de Bulganin el presidente del Soviet Supremo en Moscú. En la misma época nombra a Krushev secretario de un distrito y, en 1935, secretario del Comité regional de Moscú. El "metro" de Moscú es también obra de Kaganovich. Se le debe también el plan urbanizador de Moscú. Sus méritos esenciales son los de haber impuesto siempre con la fuerza las decisiones de Stalin. Fué uno de los artífices del terror. Se distinguió por su actitud en contra de sus correligionarios judíos, a los que persiguió durante la época de Stalin.

Bulganin pasó desde la Cheka local de Nijni Novgorod a la Cheka central de Moscú. Este fué el principio de su éxito. Fué presidente del Soviet Supremo de Moscú y colaboró con Kaganovich y Krushev. Durante la guerra realizó algunos de los planes infernales de Stalin, entre ellos el de la abominable provocación a la rebeldía de los polacos de Varsovia, que, abandonados en seguida por Moscú, cayeron víctimas de las represalias alemanas. Stalin lo recompensó por tan hábil jugada, nombrándole, en 1947, jefe de las fuerzas armadas.

Malenkov empezó como modesto empleado comunista y como auxiliar de la policía. Durante la guerra cumplió varias misiones en directa colaboración con Stalin. Llegó a secretario del partido en 1946, función de la que fué exonerado algunos días después de la muerte de Stalin. Durante casi medio siglo compartió con los demás las responsabilidades del régimen y fué dócil instrumento en las manos del que hoy se suele llamar "el único responsable".

Krushev, en fin, pertenece a la misma clase de empleados y dirigentes que Kaganovich. Empezó como obrero, pasó por una universidad obrera y fué, como escribía el "Diccionario enciclopédico" antes del XX Congreso, "uno de los compañeros de armas más cercanos de Stalin". Llega a ser secretario del partido en Moscú en 1949. Perteneció desde 1939 al Politbureau. Después de la muerte de Stalin desplazó a Malenkov y pronunció numerosos discursos a favor de la dirección colectiva. En el XX Congreso de 1956, hablando de Beria, dijo: "Este criminal hizo carrera pisando por encima de un gran número de cadáveres". Pero esta es una verdad valedera no sólo para Beria, sino para Molotov, Kaganovich, Bulganin, Malenkov, Vorochilov, Mikoian y el mismo Krushev. Todos ellos fueron cómplices, no sólo de Stalin, sino también de Beria, y cada uno de ellos pisó sobre montones de cadáveres para elevarse en la jerarquía del partido y del Estado.—JUAN DACIO.

Sección de Notas

UN PROGRAMA DE HISTORIA DE AMÉRICA

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia, como homenaje a José Martí en el centenario de su nacimiento, ha publicado unos valiosos programas de Historia de América, a cargo de varios historiadores de las dos Américas. Dicho Instituto parte de la base de que la Historia de América no puede escribirse *todavía*. Faltan investigaciones, falta una visión de conjunto. Circulan varios manuales de Historia americana, lo mismo que nos ocurre a nosotros con la Historia de España, pero en riguroso sentido científico unos y otros son sólo, cuando más, ensayos aproximativos. Por eso, recogiendo lo ya realizado, y conscientes de lo mucho que falta, ha parecido oportuno publicar estos programas, donde se dan las ideas centrales de cómo ha de hacerse la Historia de América, y se menciona la bibliografía más importante de que hasta ahora disponemos como punto de partida para una elaboración futura más ambiciosa.

Los programas están divididos en tres grandes períodos: indígena, colonial y nacional. Tengo ante la vista el número 3 del segundo período, titulado *Hispanoamérica septentrional y media* (1), y confiado a la experta mano del doctor Silvio Zabala, historiador de gran pulcritud e inteligencia.

La primera cuestión que se presenta lo es de método. ¿Es posible una Historia de América, o hay que incluirla dentro de una Historia universal? Naturalmente que esto último es posible, pero la pretensión es la primera, ver "la Historia de América como una materia especial y distinta, tanto de un curso universal como nacional" (p. 20). A esto se atiene el programa. Sin embargo, al realizarlo, como era lógico, "si se consideran las vinculaciones necesarias con la historia universal, sin las cuales la Historia de América perdería sentido o significación; y si bien no se detallan los aspectos propios de cada historia nacional, sí se toman en cuenta en sus líneas generales como sustancia implícita en la materia de la Historia de América, pues ésta, aislada o desvinculada de todas y cada una de las historias nacionales, llevaría a un resultado lógico abstracto, difícil de reconocer desde el punto de vista de la historia de cada pueblo americano" (p. 20).

(1) Silvio Zavala: *Hispanoamérica septentrional y media. Período colonial*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. II, 3, Programa de Historia de América, Méjico, 1953.

Lo primero que se ofrece al observador de América es su pluralidad, racial por ejemplo. Pero aquí hay que andar con mucho cuidado: los Estados Unidos y Méjico tienen parecida composición racial; sin embargo, no hay dos países más diferentes, aunque el segundo, por avatares de la historia moderna, entre en la composición del primero. Más se parecen los Estados Unidos a la Argentina, distante, que a Méjico, contiguo (aspecto geográfico). Hay también la diferencia cronológica (qué eran España y Portugal, y qué era Inglaterra, en el momento en que inician su colonización), y los hechos posteriores, en que el progreso matiza el interés de un país ante alguna determinada cuestión (el canal de Panamá, por ejemplo, en la historia de los angloamericanos).

Pero la composición étnica de América no es solamente indígenas y europeos. Hay también negros y asiáticos. Por ello, las interpretaciones de la Historia general de América han sido varias: "europeizantes, indigenistas, africanistas y orientalistas, que en sí ofrecen legitimidad, pero que no bastan para cubrir el panorama total de la historia americana" (p. 27).

¿Es posible, pues, una historia común? Silvio Zavala se inclina por la distinción "entre una *historia común*, que suele significar algo más concreto e íntimo, y una contemplación comparativa unitaria que se refleja sobre posibilidades históricas que abarcan tanto las semejanzas como las diferencias. Sin prejuizar el futuro, es prudente afirmar que ahora éste es el principio de unidad legítimamente utilizable con respecto a la Historia de América, y no el de la *historia común*, que más bien se presta a confusiones y a suscitar reacciones polémicas" (página 31).

Sentado esto, el programa se bifurca en dos direcciones, es decir, "se atiende, de una parte, al desarrollo de la Historia del Continente y, de otra, a la formación de la conciencia histórica americana" (p. 37). Además "el programa se mantiene fundamentalmente dentro del cuadro de la historia de la civilización" (p. 38).

Tras este preámbulo, comienza propiamente el programa de Historia de Hispanoamérica Septentrional y Media, período colonial, dividido en cuatro grandes apartados: I. Los orígenes. II. Economía y sociedad. III. Desarrollos políticos, religiosos, culturales. IV. El movimiento histórico y las particularidades regionales.

I. Inicia Zavala su estudio notando cómo la diversa distribución de los indígenas en América, y su diferente grado de cultura, iba a influir grandemente en la colonización posterior. "Donde la población indígena es escasa, o casi inexistente, se producirán emigraciones europeas o euroafricanas. Donde el desarrollo cultural es débil, o sólo se en-

cuentra una frágil población nómada, el encuentro con los europeos suele traducirse, como en las Antillas o en el Norte de Méjico, en la desaparición de los indígenas o en un amplio período de hostilidades esporádicas. En cambio, si los pueblos indígenas son sedentarios, agrícolas y de cierta densidad, el contacto con el europeo produce la sociedad híbrida euroamericana que hallamos lo mismo en el Nuevo Méjico que en Mesoamérica o en la cordillera andina en el Sur” (p. 45-46). Estudia después la doble transculturación que se produce, y la forma en que se realiza la ocupación del Nuevo Mundo por los europeos, con las Antillas como primer punto de apoyo. De igual modo, el sostén económico de esta gigantesca actividad es europeo, pero la propia América va a contribuir en seguida de manera decisiva: “... el trueque, el saqueo o el despojo se convirtieron en otra base económica usual. Además, la riqueza agrícola, ganadera o minera, que los europeos organizaron en sus primeras posesiones coloniales, puso a contribución los recursos del medio americano para facilitar el incremento de las expediciones” (p. 54).

¿Y quiénes son estos hombres que van a las Indias? “La situación histórica del pueblo de procedencia y la época de la iniciación del movimiento colonizador van a marcar profundas diferencias, por ejemplo, entre los soldados y misioneros españoles que tienen como fondo los siglos de frontera, guerra, cruzada, pueblas y dominación frente a los moros; y otros países de Europa, como el inglés y el holandés, que al iniciar sus empresas coloniales ya se mueven dentro de los comienzos de la era mercantil moderna” (p. 55-56). “Rasgo común a todos los pasajeros es que dejan atrás el mundo conocido y ensayan otras formas de vida en el ambiente americano” (p. 56). Zavala se muestra preocupado por desterrar las ideas simplistas que a veces han prevalecido: “Se procurará borrar la falsa impresión de que el paso de los pueblos europeos al Nuevo Mundo fué obra de una sola corriente, asociada, por ejemplo, en el caso de los españoles a las figuras sobresalientes del conquistador y del misionero en el siglo XVI. La realidad es más compleja, variable y cambiante” (p. 58). Al mismo tiempo deberá atenderse a las diferencias psicológicas entre las sucesivas oleadas de emigrantes, especialmente a la suspicacia con que los primeros llegados reciben a los posteriores.

Todo esto reobra sobre Europa, y a su vez, la traída de negros, y las relaciones con el Oriente añaden un matiz más, a veces muy importante, en la gran fragua americana.

II. “Colonización todavía medieval de señores y monjes ha podido llamarse la española en América” (p. 73). Pero junto a ellos “se advierte la presencia de las ciudades, de los primeros despuntes de una

sociedad burguesa, de mercaderes ya poderosos, de capitalistas mineros, de artesanos enriquecidos que quieren dejar de serlo, de emigrantes sueltos que viven al amparo de las casas de los señores, mientras alguna expedición afortunada no los convierte en vecinos de otra ciudad sufragánea o independiente” (p. 73-74). El emplazamiento de las ciudades está ordenado por las comunicaciones, puertos, etc., o bien surgen en antiguas poblaciones indígenas, o al azar de una explotación minera. En ellas se desarrollarán las clases culturales, directoras, que más tarde iniciarán la independencia. Su vida está regulada. “Los mismos señores que construyen las casas grandes y poseen las armas y los caballos son los encomenderos o los propietarios de fincas que explotan los recursos agrícolas y la mano de obra indígena” (p. 75). Hay relaciones jurídicas, y ayuntamientos en los que “el común” está representado. Y un dato muy importante: “De esos mismos ayuntamientos surge la idea de la reunión en cortes representativas de los reinos de Indias, pero el absolutismo monárquico que ahoga en España el movimiento de las comunidades cuida en estas partes de que no crezca ni se propague esa idea heredada de los estamentos medievales” (p. 75).

¿Qué aspecto tienen estas ciudades? Según la idea dominante en el siglo XIX, allí no había más que opresión religiosa, severidad y monotonía. Sin embargo, esto no es exacto. “La vida religiosa no se halla divorciada completamente de los libros. Hay regocijos. Vida estudiantil. Color popular. Los trabajos literarios, folklóricos y sobre las ideas parecen abrir perspectivas nuevas que acercan a una vida más rica y diversificada” (p. 75-76). Finalmente, las ciudades nos han dejado un impresionante legado arquitectónico.

Estudia a continuación Zavala la situación de los indios ante estas ciudades europeas. “Lo que perturba la urbanización de los indios es la amenaza representada por las grandes propiedades, haciendas o estancias, que se apoderan de las tierras de los pueblos y procuran debilitar su población mediante extracciones de vecinos que pasan a quedar en dependencia rural en las fincas” (p. 77).

Y junto a la vida urbana, la rural. “Cuando los emigrantes europeos llegaron a las regiones habitadas por las altas culturas indígenas, sedentarias y agrícolas, el fenómeno de la distribución de la tierra tuvo que resolverse, ya sea por la organización señorial que permitía a las clases dominadoras europeas vivir a costa de los tributos de los dominados, ya por la gradual expulsión de éstos en favor de aquéllos y el desarrollo coincidente de nuevos sistemas de dependencia rural” (p. 81). Hubo también en América conflicto entre agricultores y ganaderos. La Mesta fué introducida en Méjico, pero fracasó. El problema de la distribución del agua de riego se vió matizado por el concurso técnico de

los europeos, que construyeron importantes acueductos. Las encomiendas permitían la propiedad comunal indígena, aunque a veces ésta desapareció en beneficio de las haciendas europeas. Finalmente, otra cuestión importante es la de la esclavitud de los negros, ligada al desarrollo rural, y la actitud de los caudillos de la independencia ante el problema de la propiedad de las tierras y la de la Corona en los últimos tiempos de la colonia de querer participar en los beneficios.

La minería influye también decisivamente en la colonización. En ella se ha visto el sostén del imperio español frente a las incursiones enemigas. Las minas cambian el aspecto del país en que radican. “La influencia de la minería sobre la vida del contorno es notoria, pues encausa corrientes de comercio, de producción agrícola, de trabajo, de apertura y tráfico de caminos, de edificación y ennoblecimiento de ciudades. A veces, como ocurre con la mita peruana, al extraer mano de obra abundante de las comarcas agrícolas, puede ocasionar quebrantos en otras ramas de la producción” (p. 89).

La organización económica de América debe estudiarse teniendo en cuenta la situación y las exigencias del país colonizador, y las variedades regionales americanas, e incluso los conflictos de competencias entre zonas pertenecientes a la misma metrópoli. “La influencia de las flotas sobre la moneda circulante es otro fenómeno digno de estudio, pues a veces la moneda falta hasta en regiones de alta producción minera, como Zacatecas” (p. 94).

En cuanto a la estructura social, faltan estudios demográficos sobre los primeros siglos de la colonización, y aun quizá la posibilidad de realizarlos. En un principio América presenta “una estructura jerárquica, divisiones de clases y la atribución de estatutos diferentes a las razas. La historia social americana ha consistido, precisamente, en una lenta superación de esas barreras y en la concesión de oportunidades francas a cualquier hombre capaz de hacer buen uso de ellas. Esto es aplicable a los indios de Méjico, que ya en el siglo XIX ven a uno de los suyos escalar la presidencia de la República; a los negros del Brasil, que logran distinguirse por su cultura, o a los negros de los Estados Unidos, que luchan constantemente para alcanzar los derechos que las costumbres, más que las leyes, les recortan” (p. 99).

La esclavitud, y formas similares, es la relación más importante entre blancos e indígenas en el orden social. Esta situación varió de unos países a otros. Así “en los dominios españoles los vasallos son los indígenas, por lo que ese régimen crea desigualdades de clases unidas a las de razas, como lo advirtió Humboldt. Entre los portugueses y los franceses, la falta de una densa población indígena sedentaria hace recaer el régimen señorial sobre emigrantes pobres de las naciones europeas

de origen, que aceptan la condición de vasallaje a cambio de tierras y protección” (p. 100). La historia de la abolición muestra dónde todavía la esclavitud era fundamental y dónde las leyes y nuevas instituciones habían reducido su papel. “El cristianismo primero, las ideas dieciochescas de libertad individual después, vendrían a ser las bases en que se ampararía el progreso de la libertad de las clases trabajadoras de origen europeo, africano, indígena u oriental...” (p. 102).

III. La lucha por el poder político aparece inmediatamente después de la Conquista. Pizarristas contra almagristas, etc., pero también, y esto es muy importante, contra la Corona, que aspira y consigue el dominio directo por medio de sus representantes. Las rebeliones van desde la del segundo Marqués del Valle hasta la de Canek en Yucatán y la de Tupac Amaru en el Perú (siglo XVIII), antecedentes inmediatos de la independencia.

“La descripción de la compleja administración colonial es factible cuando se cuenta con obras antiguas especializadas, como la *Política Indiana*, de Solórzano Pereyra, y entre las modernas con las de Ots y Haring. La enumeración y descripción de los organismos es bien conocida, desde el Consejo de Indias y la Casa de Contratación en España hasta los virreyes y capitanes generales en América, las audiencias encargadas de la administración de justicia y, en ocasiones, de consultas gubernativas, los oficiales de la Hacienda Real, los corregidores y alcaldes mayores en las provincias” (p. 109-110). Y lo mismo la legislación de Indias. Es muy interesante ver cómo después de la independencia reaparece la colonia, “cómo bajo la nueva organización constitucional tienden a reaparecer los hábitos y las tendencias fundamentales de la antigua estructura política y hacendaria” (p. 111).

“La vida política del imperio español no podría ser explicada cabalmente si no se tomaran en cuenta las luchas internacionales que la acompañan por tierra y por mar” (p. 111). Estas luchas dan lugar, a veces, a guerras entre los nuevos países independientes. Las cuestiones internacionales pendientes en el mundo colonial no se resuelven con la independencia y tienen honda repercusión en la vida ulterior de aquéllos.

La Iglesia en el Nuevo Mundo influye enormemente. En primer lugar, frente a la cultura indígena los misioneros adoptaron una doble actitud: “Hay la posición lata que desea conocer a fondo la lengua y la cultura gentil para desarraigar mejor la supervivencia oculta de la idolatría y lograr que el cristianismo penetre hasta el fondo de las almas y suplante las antiguas creencias y ritos (es la posición que propicia el estudio moroso de la cultura india con ayuda de los propios naturales instruídos); y hay la rigorista o estricta que mira con descon-

fianza todo lo que toque a las antiguallas e idolatrías, es decir, a lo que hay que destruir para suplantarlo por la religión cristiana (es la que funda las quemas y destrucciones de códices, ídolos, templos indígenas, la persecución a hechiceros, la obstaculización de los estudios y publicaciones que tocan a la antigua vida indígena)” (p. 116-117). Ahora bien, “la cristianización implica la reforma espiritual y de costumbres del neófito, pero no necesariamente la hispanización total del indio. Es una misión evangélica y no estrictamente nacionalista” (p. 117). Por ello se respetan muchas costumbres de los indígenas y no se les priva a la fuerza de su lengua (Felipe II no lo consintió).

Pero “la iglesia no sólo es el instrumento principal de propagación de la cultura cristiana frente a la pagana, sino, al mismo tiempo, el baluarte del catolicismo frente a la escisión religiosa protestante, el judaísmo y cualquier otra forma de amenaza a la ortodoxia. De aquí que la evangelización y la inquisición vengan a ser dos formas, una extensiva y otra represiva, de la afirmación de la fe católica” (p. 117). Más tarde, las ideas del siglo XVIII perturbarán gravemente esta posición, y a ello se añadirá la expulsión de los jesuitas en el reinado de Carlos III.

“Desde el punto de vista político, la iglesia se inclina en ocasiones al espíritu feudal representado por los conquistadores” (p. 118) —medievalismo político de las órdenes religiosas que no dura largo tiempo—. Mas es también la Iglesia la defensora del indio frente al conquistador, acción humanitaria que tiene también una importante proyección política. “Es el espíritu de los frailes que desean cerrar vastas comarcas a la intromisión de españoles, que procuran fundar la administración de misiones como un imperio dentro de otro, que censuran la conquista y quisieran evangelizar solos el Nuevo Mundo, para quedar, religiosos e indios, bajo la protección superior de la Corona, empeñados en la creación de un nuevo mundo cristiano equiparable al primitivo, utópico, intemporal” (p. 118-119). “Esta idea, que llevada a su extremo excluye al conquistador y al colono, y quisiera a veces sustituirse a la propia administración imperial española, acaba por transigir con la existencia de la colonización seglar y con el poder de la monarquía” (p. 119). Pero en algunas regiones acierta a crear zonas de misiones semiindependientes, algunas tan importantes como la de los jesuitas en el Paraguay.

No obstante, el Estado mantiene su autoridad sobre la Iglesia, por medio del Patronato, institución que al surgir la independencia la Iglesia consideró liquidada, lo que originó el tardío reconocimiento de las nuevas naciones por parte de Roma.

Finalmente, la Iglesia acumuló riqueza y excitó la codicia primero

del Estado borbónico y luego más abiertamente de los nuevos Estados independientes.

A la vez, la Iglesia es autora de numerosas obras de asistencia social, y su huella es importante en el arte, la cultura y la educación. Y en la Iglesia sonaron las primeras palabras de libertad y justicia, aunque no con sentido revolucionario, "sino como mediadora entre conquistadores y conquistados" (p. 121).

En cuanto a la cultura, hay la del indio, que empieza a ser estudiada, y la importada de Europa, que muy pronto se hace puramente americana. Las dos corrientes unidas hacen que "la cultura colonial florezca y se distinga por rasgos propios en arte, letras, ciencias, urbanismo, historiografía" (p. 127). "Es otra provincia mayor de la gran monarquía antes que un acarreo secundario de orden propiamente colonial" (p. 127). El siglo XVIII revela ya la madurez. Los contactos con Europa, y el propio desarrollo americano, crean el ambiente que, a su vez, "engendra a los caudillos de la independencia, a los sacerdotes y letrados que combaten los privilegios de la metrópoli y que conciben una nueva sociedad americana igualitaria, libre y abierta al adelanto de todos sus componentes" (p. 128).

A continuación estudia Zavala el arte, haciendo un breve recorrido de su evolución. "A través de esta peregrinación histórica por los estilos y el ambiente de la cultura se advierte prodigalidad, firmeza en la creación, aptitudes varias. El arte florece unas veces en la abundancia, otras en el recato, entre los extremos de la novedad y de la tradición. Al lado de las raíces europeas se advierte la influencia del patrimonio artístico indígena" (p. 133-134).

IV. Bajo la rúbrica de "Movimiento histórico" empieza Zavala por advertir el ritmo lento de América con relación a Europa. "En la colonización española esa diferencia entre el ritmo metropolitano y el colonial existe en ciertos casos, ya sea por la distancia y la lentitud de las comunicaciones, ya por la inercia o las trabas metropolitanas, o bien por falta de una pronta receptividad en las colonias. Sin embargo, hay en lo general paralelismo: llegan a ser comunes ciertas inquietudes espirituales como la erasmiana, la filosofía de la ilustración, la idea de la soberanía popular; en la vida administrativa y económica, las reformas borbónicas; en el arte, los estilos plateresco, barroco, neoclásico" (p. 140-141). Por el esfuerzo de adaptación el ritmo colonial va a la zaga del español; y como España suele ir retrasada con respecto a Europa, no es extraño "que un historiador francés que contemple aspectos del siglo XVIII en la Nueva España, pueda juzgar a éstos completamente arcaicos o rezagados" (p. 141). Mas no todo en América es recepción o imitación. Hay también creación original. "La cultura co-

lonial resultará así en unos casos arcaica y en otros novedosa” (p. 142).

Nota muy importante es la preponderancia de la metrópoli en las influencias culturales, incluso en aquellas manifestaciones nacidas fuera de ella. Así “la imprenta no llega a la Nueva España directamente de Alemania, sino a través de impresores alemanes ya establecidos en España” (p. 143). Y lo mismo “la ilustración europea comienza a tener importancia colonial gracias a la recepción de esas ideas por destacados españoles peninsulares” (p. 143). Pero la colonia aspira muy pronto a comunicarse directamente con Europa, sin el intermedio metropolitano, y este anhelo es una de las primeras fuentes de la independencia.

“En el ámbito social, la colonización trae consigo, como primeros elementos de oposición y de combate, la codicia del colonizador frente a la idea cristiana de la libertad que ampara a los nativos. En este combate, librado con tanta energía por ambas fuerzas, no puede decirse que hayan triunfado enteramente ni la esclavitud ni la libertad” (p. 144). El siglo XVIII va a poner en cuestión radicalmente toda esta estructura. La libertad de comercio —en el orden económico— va a ser uno de los mayores anhelos de la independencia (como ya lo vió y lo propugnó Flórez Estrada en España).

Pero la independencia no es siempre un utópico progreso frente a la colonia. Silvio Zavala escribe a este respecto estas significativas palabras: “Después de la emancipación sobrevendrían formas de dependencia capitalista con respecto al exterior, pues el retiro del capital metropolitano hizo necesarias las nuevas inversiones que el capital nacional no pudo cubrir, por ejemplo, para rehabilitar la minería. Esta nueva etapa trajo consigo mayor impulso técnico para explotar la riqueza americana, pero también un neocolonialismo capitalista que ha constituido una fuente abundante de problemas internacionales e internos” (p. 145).

Políticamente, la primera disensión es la ya mencionada entre primeros y ulteriores colonizadores. La Corona se impone a las pretensiones feudales; “pero el antiguo principio de lealtad del vasallo hacia su rey se debilita progresivamente ante un incipiente sentimiento terrígeno o de patriotismo americano que terminará por ser más poderoso que el otro” (p. 146). Al producirse la independencia, se recuerda que América no es una colonia, sino una provincia con igualdad de derechos que la metrópoli, y se hacen —también en España— importantes promesas en favor de la población indígena. Hay también la influencia de las revoluciones norteamericanas, francesa y liberal española de 1812. “El paso del estado colonial al independiente no se realiza sin traer consigo a la par cambios profundos y la perduración de elemen-

tos políticos, sociales y culturales de una época en otra” (p. 147). Se formulan nuevos principios de todo orden, que cambian la estructura del país. “Pero estos principios nuevos van a proyectarse sobre el cuerpo social antiguo de la colonia, que ofrecerá considerable resistencia” (p. 147).

Además, “el quebranto de la idea monárquica traerá consigo la indisciplina militar y la anarquía. Y de ella se tenderá a salir mediante la reconstitución de un fuerte poder central. De manera que muchas formas y apariencias de la estructura política colonial desaparecen, mientras que otros hábitos profundos resurgen dentro de la nueva organización de la república. Lo mismo puede decirse de la herencia social y cultural” (p. 147-148). De esta forma, en el siglo XIX la historia de la colonia fué cuestión polémica; y sólo ahora puede estudiarse con objetividad.

Finalmente, Silvio Zavala termina su espléndido programa con unas páginas dedicadas a las particularidades regionales de las Antillas, Centroamérica y Méjico, y con otras sobre la historiografía de tema colonial, vista “como tema de historia cultural americana y no sólo como fuente o elemento de información para fines expositivos” (p. 157).—
ALBERTO GIL NOVALES.

ARTURO USLAR-PIETRI Y EL PROVINCIANISMO ESPAÑOL

Nos quejamos los españoles con bastante razón del desconocimiento de la literatura española en el extranjero. Es un hecho muy sabido y muy comentado que, en definitiva, procede de la tremenda ignorancia de España —nación, cultura, pueblo—, de que en general adolecen los extranjeros no hispanistas. Sin embargo, no voy a referirme a este *haber* nuestro frente al mundo, *haber* muy relativo, pues muchas veces la manquedad ajena procede de apatía nuestra. Me parece más sugestivo preguntarnos qué conocemos nosotros de esas culturas ajenas. Ya sé: en España se traduce mucho; pero no siempre lo más importante. Nuestra patria es desgraciadamente un paraíso para muchos escritores extranjeros mediocres y desaprensivos.

Pero veamos un caso que nos ataca de flanco: la literatura hispanoamericana, algo íntimo, que no hay que traducir. Se repite el mismo fenómeno de que nos quejábamos, pero esta vez nosotros hacemos de reos. Y, naturalmente, el desconocimiento de esa literatura en español implica, lo mismo que antes, la ignorancia de lo que esos pueblos son: a lo sumo nuestras ideas sobre Hispanoamérica llegan hasta donde lle-

gan las cartas de los parientes radicados en Buenos Aires, Medellín o Méjico. Muchos añaden, además, un tonillo imperialista, pues está claro que los españoles no acabaremos de aprender nunca.

Esto, visto desde arriba, en una consideración un tanto al margen de la lucha cultural, sólo tiene un nombre: provincianismo. Así lo calificó ya Ortega, refiriéndose a la misma cuestión. Pero de entonces acá somos cada día más provincianos. Constituimos una nación provinciana. Enunciado de esta manera parece algo metafísico, algo que forma parte de la esencia de España. Afortunadamente no lo es. Es una consecuencia de un momento de nuestra sociedad, el último estadio de una evolución desvitalizadora. Y también una consecuencia del desdén avestrucesco, de las ganas de olvido, que nos produjo la emancipación de América (con notables excepciones ya en el siglo XIX, justo es decirlo).

Hay un refrán aragonés muy sabroso que dice: "El burré pequeñe siempre parece polliné". Ante el fracaso de muchos esfuerzos hechos para que España sea de verdad una nación culta, muchas personas han creído que nuestra patria era el burrillo del cuento. Se la quiere mucho, pero... siempre la vergüenza de ser inferiores. Contra estas ideas hemos de reaccionar, aun respetando la noble emoción que las ha producido.

Acabo de leer dos libros de Arturo Uslar-Pietri, escritor venezolano que debiera ser popularísimo en España y que, sin embargo, es casi completamente ignorado. El caso de Uslar-Pietri es representativo porque se trata de uno de los estilistas más grandes de todo el ámbito actual de la lengua española. ¡Qué idioma el suyo! Ya comenté en otra ocasión su novela *El camino de El Dorado* (1), espléndida evocación de Lope de Aguirre y su gente. *Treinta hombres y sus sombras* (2) es una colección de cuentos de vario contenido, aunque domine la nota popularista, la interpretación de leyendas populares venezolanas. Tema éste de leyendas populares muy repetido en toda la literatura hispanoamericana, como propio de pueblos jóvenes que investigan sobre sí mismos. Desde el punto de vista estrictamente literario esta corriente tiene un interés relativo, aunque sea enorme para el folklorista, e incluso imprescindible para la literatura de cada país. Así esta colección de cuentos de Uslar-Pietri es muy desigual, aunque el estilo los salva todos, y aún hay alguno, como el titulado *El baile de tambor*, extraordinario. Pero siempre aquí y allá nos sorprende gratamente el vigor descriptivo de Uslar-Pietri. Véase un ejemplo: "La mujer llorosa y agitada descubría en el envoltorio de trapos que

(1) Véase CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 87, marzo de 1957.

(2) Edit. Losada, Buenos Aires, 1949.

llevaba en los brazos el cadáver de un niño. *Era un indiecito menudo, cabezón, verdoso de muerte, con un ojo abierto y otro cerrado.* Todas las mujeres y los niños que la seguían volvieron a agruparse para mirar al muertecito, mientras ella lo mostraba a aquella comadre que se había asomado compungida a la puerta de su rancho para verla” (en el cuento titulado *Los herejes*, pág. 47 de la ed. citada. Subrayado mío).

Las lanzas coloradas es la epopeya de Boves y sus llaneros. es decir, una novela histórica, lo mismo que *El camino de El Dorado*. *Las lanzas coloradas* es la primera novela publicada por Uslar-Pietri, en 1931, a sus veinticinco años (3). Se observa quizá por esto cierta impericia en la técnica novelesca, pero lo cierto es que el libro se lee de un tirón, resulta interesantísimo. Una gran hacienda en el interior del país, las discusiones y afanes estudiantiles en Caracas, preludio de la revolución de independencia, el nombre de Miranda, y luego el estallido de la guerra civil, la guerra a muerte, con los triunfos de Boves, caudillo realista, y de Bolívar, héroe de la Independencia. No es, naturalmente, una novela partidista en favor de uno o en favor de otro. Eso a estas alturas sería inadmisibile: los dos bandos de la guerra civil eran venezolanos. Los gritos de “¡Boves viene!” o “¡Bolívar viene!” sobresaltan por igual al lector. No obstante, la novela pinta especialmente a los llaneros de Boves, a través del gran tipo de Presentación Campos.

Hay un capítulo en esta novela, el X, que debería figurar en toda antología de prosa española contemporánea. Voy a copiar los primeros párrafos para que el lector se haga una idea:

“Hecha de la sombra de las montañas, del viento de los ríos, de las escamas azules del cielo, llega sobre Villa de Cura la noche lenta y quieta.

Quieta y lenta sobre la ciudad empavorecida. Por la tarde, más de la mitad de la guarnición había sido destacada precipitadamente hacia San Juan de los Morros.

A lo largo de las calles sombrías se oían los gritos solitarios de los centinelas, y bajo la noche, madura de todas las estrellas, apenas si ardían una que otra luz pequeña en el poblado y algunas fogatas en la sabana abierta.

Boves invadía con siete mil lanceros. Siete mil caballos cerreros en avalancha sobre los campos, y sobre ellos, siete mil diablos feroces, y en sus manos, siete mil armas de frío hierro mortal.

Toda la tarde estuvieron saliendo las gentes que emigraban de miedo. Toda la sabana se llenó del disparatado movimiento de la fuga. Solos, en masa, por distintos rumbos se iban. Angustia de los hombres por salvar su dinero. Angustia en los gestos, en las voces, en los silencios. Se iban todos. Angustia de las mujeres con el racimo de sus hijos a la espalda. Angustia de los animales. Un burrito gris cargado de niños y de muebles. En todas las carnes, en todos los ojos, en la profundidad de las almas, el amarillo resplandor del miedo.

Boves invadía.” (P. 132.)

(3) Cito por la edición de la *Biblioteca Contemporánea*, de Edit. Losada, 1949.

Arturo Uslar-Pietri es uno de los mejores escritores hispanoamericanos. En la Península es raro el escritor vivo que alcance tanto dominio idiomático, tales dotes de artista narrador. Y, sin embargo, en España apenas se le conoce (no obstante, fué traducido a otras lenguas). La paradoja de esta situación es tan grande que habla por sí misma. Provincianismo, ciertamente. Pero no es el pueblo el único responsable, si en este caso lo es. También el frío burocratismo que cela nuestras lecturas.—G. N.

Sección Bibliográfica

GALDOS Y MADRID

Don José Pérez Vidal, a quien debíamos ya la edición de los artículos de crítica musical de Pérez Galdós, ha reunido en volumen, bajo el título *Madrid* (1), una serie de crónicas publicadas por el gran novelista en *La Nación*, por los años 1865 y 1866, antes de ahora nunca recopiladas.

Alberto Ghirardo, en los tomos de *Obras inéditas*, que editó hace veintitantos años, no recogió todo el material galdosiano semi-inédito que andaba perdido en las páginas de diversos periódicos de la época. Tampoco en las llamadas *Obras completas*, de Aguilar, figura ese material, acaso por considerarlo (como desde luego lo es) inferior a la obra novelesca y dramática de don Benito.

Pero cuando se trata de un gran escritor, como éste, cuanto salió de su pluma tiene interés y conviene poner a disposición del público trabajos que, aun no dando toda la medida de un talento, sirven para mostrar el punto desde donde ese talento comenzó su marcha ascendente y el modo cómo fué robusteciéndose y dominando las técnicas literarias hasta llegar, en poco tiempo, al grado de madurez con que en *Doña Perfecta* le encontramos.

Los dieciocho artículos incluídos en este tomo se refieren a escenas o circunstancias madrileñas —y así queda justificado el excelente título—; se complementan con una conferencia sobre el mismo Madrid de la juventud, recordado por Galdós medio siglo más tarde, y con el primer cuento desarrollado en la capital. La última parte es un pequeño ensayo, escrito en 1870, acerca de la novela contemporánea en España. Así, se ofrecen muestras diversas del trabajo literario del autor en su primera época (entre 1865 y 1870) y un texto mucho más tardío (1915), de rememoración y nostalgia, en que ese tiempo juvenil aparece revivido y luminoso en la evocación del anciano.

Algún artículo de lo que constituyen la primera parte del volumen (como *Desmonte de una parte del Retiro* o *Partida de la Corte*) se diferencian poco de los compuestos por cualquiera de los cronistas de entonces. Pero otros son ya muy personales y ricos; en parte, cuadros de costumbres, y en parte, crónicas de actualidad. Con frecuencia un rasgo de humor, una invención ingeniosa anuncia el genio galdosia-

(1) BENITO PÉREZ GALDÓS: *Madrid*. Prólogo de José Pérez Vidal. Afrodisio Aguado, S. A., editores. Madrid, 1957.

no; así, su fantástica pintura del *Carnaval* cortesano está escrita con la soltura y la verdad que no tardaron en hacerle famoso.

Si es verdad, como dicen, que la descripción es la prueba del escritor, Galdós se somete a ella desde sus comienzos y triunfa; con singular brillantez se adiestró en ejercicios narrativos que dieron a su prosa la flexibilidad que poseyó en seguida. En artículos como *Semana Santa* las descripciones son vivas, plásticas, animadas con la gracia de las imágenes. Veamos un breve ejemplo: "Llega la Semana Santa; la multitud disciplinada se apresura a visitar los templos, resuenan las cuentas del rosario, produciendo en las orejas del devoto de oficio la misma fruición sensual que el retintín del oro en las orejas del avaro."

El análisis de la chismografía madrileña es digno de las páginas novelescas que escribirá años más tarde, y revela al Galdós diestro en captar el aire de la ciudad, sus rumores más tenues, el latido de su corazón inmenso y secreto. ¿No hay aquí diluídos y todavía sin proyectarse en una figura determinada algo así como resonancias o ecos anticipados (si se me permite la expresión) de las mismas preocupaciones, de los mismos elementos de que en su día estarán integradas novelas como *Realidad* y *La de Bringas*?

El observador agudo y socarrón sabe sacar partido de los temas más banales, y para comprobarlo basta leer en la cróniquilla: *Mayo: el 2 y el 3*, el brevísimo apunte en que, al pasar, recoge el consabido trío del soldado, la niñera y el niño; o en *San Isidro* la rápida impresión descriptiva de los viajeros del ómnibus. No; estas instantáneas no podrían salir bien si la pluma que las pinta tan deliciosamente no estuviere servida por una mirada de excepcional acuidad, capaz de aprehender en su genuino movimiento el carácter de los personajes a quienes retrata.

Galdós amaba Madrid y ese amor se transparenta en el modo como describe los progresos de la ciudad y censura sus defectos. Enamorado de ella, supo ver lo mejor y lo peor; lo digno de la capital soñada y las lacras evidentes. El artículo *Rincones de Madrid* (desgraciadamente mutilado, y no por voluntad del recopilador) es buen testimonio de ese amor y de la plasticidad con que el autor sabía destacar lo feo corregible para que quien tuviere poder y medios para poner remedio a la situación se sintiera inclinado a procurarlo.

Cierto es que, aun siendo excelentes algunas de estas páginas, quien desee conocer las mejores descripciones e interpretaciones galdosianas de la capital española no deberá buscarlas en ellas, sino en las novelas de su autor: en las contemporáneas y en alguno de los episodios nacionales. El señor Pérez Vidal debiera encargarse de brindar al público una antología monográfica galdosiana sobre la ciudad que don

Benito conoció y sintió como nadie. Tendríamos así una visión completa de Madrid, desde la perspectiva del novelista, y el mejor manual imaginable sobre el ser y el vivir de la capital en el siglo XIX.

En cuanto a la conferencia, escrita por Galdós y leída por Serafín Álvarez Quintero en el salón de actos del Ateneo madrileño el día 28 de marzo de 1915, se refiere, como el colector declara en el antetítulo, al Madrid de 1865, recordado cincuenta años después. Es pieza curiosa; en su primera mitad puede considerarse como un capítulo más de las *Memorias de un desmemoriado*, que aquí no parece serlo, antes disponer de excelente retentiva, incluso para los nombres de las gentes a quienes evoca en los salones del viejo Ateneo de la calle de la Montera. Ciertos fragmentos de esta conferencia repiten cosas dichas en esas *Memorias*, pero añadiendo detalles interesantes y confirmando la importancia que tuvo el conocimiento directo de la ciudad y sus moradores para la composición de las novelas galdosianas.

Como es sabido, Galdós tomaba sus personajes, o buena parte de sus personajes, de la realidad misma, siquiera, según es lógico, aparezcan en la ficción transfigurados por la visión imaginativa y enriquecedora del novelista. Recorriendo las calles madrileñas hizo su aprendizaje, y así lo declara: "En éstos [los barrios bajos], el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura práctica y aun de Psicología experimental, entablando íntimo trato con personas o figuras imaginarias, ora en la calle del Almendro, ora en la Cava de San Miguel, ya en el café del Gallo y la inmediata Escalerilla, ya en las calles del Amparo, en la Cava Baja, del Mediodía Grande, Humilladero, Irlandeses, Calatravas y otras muchas", y después: "Continuando por aquí mis estudios, celebros una conferencia histórica con el famoso *Cojo de las Peñuelas*, figura importante de la Milicia Nacional en los tiempos revolucionarios, y disertamos sobre uno de los temas más oscuros de la historia contemporánea: la muerte alevosa que dieron al general Prim en la calle del Turco media docena de hombres atacados de exaltación patrioter. De este mismo asunto terrorista platiqué días antes con Balbona, que antaño despachaba en la calle de Toledo los mejores vinos de Méntrida y de Valdepeñas, y años adelante me ilustró sobre lo mismo, con notas muy eruditas, un mi amigo que en nuestros días ha tenido un acreditado despacho de carnes en la calle de la Ruda."

Tales eran las fuentes de donde Galdós extraía materiales para la obra novelesca, y quizá por haberlos captado en lo vivo de la reminiscencia directa tienen tal frescura y convincente verdad que, como tantos han dicho y con tanta exactitud, en sus novelas puede aprenderse, mejor que en los tratados, la historia contemporánea de España.

Añadir a los textos de tipo periodístico un cuentecillo de la primera época es idea que considero acertada, pues no soy de aquellos para quienes la unidad de un libro se debe exclusivamente a la uniformidad de sus páginas; no hay razón para supeditar a ella la posibilidad de hacerlo más variado, incluyendo muestras de los diversos géneros en que se ejercitó y lució el talento galdosiano. El cuento se titula *Una industria que vive de la muerte*, y en él se relata la historia de un carpintero, fabricante de ataúdes, que durante la epidemia de cólera disfrutó notable prosperidad, y cuando, aquélla concluida, trabajaba en el último féretro encargado, cayó víctima de la inexorable dolencia.

La anécdota está diluida entre extensas consideraciones acerca de la música y los ruidos; pretende mostrar “el lado musical del cólera”, y pues “el ataúd es su caja sonora y el martillo su plectro”, Galdós quiso que el terrible mal se hiciera presente por el reiterado golpe del martillo que el carpintero maneja en su lúgubre industria. Desgraciadamente el relato no pasa de ser desvaído eco de los cuentos que el romanticismo produjera, lustros antes, en todas partes.

De fecha más tardía son las *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*, donde Galdós está ya orientado en la dirección que hasta el final siguió con las naturales variaciones y un proceso evolutivo que no es posible exponer en esta reseña, y se interesa por un tipo de invención novelesca inspirado en la realidad, cuyos incidentes y personajes nazcan de la observación y no de la convención. Según afirma, por entonces se leía mucho en España, especialmente novelas, pero ninguna original y auténtica, sino imitaciones de las francesas, que llama “de impresiones y movimiento”, destinadas “sólo a la distracción y deleite de cierta clase de personas”.

Advertía en el ambiente la “secreta aspiración de toda gran sociedad a manifestarse en forma artística”, y notando la insuficiencia de la novela “de salón” y las limitaciones de las dedicadas a describir las costumbres aldeanas, señalaba la clase media como “fuente inagotable” del novelista actual, pues en ella se manifestaba el hombre del siglo XIX en su plenitud de representación y movimiento. La clase media española le parecía comparable en vitalidad y originalidad a la de cualquier otra parte, y la reputaba material apto para la composición de novelas que no cedieran en interés a las que se escribían en Francia, Inglaterra o Rusia. Con cuánta razón pensaba así, es cosa demostrada por su obra narrativa.

Buen observador, supo ver, bajo la aparente vulgaridad de la vida diaria, la multitud de problemas, acontecimientos, peripecias, pasiones... que bullían y se entrecruzaban; captó bien la “lucha incesante de principios y hechos que constituyen el maravilloso drama de la vida ac-

tual”, pensando, con razón, en el partido que de ese “maravilloso drama” podía extraer el novelista. Aunque estas ideas fueran expuestas como preámbulo —extenso— a una crítica de los *Proverbios ejemplares*, de Ventura Ruiz Aguilera, su carácter doctrinal y programático es indiscutible y lo evidenciaron las novelas que después salieron de la misma pluma.

Don José Pérez Vidal ha puesto prólogo a *Madrid*: un largo prólogo, repleto de noticias curiosas, que constituye estimable aportación a los estudios galdosianos y ayuda a situar al autor y a los textos compilados en este volumen.—RICARDO GULLÓN.

RICARDO PATTEE: *Haití, pueblo afroantillano*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid.

El profesor Pattee nos presenta en esta obra una sinopsis histórica de Haití, desde la primitiva colonización española hasta el gobierno del Presidente Magloire, época en que el libro se da a la estampa. Es un libro escrito con claridad, con amor al pueblo haitiano, y a la verdad, que prestigia a la editorial que lo ha publicado. (Sin embargo, desde el punto de vista gramatical, el texto castellano es algo deficiente: debiera haber sido revisado.)

Como es sabido, Santo Domingo fué la primera isla de América colonizada por España, tanto la parte oriental como la occidental. El nacimiento de Haití fué posible por la presencia de numerosos bucaneros franceses, que pirateaban en las posesiones españolas, y también por el absurdo sistema de comercio que la metrópoli imponía a las colonias, que las obligaba muchas veces a ponerse al margen de la ley, mediante el contrabando. Las disposiciones burocráticas de la Corona ignoraban totalmente la realidad americana, y se hacían cumplir con frecuencia en el momento más inoportuno. Este sistema, continuado durante casi tres siglos, es una de las fuentes de la Independencia de América. Pero aquí, en el caso particular de Santo Domingo, va a dar origen a la convivencia —bastante accidentada por cierto— en una misma isla de dos naciones diferentes, dos culturas, dos lenguas y dos razas.

En efecto, ante el hecho de que los

habitantes de Puerto de Plata, Bayajá, La Yaguana y otros pueblos de la parte oriental de Santo Domingo comerciaban ilegalmente con los franceses, a Felipe III no se le ocurrió más que despoblar la zona (1603), con el resultado que era previsible: en aquella parte abandonada de la isla, dotada de magníficos puertos y bahías naturales, se establecieron los bucaneros de manera permanente, y con la continua traída de esclavos negros, la incipiente colonia francesa se enriqueció muy pronto, y al fin España tuvo que reconocer formalmente la presencia francesa en la isla por el Tratado de Ryswick (1697). Ante estas torpezas metropolitanas la conservación casi íntegra del imperio durante tres siglos puede parecer un milagro: historiadores contemporáneos la explican por la enorme capacidad de defensa que la minería dió a las colonias españolas.

La sociedad colonial haitiana estaba dividida, si no en castas, en varias clases: *grands blancs*, es decir, los blancos opulentos, dueños de todo, entre los que cundió enormemente el absentismo, hasta el punto de que muchos desplegaran su lujo en la lejana París; *petits blancs*, o blancos sin riquezas, hombres libres cuya situación económica era a veces tan angustiosa como la de los esclavos, y que por esto vivían siempre con el deseo de ascender de categoría social, constituyendo el elemento más revoltoso de la colonia. Entre los blancos se originó en seguida otra diferencia, común a toda América, que es la de criollos y metropolitanos, paralela a la que se estableció entre los negros criollos, nacidos en la

isla y ya cristianizados, y los llamados *bozales*, negros paganos, recién llegados de Africa. Los negros constituían la enorme masa esclava, que trabajaba para los *grands blancs* en condiciones bastante inhumanas. Pero la escasez de mujeres blancas hizo que muy pronto junto a los negros fuesen apareciendo los mulatos, muchos de ellos libertos, pues el código negro no prohibía la manumisión; pero a lo largo de la existencia de la colonia hubo también no sólo mulatos esclavos, sino negros libres, propietarios de esclavos también negros: Dessalines, por ejemplo, fué esclavo de un propietario negro. El sistema era enormemente complicado. Los libertos resultaron un foco de agitación social. Ante el número creciente de mulatos, la legislación metropolitana procuró dificultar las uniones entre blancos y negros.

Hubo varias insurrecciones de esclavos, sin contenido político preciso. En el siglo XVIII lo que el Gobierno francés temía más era una alianza de blancos y mulatos. Sin embargo, la primera rebelión con claro contenido social la forjó un esclavo negro, Mackandal, en 1757. Hijo de un jefe africano, había vivido entre musulmanes, y al ser trasladado a la colonia utilizó sus conocimientos botánicos y su dominio de las creencias primitivas para luchar contra los propietarios franceses. Salvando las distancias, el autor lo compara con "los Mau Mau de Kenia en nuestro tiempo" (pág. 69). Fué quemado vivo, aunque logró escapar de la hoguera, dando lugar a la creencia de que no había muerto, y tras ella a una gran cantidad de leyendas folklóricas. La introducción de la religiosidad primitiva como instrumento de lucha tiene mucha importancia, porque el *vudú*, de que hablaremos, constituye una de las singularidades más importantes del Haití independiente.

La Revolución francesa cambia la fisonomía de la colonia. Los libertos fueron los primeros en reclamar la igualdad de derechos. Pero los colonos blancos no pensaban lo mismo. En Cap Français ahorcaron a un mulato, Lacombe, por pedir el reconocimiento en la isla del decreto de 8 de marzo de 1790 de la Asamblea Nacional Constituyente, "que

establecía la igualdad de derechos civiles y políticos entre todas las personas libres de la colonia" (pág. 79). Los propagandistas máximos de la emancipación fueron dos mulatos cultos, Ogé y Chavannes, que pagaron con la vida su intento, después de ser bárbaramente martirizados. Esta política produjo un efecto contrario al que se esperaba: el movimiento se extendió rápidamente, y esta vez entran en escena los esclavos. En 1791, en medio de extrañas ceremonias de magia, la insurrección eligió su jefe: Boukman, un negro analfabeto, lo mismo que todos los demás dirigentes. Sin embargo, entre ellos estaba Toussaint Louverture, el único que sabía leer y escribir, y que va a llenar con su gran figura una etapa fundamental en el camino hacia la independencia. Aunque Boukman murió en el curso de un ataque, la situación era cada vez más difícil, por lo que la metrópoli envió una comisión, en noviembre de 1791, que fracasó. En septiembre de 1792 llegó una segunda comisión —tres días antes de la proclamación de la República en Francia—, que encontró los mismos obstáculos por parte de los colonos que la primera, pero uno de cuyos miembros, Sonthonax, hombre enérgico, luchó contra el Gobierno de la colonia, llegando a prometer la libertad a todos los esclavos que se alistasen en su ejército. Poco después proclamó la libertad de todos los esclavos, libertad que fué más tarde, al regreso de la comisión, reconocida por la Asamblea Legislativa francesa.

Sin embargo, esto no arregló definitivamente la cuestión. Los colonos seguían resistiéndose. Es el momento en que surge Toussaint Louverture. Antiguo esclavo huyó a las montañas, y más tarde voluntariamente al servicio de España, volvió a Haití con la proclama de Sonthonax. Rápidamente cobró gran ascendencia militar y gran popularidad en su lucha contra los españoles e ingleses, que habían invadido algunas zonas de Haití. Venció a su rival Rigaud, que gobernaba en el Sur, acentuando con esta guerra y con la represión posterior las diferencias entre Norte y Sur del territorio. Invadió la parte española de Santo Domingo, unificando la isla bajo

su mando. El Primer Cónsul le nombró gobernador general de la colonia. No obstante, fué el mismo Bonaparte quien le perdió, mediante la expedición del general Leclerc, sucedido a su muerte por el general Rochambeau, un reaccionario feroz, que a todo trance quería restaurar la esclavitud. Leclerc envió a Toussaint preso a Francia. Rochambeau engendró a Dessalines: ese fué su mérito.

Esclavo analfabeto, que hablaba el criollo, pero el francés con dificultad, Jean Jacques Dessalines se puso de acuerdo con Alejandro Pétion, un mulato culto, y comenzó la guerra contra los franceses, que terminó con su nombramiento de gobernador de la colonia, a la que declaró independiente. Una de las primeras medidas dessalinianas fué la matanza general de franceses de 1804, enorme crueldad que pasivamente desaprobaron Pétion y Christophe, sus segundos, pero que procede de lo más hondo de su dolor de esclavo. Proclamado emperador, dió una Constitución imperial, cuyo artículo XII ha perdurado vigente hasta 1915, es decir, hasta la invasión norteamericana. Dice así: "Ningún blanco, cualquiera que sea su nación, no pisará nunca el territorio de Haití como propietario, y en lo sucesivo no podrá tampoco adquirir bienes" (página 117).

Dessalines volvió a invadir la parte española de Santo Domingo, que en aquel momento pertenecía a Francia, pero fracasó por la presencia de una escuadra francesa. Su política le alejó los mejores hombres, y finalmente murió asesinado, en 1807. Su cadáver fué profanado y dejado sin sepultura, hasta que una loca, Defilée, se atrevió a enterrarlo. A pesar de sus defectos, Dessalines fué el creador de la estructura social y política de Haití, que ha perdurado ciento cincuenta años. Proclamó la independencia y repartió las tierras de latifundio.

A la muerte de Dessalines, Haití se constituyó en República, calcando la de los Estados Unidos del Norte. Christophe fué elegido Presidente. Pero no queriendo éste limitarse al uso constitucional del poder, luchó contra Pétion, consumándose la división del país en

dos Estados: el del Norte, dictatorial —Christophe— y el del Sur, liberal y republicano —Pétion—. Christophe se proclamó rey en 1811, y organizó una corte a la europea, con aristocracia y altas condecoraciones. Quería demostrar que la raza negra es capaz de crear por sí sola un Estado eficiente. Impuso una severa disciplina, e hizo prosperar al país, a costa, naturalmente, de la libertad. El Haití de Christophe, organizado y laborioso, cada vez se parecía más a la colonia. La nobleza, aunque forzada a trabajar por el rey, se iba haciendo latifundista.

Muy diferente es el régimen de Pétion. Este gobernaba sobre una masa principalmente mulata; hombre de la *élite*, impidió que los de su clase se apoderasen de las tierras: fué su mérito principal. No quería demostrar nada, y dejó que el país llevase una vida en cierta manera lánguida. Ayudó y fué amigo de Simón Bolívar —apunta el autor con satisfacción.

Pétion murió en 1818, dejando su Estado en mala situación económica. Le sucedió Jean Pierre Boyer, comandante de la guardia presidencial. En 1820 Christophe se suicidó, y Boyer volvió a unificar todo el país, y aun toda la isla, pues invadió la parte española, aboliendo a continuación la esclavitud que en ella perduraba. Llegó a un acuerdo con Francia, que en el aspecto económico supuso a Haití una buena sangría. Boyer quiso obligar al negro a trabajar la tierra duramente, pero fracasó. A su muerte, Haití entra en la anarquía.

No voy a enumerar los presidentes, imperios repentinos y vicisitudes por que pasa Haití hasta 1915. Parece ser, aunque el autor no lo dice con claridad, que este estado social se debe al descontento de los campesinos, en su mayoría negros, y a su lucha contra la *élite*, mulata y civilizada. Los campesinos fueron hechos propietarios de las tierras, pero el rápido desarrollo demográfico llevó al país al minifundio. Lo que una familia cultiva apenas basta para su sostenimiento; pero como a la vez las condiciones de salubridad son tan malas que ni siquiera puede conservar los alimentos, se ve obligado a venderlos, para volver a comprarlos más

tarde; es decir, está en manos de la *élite*, dueña del comercio —interior y exterior— y de la administración. El campesino haitiano, dueño de sus tierras, vive en la práctica en un régimen latifundista. Después de la intervención yanqui las cosas no han cambiado; se han matizado en favor de Norteamérica y se han agravado con la introducción de efectivos latifundios, al socaire del monocultivo. Y en un país así, con sanidad rudimentaria y sin comunicaciones, el presupuesto de Guerra se lleva la parte del león.

La invasión norteamericana de Haití se produjo en 1915, y pertenece a esa política tradicional del coloso norteamericano que en Hispanoamérica han denominado *big stick politik*. Sorprenden los métodos empleados por los ocupantes, métodos hitlerianos *avant la lettre*. La ocupación cesó en 1933, con la Administración Roosevelt, pero los yanquis supieron dejar a la United Fruit en el país y muy malas costumbres políticas, como la del plebiscito: cuando un presidente, con ínfulas de dictador, tiene dificultades en la Cámara, recurre a la finta del plebiscito y salva así el obstáculo. No son de extrañar, por tanto, las continuas deposiciones de presidentes.

La historia de Haití culmina en el libro de Richard Pattée con un canto a la obra del Presidente Magloire, en quien parecían resolverse todas las antinomias haitianas. Los sucesos posteriores a la aparición del libro, de que la Prensa nos ha enterado, demuestran que el autor se ha mostrado excesivamente confiado, o cauto, en este punto.

Otro detalle en que me veo obligado a disentir de la posición del autor es en sus frecuentes referencias a la colonización española de América; hemos de agradecerle su hispanofilia, su buena intención, pero muchas veces esos datos españoles son antihistóricos, no son verdaderos.

Los últimos capítulos del libro están dedicados a los aspectos económicos, sociales y culturales de Haití. No voy a hacer un resumen de ellos porque sería alargar demasiado este comentario. Quiero referirme únicamente al *vudú*, reproduciendo la cita del doctor Price Mars, que inserta el autor en las páginas 273-

274: "El vudú es una religión, porque todos los adeptos creen en la existencia de seres espirituales que viven en alguna parte del universo, en estrecha intimidad con los humanos, cuya actividad dominan. Estos seres espirituales constituyen un *aolimo* innumerable, formado de dioses, y los mayores llevan el título de Papa o Gran Maestro y tienen derecho a que se les tribute homenaje." El vudú se halla muy mezclado con formas cristianas y con leyendas y ceremonias mágicas. Los primeros gobernantes independientes lo persiguieron, porque veían en él en potencia un poderoso enemigo.

Finalmente, en Haití existe una literatura nacional de alguna importancia, en francés. La Historia es género muy cultivado. La *élite* habla francés y criollo —casi todos los intelectuales han salido de ella—, y el resto de la población sólo criollo, que no es un francés degenerado, sino una síntesis americana de varios dialectos franceses del siglo XVII.

Una notable bibliografía y algunas fotografías avaloran más este *Haití* del profesor Richard Pattee.—ALBERTO GIL NOVALES.

MIGUEL DELIBES: *Siestas con viento sur*. Destino. Barcelona, 1957.

Mi crítica comienza coincidiendo con la autocrítica. La autocrítica consiste en llamar "siestas" a estos cuatro relatos. ¿Cuatro novelas cortas? ¿Cuatro cuentos? ¿Tres cuentos hechos y un apunte de novela? ¿Una novela —*El loco*—, un cuento —*La mortaja*—, un cuadro trágico —*Los nogales*— y un anticipo de novela a medio hacer —*Los railes*—? Todo esto puede decirse, y otras cosas. El crítico vacila. El autor se anticipa a la vacilación, resolviendo:

—Cuatro siestas con viento sur.

¿Y por qué un libro no ha de ser un almendrado como éste, un turrón, una barreta, un engaste de cuatro piedras literarias con distinta dureza aprisionadas en doscientas páginas?

Lo que pasa es que hay que masticarlas una a una. El "tempo" es diferente; diverso el temple literario con que cada una se enfoca; distintas las dimensiones del propósito. A quienes somos un poco "hinchas" de Delibes (entre paréntesis:

ni soy su amigo, ni me debe ni le debo ningún favor, ni le he visto jamás), nos displace un tanto que en vez de dar ahora un libro entero, haya formado uno juntando cuatro escritos breves. Pero este displacer se pasa casi del todo en cuanto se leen las "siestas". A través de la lectura se reconocen vivamente los dones excepcionales del escritor: don de estilo, don de criterio.

El *don de estilo* de Miguel Delibes se cifra y compendia en la repleta concisión.

Descríbese ahora la situación de un hombre enterrado vivo, que despierta dentro del ataúd. ¿Cómo describir ese estado de ánimo? Por lo pronto, empleando la segunda persona del singular: "Notas" la soledad; "oyes" el silencio; "gritas"; "Piensas", de pronto; "te" muerdes las manos; etc. Eso, la segunda persona del singular, el "yo" hecho "tú". Pero, en seguida, algo más: el trazo brevísimo que Homero no habría mejorado: "Lloras como un perro." ¿Recuerdas, lector, cómo lloran los perros? No cómo ladran, gimen, aúllan, murmuran, jadean, sufren. No. *Cómo lloran.*

El *don de criterio* hace de Miguel Delibes un caso único y ejemplar en la actual novelística española. Sabido es cómo, siendo soberbias las calidades idiomáticas y narrativas de nuestros novelistas de hoy, sus contenidos flojean por tremendismo, por unilateralidad, por indiscriminación ante el *snoob*, por el gusto de llamarse incomprendidos, por la tentación de refugiarse en la disculpa (¡oh, lo que yo escribiría si me dejasen!), que no es sino otra modalidad del histerismo; por exacerbación extremista y pasión banderiza, etc. A mi juicio, por ignorancia vital. Nuestros novelistas, que han visto mucho, han vivido poco. Y, un poco a la inversa, sabiendo vivir bastante bien, no saben ver tan bien. Quizá el lector encuentre aquí una alusión a Cela. Yo también. Es más: creo yo que un buen panorama de nuestra novela podría trazarse desde este punto de vista:

"Delibes, al contrario de Cela..."

"Laforet, por contraposición a Cela..."

"Cela es así; en cambio, Zunzunegui..."

"Aldecoa se distingue de Cela..."

"Frente a Cela, Gironella..."

Etcétera. Nuestro Camilo José Cela, por tantos motivos excepcional, por tantos motivos útil, resulta excepcionalmente útil como punto de referencia. Y acentúo lo de punto. Cela es un buen punto, en todas las acepciones de este vocablo.

Bien. Lo que Cela no tiene, ni le importa, es don de criterio. Miguel Delibes, sí. El honrado lector puede escandalizarse con Cela, y auguro que, en tal eventualidad, el lector tendrá razón. Se escandalizará con Delibes, y aseguro al lector que, en tal eventualidad, llevará razón Delibes. Por esto a Cela no le pido nada; si algo variase, dejaría de ser el punto que es. Y por esto lo que le pido a Delibes es que nos escandalice más; mucho más. Cuando hay dentro tanta solidez como la que hay en Delibes se debe ser audaz.

"No soy supersticioso, Davicito; pero creo que a pesar del radar y la televisión, la Humanidad no se halla aún ni a la mitad de su desarrollo", dice el protagonista de la segunda siesta. Yo sé que la Humanidad está ahora al principio de su desarrollo, empezando a ver, empezando a sentir y vivir algo de fuera de su cuna. La cautela "no soy supersticioso, pero..." es lo peor de Delibes. ¿A qué dar explicaciones, exculpaciones? Para salir de la estupidez, ¿será necesario hacer grandes rendibuses a los estúpidos que se quedan allí?

Siestas con viento sur es un magnífico libro del cual yo quitaría solamente lo que tiene de cautelas conservadoras, que es bastante poco.

Ya ven, lo contrario de lo que pensaría respecto a Cela, donde las cautelas, para que no se dude de su tremendez, son tan excesivas que a veces aburren.—
LUIS PONCE DE LEÓN.

CABALLERO BONALD: *El baile andalus.*
Editorial Noguer, S. A. Barcelona,
1957. 124 págs.

"El baile jondo —empieza por advertirnos el autor en este libro recentísimo de Noguer— ya es por sí solo un planeta lacrado y hermético, una sima inalcanzable y sin amarras con la lógica,

algo huidizo y anárquico por naturaleza, adonde únicamente puede llegar el entendimiento por los oscuros cauces de la más incondicional interpretación."

Son también éstas, aproximadamente, las palabras con que nos referíamos al cante, en el número de marzo último de CUADERNOS y con motivo de los últimos poemas de Caballero Bonald, cuyas dos últimas entregas de consideración —las estrofas del *Anteo* y este librito revelador— coinciden en volcarse sobre uno de los temas más intrincados y enigmáticos de España: el folklore del Sur.

Por cuanto atañe al asunto dificultosísimo del cante, acercarse a él en plan dogmático nos parece, y cada vez más, un sonado error; no hay, con respecto al cante andaluz, dómínes que valgan, y sólo es posible acercarse a su disperso dédalo, a su misterio múltiple, por la irremplazable vía de la intuición, que es también como decir la de la poesía, sólo muy subsidiaria y pacientemente apoyada en lo poco e inseguro que sobre su condición y su mundo se sabe. Con respecto a lo que el baile andaluz sea, ya es más hacedero, y en términos rigurosos (aunque edificados siempre sobre la mera base intuitiva) intentar la prosa aclaratoria, el concepto preciso, el dato fijo y concreto, aunque sujeto en todo caso a ese espacio, confuso todas las veces, contradictorio muchas y, en una palabra, de imposible captura definitiva, característico de estos nobles géneros populares.

En su "Descripción de las formas más representativas" del baile andaluz, Caballero Bonald establece el siguiente cuadro ideal:

1. Bailes clásicos.
2. Bailes jondos.
3. Bailes flamencos; y
4. Bailes mixtos teatrales.

En el primer apartado, el de los *Bailes clásicos*, cita el autor hasta treinta y una variantes (más un "etc." que aún prolonga virtualmente la lista hasta extensiones poco o nada previsibles). Se abre la generosa relación con la "Chacona" y se cierra con el "Canario", pasando por el "Antón Pintado", "La Perra Mora", "Don Golondrón" o "Las

Campanas". En el subapartado a que da título "La escuela moderna de palillos" quedan incluídas las difundidas "seguidillas", "bulerías", "caracoles", "fandango", "zorongo", junto a otros bailes de extraños e inefables nombres, como el llamado "Venta de Cárdenas", los "Paso a dos" —en sus tres estilos: el griego, el sirio y el turco—, "La rota de Mabillo", "Los toros del Puerto" o las boleras "de los Viejos", las de "la Soledad", las "del sargento Marcos Bomba"...

En el segundo apartado, el de los *Bailes jondos*, aparecen encuadrados los más fundamentales y significativos géneros que, para nosotros, existen. Contamos aquí los nombres ilustres de las "seguiriyas", "serranas", "alegrías de Cádiz" —cuyo cante, aunque deslumbrador y expresivo, es más estrecho de ámbito que su soberano baile—, "cañas"... Observamos que en este apartado capital sólo se hallan incluídos once géneros —y sin posible "etc."— por sesenta y siete que se citan en los antedichos *Bailes clásicos*.

Los *Bailes flamencos* —tercera gran familia— suman diecinueve nombres concretos, y sus más peculiares y sonadas expresiones son los "tangos", las "zamboras", las "cantiñas", el "mirabrás", las "bulerías" —que el autor incluye también, con la matización de "bulerías clásicas", en el subapartado de "La escuela moderna de palillos"—, las "alboreás", cante y baile de boda gitana, y otros no menos famosos cuya enumeración nos apercibe también, por la propia cuenta, de que casi todos los géneros de este cuadro tercero de los *Bailes flamencos* tiene su cuna y sede en un radio de cincuenta kilómetros cuadrados, determinado, aproximadamente, por las ciudades de Cádiz, Jerez de la Frontera y Sanlúcar de Barrameda.

Finalmente, los *Bailes mixtos teatrales*, esencialmente originados por el "jaleo" clásico, el "olé" gaditano y el taurino "vito" de Sevilla, figuran en su sección con veinticinco variantes, entre las que citamos, como más divulgadas e interesantes, las de los "tanguillos", "peteneras", "fandanguillos", "granadinas", con los airoosísimos "panaderos" de Alcalá de Guadaíra, y, como de más gus-

tosa, rara y literaria nomenclatura, las de "El Bizarro", "La Tana", las "Soleares de Arcas", el "Tango del Escribano", el "Fandango de La Peza".

Particularmente sugestivo es el capítulo titulado "Síntesis histórica del baile en Andalucía", donde el autor anuda sutilmente la rigurosa —y, en este caso, siempre resbaladiza— documentación con los golpes intuídos y vividos que por su condición natural de escritor creador posee.

Da cuenta de *El baile andaluz* una cincuentena larga de espléndidas fotografías huecograbadas con que se complementa el texto, realzándose en ellas, visible y facilitadamente, la gran belleza y alto interés del tema que da título al volumen.—FERNANDO QUIÑONES.

TEMAS ESPAÑOLES EN "POEMAS" DE NATERCIA FREIRE

Esta excelente escritora y poetisa portuguesa, que representa en la actual lírica de su país el primer papel femenino, acaba de obtener el "Premio Ricardo Malheiros", otorgado por la Academia das Ciências de Lisboa a su libro de recuerdos infantiles *Infancia de que nasci*, escrito en prosa y publicado en 1955. El premio se concedía a libros publicados en los dos años anteriores y ha sido fallado en los últimos días del pasado junio.

La autora de ese bello y añorante libro está acostumbrada a tan altos galardones; baste recordar que con sus

libros de poemas *Rio Infundável* y *Anel de Sete Pedras* obtuvo en 1947 y 1952, respectivamente, el "Premio Antero de Quental". Como debe ser, pero no suele ser, no debe su prestigio a tales premios literarios, sino que tales premios se deben a su prestigio.

Natércia Freire tiene secciones fijadas de colaboración en el gran periódico lisboeta *Diário de Notícias*; una de ellas es una especie de diario íntimo que cada domingo hace el resumen lírico de la semana, bajo el título de "Calendário"; la otra lleva por cabecera "Balança" y se publica cada jueves en la página de Artes y Letras. Pues bien, en una y otra es frecuente la aparición de citas de nuestros clásicos o de referencias a paisajes castellanos, a ciudades andaluzas.

A quienes estamos acostumbrados a esos hallazgos en la fina labor periodística de Natércia Freire, no podía causarnos sorpresa alguna la aparición de temas españoles en su poesía. Recientemente ha publicado un libro, *Poemas*, que supone, por estas mismas fechas en que *Infancia de que nasci* reverdece sus triunfos, una de las obras poéticas de mayor éxito en el ámbito de su lengua.

La temática de *Poemas* se ahonda en tres montañas: amor divino, amor humano y añoranza melancólica. Este último tema se liga fielmente a toda esa rica y abundante tradición portuguesa de la "saudade"; de los poemas amorosos, podemos dar, en versión nuestra, un ejemplo, muy significativamente titulado:

A M O R

*Vibrátil, fina, perfumada y clara
la brisa ondea que el amor provoca.
La vida bulle lejos. Aquí el sueño.
Todo es infancia de aguas y colinas
en la mañana de tus ojos.
Todo es vuelo de manos enlazadas.
Y cantos, cantos de infinito amor,
en el ramaje tierno, en los arroyos y en las sombras veladas.*

*Envuélvese de nube nuestro abrazo.
Vibrátil, fina, perfumada y clara,
la brisa ondula. Hadas y duendes
alzan su canto en la enramada...*

*Vibrátil, fina, imperceptible, flúida,
lejana orquesta, en el fondo de los sentidos:*

*dedos de flores ondean sobre la piel
de cielos indefinidos...*

*Cantan misterios bocas fascinadas.
Se abren las flores si la luz las toca.
Vibrátil, fina, perfumada y clara,
la brisa ondea que el amor provoca.*

Entre los poemas cuya inspiración se vincula más o menos directa e intensamente con el sentimiento religioso, hay dos de tema español. Uno de ellos es *Santa María la Blanca*, y con la sencilla andadura del buen romance se mezcla el candor de un villancico navideño, de la misma manera que en el poema se mezcla la emoción actual con la de la evocada visita a la catedral de Toledo.

*Com Teu arzinho de névoa
podias mostra-Te ao Mundo.
Com teus dedos de água pura
podias banhar o Mundo,
iluminar com Teus passos
os pinhais todos do Mundo
nesta noite de Natal.*

En el otro poema, la delicada y vaga sombra de un recuerdo infantil sirve de difuminado fondo a una evocación de Santa Teresa de Jesús, enlazada con la revivida contemplación de un patético Cristo de imaginaria española:

*¿Naranjales o nardos? Sol poniente.
¿Luz de tarde..., de noche luz? Mudez.
Rasgo mi rostro con el cardo hiriente
y los dedos en la azul pequeñez.*

*Luz inerte, incorpórea. Distancia
entre el rayo y el Cielo. ¿Quién cantó
de nuevo los cantares de mi infancia?
Los cantarillos que la Santa oyó.*

Véante mis ojos
dulce Jesús bueno.
Véante mis ojos.
Muérame yo luego.

*¿Atardecer en casa, en el salón del Mun-
do?*

*Vieja tarde en el claustro español.
Grandes fuentes del Tiempo profundo
brotan cimeras desde el sol.*

*Estoy muriendo, sola, en la tormenta.
Huye Teresa. En vano voy tras ella.
Teresa viste niebla cenicienta;
sus pies, aroma; su sandalia, estrella.*

*Los relojes lleváronse los años
por tranquilas escalas de sol.
Sobrehumanos mis ojos humanos
ven a Cristo en el claustro español.*

En este libro de Natércia Freire habría otros aspectos tan dignos de ser destacados; nosotros, proclamando su alta calidad, hemos preferido subrayar esos dos temas de española inspiración en esta nota de aproximación de tan excelente libro a la atención de los lectores de habla española. — ILDEFONSO-MANUEL GIL.

GUILLERMO DE TORRE: *Las metamorfosis de Proteo*. Losada, S. A. Buenos Aires, 1956.

Bajo este título reúne Guillermo de Torre una serie de ensayos sobre diversos temas literarios, unidos por un propósito aquilatador, de justeza interpretativa. En efecto, estos ensayos, aun escritos independientemente unos de otros, en este volumen logran cohesión, se apoyan mutuamente y descubren mejor su significado. Espíritu abierto a todo lo literario —y también a todas las implicaciones extraliterarias que la Literatura origina—, Guillermo de Torre nos ofrece un "universo"; quiero decir momentos de una visión total de la Literatura, desde un ángulo personal, inteligente, y no limitado a un nacionalismo a la larga esterilizante. Así aquí hay temas españoles y extranjeros, y aun muchos españoles están vistos desde la doble vertiente española e hispanoamericana, que da profundidad a su obra; por ejemplo, los de Ortega, Ramón y —lógicamente— el de la unidad de nuestro idioma.

Guillermo de Torre es un notable continuador de la tradición ensayística española. Su prosa es buena prosa castellana, que sabe guardar un equilibrio de profundidad y galanura. Examina los problemas con gran independencia, con desacostumbrada mesura, sin dejarse ganar por las corrientes gregarias o polémicas del momento, por fuerte que en algunos casos sea la tentación. Al leer el libro uno se siente reconfortado: ya parecía imposible este trato sereno de la realidad circunvecina. Al lado de ello, en estas *Metamorfosis* nos sorprende no sólo el dominio de los temas, sino la copiosa información que el autor posee, sin que en ningún momento este acarreo de datos se torne lastre erudito. Si acaso, un peligro presenta a veces la matizada prosa de Guillermo de Torre: el del virtuosismo; pero, afortunadamente, no pasa de ser una inclinación fácil, que la sólida cultura y la honesta preocupación por los problemas que el autor posee hacen desaparecer rápidamente.

Los temas pasan de *Les Mandarins*, la célebre novela de Simonne de Beauvoir, a Ortega y Gasset, en el que prescindiendo, por el momento, de las filias y fobias que han cercado desesperadamente su figura, aprecia al ensayista literario y estudia las consecuencias de sus viajes a la Argentina. Ve en Ortega al creador en español del género *ensayo*, pues los precedentes que puedan señalarse —Guillermo de Torre apunta Unamuno, Gánivet, Larra y Feijoo— se acercaron muy insuficientemente. Más bien como precedentes inmediatos habría que pensar en libros americanos, como el *Ariel*, de Rodó, y los *Siete tratados*, de Montalvo.

Junto al drama de los mandarines, dedica sendos ensayos a Thomas Mann y a Stephen Spender, y a la paradójica situación —debatida en el Congreso por la Libertad de la Cultura de París de 1952— en que se encuentra el intelectual, a la vez requerido por la rebelión al mundo y por la comunión o solidaridad con ese mismo entorno; a la vez necesitado de aislarse y de comunicar, de darse a los demás.

Otros temas españoles del libro son los cincuenta años de literatura de Ramón Gómez de la Serna: a pesar de la gran

simpatía que el autor siente por Ramón, y reconociendo el valor y la originalidad de su obra, se ve obligado a confesar que nuestro tiempo ha dado la espalda a este tipo de literatura, aunque es muy probable que no definitivamente. Siempre queda en la obra de Ramón “su reiterada afirmación de la independencia superior e inalienable del escritor y de cómo ésta debe sobreponerse a todo; su hostilidad hacia las fanatizaciones y las violencias; su incredulidad en los mitos mayoritarios y en los *slogans* falaces” (página 78).

Y tras Ramón, la evocación de Caninos-Asséns, un olvidado, y un muy justo *Requiem d'orsiano*: visto d'Ors como representante de otra ideología, Guillermo de Torre sabe escribir, dando una lección a muchos apresurados: “Echaremos de menos a Eugenio d'Ors. No todos los días se encuentra un antagonista de su talla” (pág. 132). Lo que me lleva a recordar aquello que Lionel Trilling cuenta en su libro *La imaginación liberal*, de que John Stuart Mill recomendaba a sus discípulos la lectura de Coleridge, quien era su opositor tanto intelectual como político. Lección de señorío y de inteligencia.

Volviendo a Guillermo de Torre, dedica varios ensayos a los poetas: Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Pedro Salinas (“en mi recuerdo y en sus cartas”), Federico García Lorca. Tras ellos, Francia: un muy lúcido estudio sobre André Gide; Rimbaud, o mejor dicho el libro de Etienne *Le mythe de Rimbaud*, implacable revisión de este mito, y aun de todo mito poético; Mallarmé, Apollinaire, Valéry-Larbaud, Cocteau, y una evocación cercana de Saint-Germain-des-Prés, el barrio literario, que según algunos debiera llamarse *des Presses*, por la cantidad de editoriales que en él radican.

De París a Madrid, y de barrio a barrio, Guillermo de Torre nos lleva al Madrid de los Austrias, y a la casa de Lope de Vega. A continuación, temas portugueses: Eça de Queiroz, y Mariana Alcoforado, la célebre enamorada del amor, según la tesis sostenida en el libro. Sobre Portugal, y sus relaciones con España, escribe Guillermo de Torre muy nobles palabras. Después de recor-

dar la historia —tantas cosas comunes!—, el parecido entre Madrid y Lisboa, y aun cierto paralelismo muy interesante: sebastianismo y quijotismo; salud y pesimismo; Antonio Nobre y Larra; Mariana Alcoforado y Teresa de Jesús, escribe: “Mas a pesar de todo ello y de tantos rasgos fraternos o complementarios como cabría apuntar, ¡qué distancia en la realidad cotidiana!, ¡cuánto nos ignoramos! Pues la simpatía a que antes aludí es solamente sentida por las minorías intelectuales; el grueso de entrambos países se desconoce y se menosprecia burdamente. Las fraternidades históricas tienen éstos reversos cotidianos. Lo advertían ya con amargura, hace casi un siglo, lusitanistas no de profesión política, sino emocionales, como Menéndez Pelayo y Valera” (pág. 233).

Finalmente, aspectos de Goethe, y una sección titulada *Flechas*, en donde hay un diálogo sobre los nacionalismos literarios —para mi gusto lo más flojo del libro—, el aludido ensayo sobre la unidad de nuestro idioma, un muy interesante estudio de las últimas evoluciones del teatro universal y una visión, un balance provisional del medio siglo europeo.

Las metamorfosis de Proteo, en definitiva, es un libro incisivo, sugeridor y reposado al mismo tiempo; un libro que nace con una gran aspiración de clasicismo.—A. G. N.

ANGEL RUIZ AYÚCAR: *Mientras llueve en la frontera*. Caralt. Barcelona, 1957.

Acabada la lectura de este libro, uno se da cuenta de que su mejor referencia bibliográfica es la sobrecubierta. Por eso me parece uno de los libros mejor vestidos de los últimos tiempos. No por el lujo o riqueza del indumento, que no hay tal, sino por ser un auténtico traje a la medida.

Detalles exactos: una fotografía de 20 centímetros de altura por 14 de ancho. De los veinte, los diecinueve son cielo nocturno y revuelto. Sólo la franja interior, de un centímetro, es tierra: hierbas contra la noche y un hombrín —otro centímetro de estatura— solitario, agazapado, preocupado, atento al miedo y vago resplandor.

El texto del título, por su parte, es el sombrero a la medida de esta novela tan llana y sencilla que cuanto contiene lo tiene declarado de antemano el rótulo y portada. Y que, por añadidura, declara “cómo” está hecha en las últimas palabras del prólogo del autor:

“Con esto he acabado de dar cuerda al reloj. Ahora le dejaremos que marche solo. Sus manillas no harán más que recorrer una esfera y apuntar hacia unos números, como hace en cualquier sitio cualquier reloj. El reloj, pura mecánica, mueve sus ruedas indiferente a la vida que se agita a su alrededor. Sin embargo, muchas veces... ¿es la vida o el reloj quien decide el destino de los hombres?”

Los XIV capítulos del relato se desarrollan entre las tres de la tarde y las ocho menos cuarto del día siguiente. Imagino que si esta novela se pusiera en película, sus secuencias podían ir separadas por la oscilación del limpiaparabrisas que tacha los regueros de un cristal mojado. En efecto, el autor hace la claridad sobre un suceso o personaje, lo describe, lo concreta, y en seguida deja que el goteo pluvial vaya desdibujándolo y lo anegue en el panorama de la frontera del Miño, donde sucede la difusa trama de contrabando en que consiste el argumento del libro. Perdido, agitado aquel personaje, Ruiz Ayúcar vuelve a limpiar el cristal —no a secarlo— y enseña otra imagen que muy pronto será, a su vez, inundada por el chubasco nocturno. Y así sucesivamente. Los capítulos son, tanto como horas, rachas.

La sensación de interior —noche inclemente, pero vista a través de un cristal, desde un interior de casa o de automóvil— se acentúa aun por aquella “presencia del autor” que acompaña al lector en casi todos los instantes. He de explicar esto.

La novela grande, en mi opinión, es aquella en la que todo se dice con el lenguaje de los hechos. Novela grande y terrible, de la que apenas existirán unos pocos ejemplares completos en la universal literatura, donde la ausencia del autor es flagrante y el lector es el único personaje no estrictamente imagi-

nario; el lector asiste enteramente solo al vivir selvático de la fantasía.

Luego están las novelas comunes; el autor lleva al lector de la mano, le cuenta las cosas y lo que significan, le facilita observaciones y advertencias, comenta, en fin, lo que va pasando. Hay, evidentemente, multitud de grados en esta intervención del autor, siempre secundaria, siempre subordinada o ceñida a la textura fundamental, que es el relato en sí.

Por último, cuando el autor irrumpe en la narración tan decididamente que los sucesos quedan en segundo término, demados y achantados por los razonamientos, lo que se produce es la novela-ensayo, el ensayo-novela y, por fin, el ensayo sin más.

Permítaseme un ejemplo esquemático de lo que voy diciendo:

1. "Pedro se mordió las uñas."
2. "Pedro se mordió nerviosamente las uñas."
3. "Pedro estaba tan nervioso que se mordía las uñas una y otra vez."
4. "El nerviosismo progresivo de Pedro le hacía morderse las uñas cada vez con más ensañamiento."
5. "Pedro estaba pasando por uno de esos momentos de nerviosismo en los cuales..."
6. "En tales situaciones, la respuesta del hombre adopta la forma concreta, reprimida y expresa, a la vez, del nerviosismo."

Véase en la forma 1 la novela; en la 6, el ensayo. Lo que Ruiz Ayúcar ha hecho con *Mientras llueve en la frontera* es rigurosamente intermedio. No se abstiene de cortejar a sus tipos con consideraciones propias sobre el contrabando, la vida rural, moralejas, etc. Pero tampoco los elimina. Simplemente, los hace sumergirse y emerger, a su gusto, contra el fondo del chaparrón fronterizo.

LUIS PONCE DE LEÓN.

PILAR PAZ PASAMAR: *Del abreviado mar*. Colección "Agora". Madrid, 1957. 80 páginas.

Desde la publicación de su primer libro en 1951, *Mara*, hemos seguido atentamente la poesía de Pilar Paz. Pilar Paz tiene ahora veinticuatro años de

edad y sus libros editados son, hasta la fecha, y con el citado *Mara: Los buenos días*, accésit al Premio Adonais del cincuenta y tres; *Ablativo amor*, una colección de sonetos aparecida el año cincuenta y cinco en los volúmenes barceloneses de "Atzavara", y, sin hacer cuenta de su labor en verso y prosa dispersa por revistas y publicaciones, nos llega ahora, en la colección madrileña "Agora", y con fecha de junio de este año, *Del abreviado mar* (un libro sobre el que, en esta nota, desearíamos decir muy poco y todo). Pilar Paz, según queda visto, es una de las poetisas actuales más largas del país, y quizá, entre las realmente relevantes, la más joven. Pero ni esta circunstancia, ni las de la obra abundante y la extensión del nombre cuentan mucho cuando lo que sucede es que corresponden verdaderamente a una auténtica e iluminada mano. Pero vamos por partes. Quizá la poesía joven española, según se viene diciendo y escribiendo, no estuvo nunca tan nutrida de gente como ahora, o, por lo menos, de gente tan organizada, tan pertrechada de revistas y de medios; de gente, además, con tanto oficio y buen sentido, con tanta dignidad literaria y buenas disposiciones para situarse frente a un papel a escribir versos. Pero quizá nunca, que también sea dicho, anduvo la joven poesía de España tan carente de seis, de ocho, de diez nombres a quienes tener por plenamente jóvenes y, en agraz o no, por plenamente poetas, aclarando que usamos la palabra "poeta" en el alto y genuino sentido que más cuesta entender, precisamente, a quienes no lo son. La joven poesía española actual, vista en bloque, es algo así como un gran ejército sin generales y, por supuesto, sin un jerarca máximo y central, inmediato y poderoso, a quien volver la vista. Es una correcta, abundante y pujadora poesía, pero sin rayo, sin susto, sin esa sorpresa máxima que desplaza siempre la poesía de verdad. Pues bien: al mínimo resultante de poetas jóvenes, gratuitos, inconfundiblemente distintos, creo que conviene ir añadiendo seriamente el nombre de Pilar Paz Pasamar. He aquí, hecha o por madurar, una voz joven a la que consideramos como netamente poética, desde el ingenio *Mara* inicial

hasta estos momentos últimos de su palabra escrita. La cuestión, naturalmente, y como siempre que se trata de una verdadera poesía, no es fácil de explicar. De *Mara* precisamente escribíamos hace seis años en la revista *Platero*, de Cádiz: "... poesía siempre tocada de gracia y, por encima de todo, de esa mítica sustancia intuitiva que la diferencia y la posee". Son palabras que podemos mantener hoy con respecto a *Del abreviado mar*, igual que mantuvimos ayer refiriéndonos a *Los buenos días*. Pero pasemos a señalar también, como para hacerle sentar cabeza a nuestro entusiasmo, la inmadurez de la poesía de Pilar Paz, su desigualdad, atribuibles a la edad de la autora y también, por fortuna, a su espontaneidad, a ese darse con fiadamente a la intuición, una confianza que Pilar Paz no tiene, desde luego, por qué no tener, pero que tampoco tiene por qué desviar. Con...

*¡Mundo sordo y miope!,
le grité desde lejos.*

y su marcado eco decimonónico, etc., no debía rematar un poema la misma mano que, por ejemplo, ha rematado así el titulado "Oración final para pedir la luz todos los días":

*Para pedirte la luz,
Señor, no hay más que esperarla.*

o que ha dicho, ya en otro tono más "chico", pero igualmente acabado y bello, en la "Cancioncita de Segovia en abril":

*Mi tierra está lejos. Hace
mucho tiempo que soñé
con una lluvia segoviana
que renovaba mi piel.
Segovia, segoviamé.*

Pensamos que de un libro como este *Del abreviado mar* no se puede hacer una nota *estudiosa*, consultando el índice, describiendo las tres partes en que está dividido, y desmontando sus piezas con esa cierta técnica industrial al uso de quienes pretenden explicar un libro de poesía, como si un libro de poesía fuera un automóvil o un problema de matemáticas. Frente a un libro así, quien no sea estudiante nato no puede andar es-

tudiando, escarbando, cortando, separando, examinando. Sencillamente, por lo ya dicho: porque se trata de un libro de poesía. Hay que escribir sobre él en bloque y, para decir algo de su sustancia o revelar algo de su intimidad, escribir sin hojeos ni toqueteos, viéndolo de una vez en conjunto y dejándolo después hacer, por dentro, su raro oficio mágico; dejándolo ganarse su jornal de autenticidad y de pureza; eso que nos hace olvidar de un golpe tantos versos y tantos manifiestos jóvenes; eso que pervive sobre sus defectos y hasta sobre sus mismas virtudes analizables. Ojo, también, a que en este caso aislado y concreto no estamos escribiendo desde el ángulo del crítico o del comentador de libros, sino desde el banco, más arbitrario al efecto, pero ahora quizá más adecuado, de participador en la aventura literaria y poética, en el hecho afín de crear y construir cosas sobre un papel, con todo lo que ello comporta.

Del abreviado mar, de Pilar Paz, es un libro repleto de hondas y graves hermosuras, de esas de las que, como ella dice, ya no hay posible retorno:

*Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.*

Es un libro en posesión de un seguro y desembarazado caudal de poesía, y esto es lo que importa, por encima de toda consideración analítica, a las que hemos preferido dejar a un lado por parecernos, esta vez y frente a este libro, poco suficientes. Se trata de un volumen en el que abundando tantos particulares positivos y no faltando tampoco, como hemos apuntado, los negativos, dispone de una porción tan crecida de gracia poética que su presencia lo exime de unos y otros detallados señalamientos. Acaso no se trate de un gran libro, pero sí se trata de una gran voz joven. Y ello, según entendemos honestamente, es lo que cuenta.

La edición de "Agora" es fina, primorosa, llegando con este volumen la colección titular a su número dieciséis; abre el libro un dibujo de Antonio Povedano, bonito, pero como tal retrato de la autora no demasiado acertado.—**FERNANDO QUIÑONES.**

EL AIRE DEL MES

OCTUBRE

Alguien ha dicho —y no sin razón— que el verdadero año comienza en octubre. Empieza en este mes la vida de retorno a las ciudades, después del alejamiento estival. Se reanudan las actividades intelectuales (al menos oficialmente) y, sobre todo, se vuelve a casa. Todo tiene un aspecto, un olor nuevo. Es el mismo del año pasado (es decir, del año que terminó con el verano), pero ya es otro, y podemos saludar a las cosas vistas cotidianamente, y por un tiempo perdidas, con un cariño emocionado y desconocido.

Entra el otoño, el que llamó Juan de Arguijo

el húmedo otoño, cuya puerta
adornar Baco de sus dones quiere.

Las uvas están en sazón. Los árboles inician su decadencia, embelecándose de otro modo en su desnudez, cargada, sin embargo, de esperanzas secretas. Los membrillos septembrinos ya están cocidos en algunas casas y el olor de la jalea llena de dulce emanación las habitaciones más escondidas.

El labrador se alegra con el retorno a sus trabajos. No en vano ha pasado su estío pensando (como decía Lupercio de Argensola)

en los lagares ricos del octubre.

El mismo Lupercio, aficionado a este consonante, nos habla en un bello soneto de las primeras lluvias otoñales:

Lleva tras sí los pámpanos octubre,
y con continuas aguas insolente
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

El paisaje se impregna de una leve tristeza, que se agudizará en los términos de este mes. Más que tristeza, melancolía, o quizás, como la llamaban nuestros antiguos, enconándola a la española, “melancolía”. Don Gaspar Melchor de Jovellanos, en su retiro del Paular, harto de bullicio mundano y político, contempla este paisaje otoñal con melancolía:

Con blando impulso el céfiro suave,
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido,
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando,
bajan en lentos círculos al suelo.

En la ciudad, el otoño dora las calles arboladas, las tapiza, con alfombra rápida y movable, hasta dejarlas limpias en los bordes con los elegantes nervios de las ramas, y se lleva con el viento, al cabo de algún día, la última hoja caída. Pedro Salinas dijo bellas cosas sobre esta hoja solitaria que se queda en medio de la calle:

¡Qué princesa final la última hoja
de otoño, pasa por en medio, lenta,
de la ancha calle sola!
Rubia, desheredada, morgánatica
esposa del gorrión. Presentan armas,
inútiles aceros, ramas secas,
dobles filas de árboles, la guardia...

Al terminar octubre, aunque el invierno está todavía lejos en su fecha inicial consabida, ya el mundo se envuelve en aire de invierno. La melancolía se hace pena si el alma está esperando esa transformación. Rosalía de Castro miró su octubre apenado y doliente.

Cenicientas las aguas; los desnudos
árboles y los montes cenicientos;
parda la bruma que los vela, y pardas
las nubes que atraviesan por el cielo;
triste, en la tierra el color gris domina,
¡el color de los viejos!

Pero el color de los viejos, el rumor de la lluvia, la humedad del suelo, todo es necesario para que llegue, al cabo de unos meses de dureza, la nueva juventud siempre segura de la primavera. Hay que recordar a la Primavera entre los quejidos del viento en las ventanas de octubre.—JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN.

INDICE

NUMERO 94 (OCTUBRE 1957)

	Páginas
MAÑACH, Jorge: <i>Renuevo en el 12 de octubre</i>	3
CARRANZA, Eduardo: <i>La bella durmiente del mar</i>	7

ARTE Y PENSAMIENTO

LÓPEZ IBOR, Juan José: <i>Significación antropológica del juego</i>	13
VALLE, Adriano del: <i>Hernán Cortés en la conquista de Anahuac</i>	26
MORENO GALVÁN, José María: <i>Daniel Vázquez Díaz en la historia del arte</i>	34
ORTELANI, Darío: <i>El último viaje</i>	45
ANZOÁTEGUI, Ignacio B.: <i>La picaresca de Vicente Espinel</i>	54
GUTIÉRREZ, Fernando: <i>Tiempo</i>	66
LAFFÓN, Rafael: <i>Dos poemas</i>	75
FERRATÉ, Juan: <i>El tema de la poesía</i>	78

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

NUESTRO TIEMPO:

DACIO, Juan: <i>Notas sobre el espacio soviético</i>	87
---	----

SECCIÓN DE NOTAS:

GIL NOVALES, Alberto: <i>Un programa de Historia de América</i>	95
G. N.: <i>Arturo Uslar-Pietri y el provincianismo español</i>	104

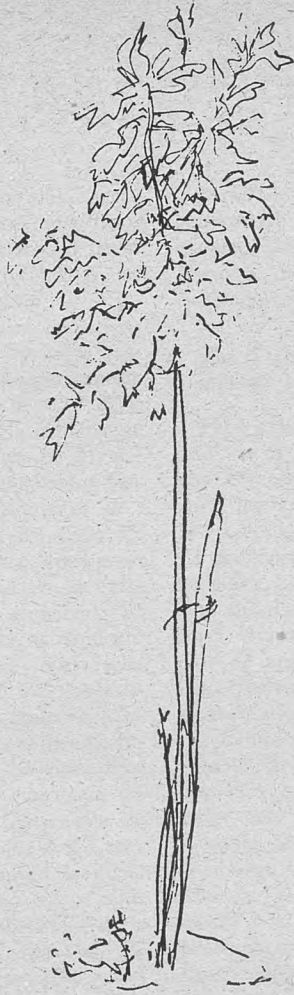
SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA:

GULLÓN, Ricardo: <i>Galdós y Madrid</i> (108).—RICARDO PATTEE: <i>Haití, pueblo afroantillano</i> (112).—MIGUEL DELIBES: <i>Siestas con viento sur</i> (115). CABALLERO BONALD: <i>El baile andalus</i> (116).— <i>Temas españoles en "Poemas"</i> , de NATERCIA FREIRE (118).—GUILLERMO DE TORRE: <i>La metamorfosis de Proteo</i> (119).—ANGEL RUIZ AYÚCAR: <i>Mientras llueve en la frontera</i> (121).—PILAR PAZ: <i>Del abreviado mar</i>	122
---	-----

EL AIRE DEL MES:

SOUVIRÓN, José María: <i>Octubre</i>	124
---	-----

En páginas de color, la Sección "Hispanoamérica a la vista", con "Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica", original de Alfredo Sánchez Bella, embajador de España en Ciudad Trujillo. Portada y dibujos de la pintora española Hedy.



HISPANOAMERICA A LA VISTA



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

FINALIDADES, ORGANIZACIÓN Y ORIENTACIONES FUNDAMENTALES DE LOS INSTITUTOS DE CULTURA HISPANICA

POR

ALFREDO SANCHEZ BELLA

No podremos comprender las tareas que corresponden a nuestras instituciones si previamente no tenemos en cuenta el ambiente que nos circunda y las circunstancias que nos rodean.

La dispersión decimonónica emancipadora hizo perder a todos nuestros pueblos la conciencia de un destino común. Hasta los primeros años de este siglo no solamente España vivió totalmente ignorante de lo que ocurría en Hispanoamérica, sino también los pueblos hispanoamericanos se ignoraban entre sí.

Es en la primera mitad del siglo xx cuando empieza a formularse, aunque en forma tímida, la conciencia de la existencia de una comunidad espiritual. El punto de arranque de ese movimiento habría que establecerlo en 1892, fecha de la Conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América. Zorrilla San Martín, Rodó, el gran Rubén, Menéndez Pelayo y, un poco después, Unamuno y Ortega, empalman directamente con la ilustre generación de los Caro, de los Cuervo, de los Lucas Alamán, de los Bello, que en la generación anterior habían sido astros solitarios, defensores —en la soledad— de la pervivencia de las raíces culturales, como esenciales para el crecimiento natural y espontáneo de nuestros pueblos. Tras ellos, y en defensa de los mismos ideales, adviene la generación de Ramiro de Maeztu y García Morente, con su luminoso programa de comunidad espiritual; los argentinos César Pico y Ernesto Palacios; los mejicanos Vasconcelos y Alfonso Junco; los peruanos Riva Agüero, Belaúnde y Raúl Porras; el colombiano Casas; el ecuatoriano Zaldumbide; el chileno Jaime Eyzaguirre; los nicaragüenses Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, y tantos otros, poetas,

historiadores, literatos insignes, que abogan constantemente por la defensa de la tradición hispánica en América, pues la Historia, de la que todos son excelentes cultivadores, les ha enseñado

que lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado.

Pero a los hombres que hemos de actuar en la segunda mitad del siglo xx nos corresponde dar un paso adelante para formular con mayores precisiones las posibilidades de una acción conjunta. El quehacer común de nuestros pueblos no puede estar nutrido de solo tradición, sino de tradición y actualidad. De historia vivida en común y de contemplación de problemas cotidianos, que debemos resolver en continua y estrecha convivencia. Por otra parte, las necesidades del tiempo nos imponen la tarea insoslayable de enfrentarnos con una nueva realidad: la existencia de bloques regionales que van teniendo un signo cada vez más definido.

Del mismo modo que España pudo acometer la ciclópea empresa de la conquista y civilización del Nuevo Mundo, precisamente por haber conseguido constituir, antes que ningún otro pueblo, lo que después se ha llamado el Estado moderno: "una patria unida y en orden", superadora de los antagonismos feudales y con todas las clases sociales sometidas a la autoridad única de un monarca que reúne en sus manos las fuerzas coordinadas, dóciles, de una sola voluntad y orientadas en un solo sentido, maravillosa empresa que fueron capaces de forjar, en primer lugar, los Reyes Católicos, y después llevar al cénit de su gloria el César Carlos y el gran Felipe II, la grandeza actual de

los Estados Unidos de Norteamérica y su prodigiosa influencia en el mundo contemporáneo sólo ha sido posible porque su Estado, su Industria, su Economía, las fuerzas todas de la nación, han trabajado a una escala hasta ahora desconocida que, reuniendo todo su inmenso poder en unos órganos únicos, ha hecho posible una acumulación de fuerza, potencia y autoridad superior a la de ningún gobierno en cualquier otro tiempo. Algo similar ocurre con Rusia. Tan es así que Europa, a pesar de sus antagonismos, ha llegado por fin a admitir que sólo llegará a ser otra vez grande y poderosa en la medida en que sea capaz de crear una fuerza equivalente. Esta es la razón de ser del Mercado Común Europeo.

Es evidente que la actual estructura de nuestros Estados nacionales ha sido ya superada por la realidad y que nuestras dificultades no podrán ser ya resueltas por tal o cual partido, sino por un cambio a fondo de las estructuras internacionales. Sólo tirando por elevación será posible alcanzar a dar con la diana de nuestros afanes y sueños; de lo contrario, en la actual pugna de gigantes en que el mundo actúa, estamos amenazados de desaparecer o de pervivir mansa y pobremente, en puro régimen colonial más o menos simulado.

No podemos continuar hablando de luchar por la existencia de una comunidad espiritual de nuestros pueblos. Eso, ni es suficiente, ni puede tener entidad. Si nuestra comunidad es sólo espiritual, ni siquiera eso es. O es también material o no será nada.

Aunque parezca paradójico, sólo en una coordinación, en una cooperación del conjunto, podrá encontrarse la salvación. La experiencia indica que las uniones regionales parciales son mucho más difíciles de conseguir. Siempre será más fácil un acuerdo entre España y Chile, o Perú, por ejemplo, que entre España y Portugal, y mucho más factible un acuerdo conjunto hispanoamericano que entre la Argentina y Chile, o el Brasil con Argentina. Parece ser cualidad hispánica la rivalidad fronteriza, y virtud infalible nuestra universalidad.

La existencia de una Comunidad de Naciones Hispánicas, como resultado de

la disgregación del Imperio Español a mediados del siglo XIX, es un hecho indudable, no sólo reconocido por todos los prohombres y tratadistas de mayor relieve de éste y del otro lado del Atlántico, sino también vivido por las masas que integran la población de los diferentes países miembros de esa Comunidad.

No podemos encontrar, sin embargo, tanta unanimidad en una serie de cuestiones vitales para el presente y, sobre todo, para el futuro de la Comunidad Hispánica de Naciones. La base espiritual de la misma, los intereses de toda índole que le dan consistencia, los caminos de acción internacional (y decimos internacional en el sentido de su contacto con los otros bloques regionales), y sobre todo su proyección hacia el futuro, han sido y son temas sobre los que aún no se ha podido encontrar, no ya un criterio unánime, pero ni siquiera mayoritario.

Como inteligentemente alguien ha señalado, nos engañaríamos si no admitiéramos el hecho patente de que entre los pensadores, los políticos y las clases intelectuales de Hispanoamérica no está admitida con unanimidad la sugestiva teoría de Ramiro de Maeztu y García Morente sobre la Hispanidad, que ve como lazo de unión de los pueblos hispánicos el ideal católico y cristiano de los antiguos virreinos españoles. No podemos olvidar nunca que muchas de las ideas que triunfaron en Hispanoamérica con la Emancipación tenían su origen en las doctrinas de la Revolución francesa, y que desde entonces ha pasado ya mucha agua bajo los puentes y han sido muchas y muy variadas las influencias de toda índole que nuestros pueblos, por razones múltiples, se han visto obligados a asimilar.

Los intereses económicos constituyen, tal vez, un lazo de unión sobre el cual las discrepancias se reducen al terreno de las resoluciones prácticas, siempre mucho menos peligrosas que el de las ideas. La explotación de los recursos naturales del mundo hispanoamericano, cuyas posibilidades son infinitas en el orden económico, precisa una aportación ingente de capital y de técnica que, hoy por hoy, ninguno de los países que pu-

dieran formar la Comunidad Hispánica puede aportar por sí solo. No cabe duda, sin embargo, de que la unión de esfuerzos y la progresiva capacidad económica de cada uno de los componentes de este bloque puede solventar en gran parte este problema y ofrecer una amplitud de fórmulas de ayuda mutua, cuyo estudio y cuyo ensayo no pueden despertar recelos ni discrepancias. Al contrario, el franco examen de nuestros problemas económicos y el sincero estudio de nuestros métodos de conjunto para su resolución constituyen, asimismo, un fructífero lazo de unión entre los miembros de esa Comunidad Hispánica que ocupa ahora nuestra atención.

España e Inglaterra han sido las dos únicas naciones del Continente Europeo que han logrado extender, tal vez para siempre, su manera de vivir, sus instituciones jurídicas y su mentalidad nacional fuera de Europa. En el orden de las ideas prácticas, y dejando aparte toda consideración de índole jurídica, la reacción histórica frente a lo no inglés de un ciudadano de Australia o de Canadá no se basa tan sólo en conceptos exclusivamente australianos o canadienses; cuando un habitante de Camberra o de Ottawa adopta una actitud determinada frente a un país cualquiera que no pertenezca a la órbita mundial del Commonwealth, las bases en que fundamenta su actitud son comunes a todos los habitantes de los países miembros de la Comunidad Británica de Naciones.

De igual forma podríamos afirmar que cuando un ciudadano de Lima enfoca un problema internacional no relacionado directamente con la Comunidad Hispánica, su motivación no es exclusivamente peruana, y su actitud es muy similar a la que adoptaría un ciudadano de Santiago de Chile o de Buenos Aires ante el mismo problema. La herencia histórica pesa mucho, y si en muchos casos es un peso muerto, en otros puede ser una rica fuente de experiencias para el futuro.

Vemos, pues, que el problema de la formación de una Comunidad Hispánica de Naciones va paulatinamente enriqueciéndose y aumentando en complejidad a medida que se profundiza en él. No existen sólo razones espirituales, ni úni-

camente el peso de una tradición a la cual, para crecer y ser originales, hemos de guardar fidelidad. Existen también una serie de razones y exigencias y circunstancias de actualidad que nos imponen la necesidad de plantear el futuro desarrollo y pervivencia de nuestros pueblos dentro de una ya insoslayable visión de conjunto. El ayer y el mañana, lo que fuimos y lo que podemos ser, necesita ser precisado en una fórmula ajustada a las necesidades del tiempo presente. Un pueblo no es sólo tradición ni sólo actualidad, sino ambas cosas a la vez, mezcladas y fundidas en conveniente proporción. La realidad presente nos ofrece la existencia de Estados nacionales, aislados, cerrados o indiferentes entre sí. Todas las instituciones existentes tienen indefectiblemente un esquema nacional. De ahí su impotencia para resolver muchos de los problemas con los que nuestros pueblos han de enfrentarse en esta hora.

Sin desconocer esta realidad, se impone la necesidad de crear instrumentos nuevos que respondan más adecuadamente a las fórmulas que en un mañana muy próximo nuestros pueblos deberán necesariamente adoptar. He ahí la razón de ser fundamental de los Institutos de Cultura Hispánica. Son entidades nacionales en la medida necesaria que aun hoy se exige para poder actuar y desenvolverse, pero son, además, algo más: se sienten miembros de un todo, partes de un algo más grande que los propios límites nacionales, que abarca el interés, la curiosidad y el afán de comprensión de las vicisitudes y los problemas, goces y sufrimientos de todos los miembros de la misma familia.

QUEHACER ESENCIAL DE LOS INSTITUTOS

Todas las grandes ideas que en el mundo han sido, han necesitado de instrumentos apropiados para hacerlas realidad. El Mundo Hispánico o la Comunidad de Naciones Hispánicas no empezará a ser realidad más que cuando en todos nuestros pueblos se cuente con instrumentos adecuados para su realización. Pero aun antes que los instrumentos están los hombres; forjar hombres con este sentido, con esa dimensión más am-

plia que el tiempo actual exige; prepararlos técnicamente, dotarlos de la información indispensable, lograr darles conciencia de lo que es esa comunidad y de la posibilidad de su realización, es la primera tarea insoslayable de nuestras instituciones. De ahí que la tarea de los institutos sea empresa de minorías selectas, de juventud universitaria, porque todo cuanto de grande y valioso se ha hecho en el mundo ha sido realizado por pequeñas minorías, con conciencia de su misión e inasequibles al desaliento.

Formación de hombres por medio de becas, de cursos, de conferencias, de seminarios; información previa de lo que se hace en cada país y de cuanto se realiza en los pueblos afines; intercambio de profesores y profesionales en todo tipo; congresos de artes, de música, de folklore; semanas del cine, del libro; creación de una gran Biblioteca Hispánica, han de ser los quehaceres fundamentales de todas nuestras instituciones en el momento actual. Los Institutos de Cultura Hispánica deben ser, ante todo, instrumentos adecuados para la formación de hombres con una nueva mentalidad, que sean luego capaces de crear un nuevo estado de conciencia. Tras este quehacer esencial, los Institutos de Cultura Hispánica deben ser organizaciones de vinculación profesional, porque en el mundo actual es la profesión lo que más une. Sólo cuando ambas tareas hayan dado cima se podrá dar el tercer paso y planear una profunda y difusa campaña publicitaria para hacer llegar a todo el pueblo, o al menos a sus capas más selectas e ilustradas, esta nueva mentalidad, este superior y más completo estado del espíritu, no meramente nacional, sino hispanoamericano.

La industria, la banca, la política, las fuerzas sociales más vivas de nuestros pueblos, tienen que ser conquistadas por esta nueva visión, más rica y completa, que el actual momento político del mundo le ofrece para encontrar una vía de salvación a muchos de los problemas que hoy les preocupan, que no tienen solución ni salida más que si no son tratados desde un plano superior común.

Es práctica inveterada en todo proceso psicológico de captación de masas el iniciar la acción por aquellas cuestiones

que más vivamente interesan al interlocutor, para que, prendido de este sortilegio, vaya acercándose paulatinamente al punto de vista más completo, amplio y preciso hacia el que se le pretende llevar. Si por el pragmatismo desafiado del tiempo en que vivimos la mayor preocupación actual de nuestros pueblos es la económica, deberá ser en este terreno en donde pongamos fundamentalmente nuestro acento en el momento presente. Los futuros árbitros de la política hispanoamericana serán aquellos que hayan sabido dar soluciones adecuadas a los angustiosos problemas económico-sociales de la hora presente. Podrá decirse que ninguno de nuestros pueblos aisladamente, y mucho menos nuestras instituciones, tienen potencia económica para hacerlo, pero no es potencia económica lo que hoy se necesita, sino ideas, consejos, asesoramientos. Hoy todos esperan la salvación providencialista de la ayuda exterior. Pero es preciso tener la audaz decisión de empezar a creer en nosotros mismos, pues la salvación no podrá venirnos nunca de fuera, sino del paciente esfuerzo de nosotros mismos.

Es incuestionable que desde las altas y gallardas crestas de los Pirineos y el sur del Río Grande hasta la Patagonia existe un conjunto de pueblos de idénticas características, no ya espirituales, sino también morales y hasta materiales, pues por haber sufrido los mismos males, todos están también en una coyuntura económico-social similar. Es por eso que deberán estudiarse las múltiples conexiones que pudieran establecerse entre ellos, en forma parecida a como en su tiempo lo hizo la Comunidad Británica y en los momentos presentes la Europa Occidental, signando acuerdos multilaterales y tratando de que en el inmediato futuro constituyan un solo mercado sobre el principio de una economía de gran espacio.

Alguna vez se ha dicho que la vida de un pueblo debe estar constituida por la Historia pasada y la estática contemplación de sus vicisitudes más brillantemente arquetípicas, que luego hay que pretender procurar repetir y revivir en sus más puras esencias. Esa quietista visión de las cosas no puede ser com-

partida por nosotros. La tradición de un pueblo debe ser comprendida, como alguien genialmente ha dicho, no con ánimo de copia, de pura repetición de lo que en un tiempo fué, sino con espíritu de adivinación de lo que aquellos capitanes intrépidos de la Conquista, padres y fundadores de América, de vivir en nuestro tiempo, hubieran hecho o quisieran hacer. Los pueblos se fundirán y unirán, tanto o más que por sus ingredientes tradicionales por el sugestivo proyecto de vida comunal hacia el futuro que sepamos ofrecerles. Es preciso, pues, empezar ya a formular las bases de lo que deberá ser esa nuestra futura y entresonada vida comunal. España debe ser en este aspecto una pieza más del andamiaje conjunto, aportando cuanto tiene, sin regateos ni afán de primacías, que ahora no tendrían ya razón de ser. Sin el ingrediente español la coordinación hispanoamericana nunca será posible, porque ha sido y sigue siendo España o lo español el fundente solidario indispensable de nuestra multiforme diversidad. Una España ni maternal ni paternal, sino simplemente hermana de las demás patrias y en pie de igualdad con ellas.

ORGANIZACIÓN DE LOS INSTITUTOS

Establecidas las finalidades, se impone la necesidad de crear los medios adecuados a los fines. Si los Gobiernos, por falta muchas veces de formación adecuada de los hombres que los rigen, no aciertan todavía a comprender la necesidad de proceder a un cambio de estructura de las instituciones decimonónicas ya tradicionales, parece natural y lógico que los Institutos, una de esas instituciones de existencia y creación obligadas, afirmen su raíz creadora en la actividad privada. La base fundacional de todas nuestras instituciones ha sido, pues, y deberá seguir siendo, de carácter privado, porque sólo de ese modo podrán tener continuidad; nuestra recluta es de carácter voluntario, por libre aceptación y entusiasta voluntad de cada uno de los miembros individuales que de ellas deseen formar parte.

Siendo, sin embargo, característico de nuestro tiempo la creciente acumulación

de poder en manos del Estado, debemos procurar que nuestro punto de arranque no sea meta de llegada y que, cuanto antes, las instituciones surgidas de una raíz privada deberán ir conquistando paulatinamente la colaboración y la ayuda de las organizaciones municipales, universitarias y hasta, si es posible, deberán procurar llegar a ostentar un carácter paraestatal. El origen privado les dará continuidad y autenticidad. La colaboración con los organismos públicos podrá proporcionarles los medios de que carecen y dotarles de los instrumentos indispensables para su crecimiento y armónico desarrollo. Sobre esta prudente doble rueda, dentro y fuera del Estado —y de sus instituciones más notorias—, deberán ir caminando nuestras todavía frágiles y débiles naves, sólo hechas inicialmente de entusiasmo, rectos propósitos y nobles ilusiones:

Lo primero, ya lo hemos dicho, ha de ser la formación de hombres, pero inmediatamente después la creación de instrumentos para que esos hombres puedan contagiar sus ideales a toda la comunidad que les circunda. El esquema ideal del contenido que debieran tener los institutos está trazado por lo hecho, y en gran parte ya desarrollado, en el Instituto de Madrid. Los Institutos americanos, faltos en su mayor parte de la ayuda y el respaldo oficial, deberán adecuar ese esquema a las posibilidades que la realidad ofrezca, pero cuando menos habrá que procurar que todos ellos cuenten con seminarios para la formación de dirigentes, para la atracción y la conquista de los mejores universitarios de cada país y, al mismo tiempo, con instrumentos adecuados de relaciones públicas, para mostrar en la órbita de acción en que actúan, mediante semanas del cine, del libro, del folklore, de la música iberoamericana, etc., el concreto contenido espiritual y el grado de desarrollo y avance —en todos los campos del humano saber— de los demás pueblos de nuestra Comunidad. Por muy pocos que sean los medios con que cuentan, estas dos finalidades antedichas pueden ser perfectamente cumplidas, sobre todo contando con el apoyo que permanentemente estoy seguro recibirán de Madrid. El Instituto de Cultura Hispá-

nica madrileña ha realizado en los últimos diez años una meritoria labor, que todavía no ha alcanzado a tener en América el eco y la estima debidas. Es preciso que sus libros, sus revistas, las decisiones de sus congresos, sean más leídos, conocidos y estudiados de lo que actualmente son. En CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, en *Mundo Hispánico* y en la colección de libros lanzados por Ediciones Cultura Hispánica han sido establecidas a lo largo de estos años las líneas esenciales de nuestro programa de acción. Pero este pensamiento ha calado hasta la fecha muy escasamente en nuestros grupos universitarios más selectos. Acercarles a estos libros y a estos artículos; hacer reseñas y comentarios de los mismos, deberá ser una tarea primaria y esencial de todos los Institutos que existen en América. Tras el estudio y el comentario vendrá inmediatamente el propio libro personal y original, la aportación que ofrezca cada pueblo al acervo común.

No queremos grupos cerrados, sino instituciones regidas por hombres con afán proselitista. Servir ha de ser nuestra divisa; afán de servicio a la comunidad de todos nuestros pueblos y continua siembra del ideal, nuestro lema y nuestra divisa: "No parar hasta conquistar."

No se trata tampoco de crear algo radicalmente nuevo y diferente. Muchas veces será preferible insuflar vida a instituciones ya existentes, llenar de contenido vacíos caserones, inundar de vida polvorientas bibliotecas, colmar de ilusión a las mentes escépticas, propensas sólo a la crítica y con inclinación cáustica a la ironía, antesala de la infecundidad y la derrota. Preocupémonos, ante todo, de formar hombres enteros y cabales, con afán creador e ilusión de conquista, y todo lo demás nos será dado por añadidura: bibliotecas hispánicas, cine-clubs, coloquios diversos sobre temas vivos del presente, todo y mucho más podrá y deberá hacerse en cada gran ciudad y si contamos con los hombres, los medios para poder realizar nuestro programa no habrán de faltar-nos.

Es lógico y natural que el sentido cá-tólico de la vida y el saber de salvación

deberán ir en el transfondo de todas nuestras empresas, pero deberemos tener la cautela de enarbolarse con mucha prudencia nuestra divisa, a fin de que no se nos confunda con una asociación meramente confesional y por ello no podamos ganar gentes que, aun no siendo hoy totalmente nuestras, tampoco son irreduciblemente contrarias. Los más se encuentran a menudo en zonas indecisas, en las que no caben el proselitismo y la conquista. Todo cuanto de fecundo en nuestro mundo existía, en algún sentido nos pertenece y debe ser incorporado a nuestra causa. Todo será nuestro si sabemos ser pescadores de almas, buscando en ellas —en amistad y diálogo—, en caridad que no excluya firmeza en la defensa de lo que no puede ni debe ser adulterado, todo lo que de bueno, de positivo, de valioso, de creador, haya puesto Dios en las mismas. Cultivar la fraternal amistad entre nuestras gentes; cultivar la "entrañeza" en sus miembros ha de ser también función esencial de todos nuestros centros, en donde no deben caber ni los mezquinos, ni los estrechos de alma, ni los egoístas, ni las gentes de espíritu raquíctico, sino las almas abiertamente generosas y llenas de afanes de entrega y de servicio a los demás.

Habrà que procurar, sin embargo, centrar y reglar mucho la pasión a que habitualmente suelen inclinarse los núcleos juveniles más generosos. En las circunstancias actuales la pasión tumultuosa y en llamarada no nos sirve. La nuestra deberá ser más bien una pasión fría, que imponga un batallar constante y una inquebrantable voluntad en la acción de cada día. El camino a recorrer es muy largo y no podemos quemarnos en la caliente y entusiasta llamarada de las primeras etapas y de los incipientes e ingenuos entusiasmos. Ser hispanoamericano es como alcanzar y dar cima a una tercera dimensión en nuestra personalidad, que no anula, sino que, muy al contrario, enriquece, potencia y completa las otras conquistas anteriores. Lo primero, pues, será conseguir formar esa nueva manera de ser, esa nueva mentalidad que deberá hacernos sentir más cerca, a unos de otros, sea cualesquiera el origen de nuestras patrias, y sentirnos

más solidarios entre los imbuídos de este nuevo ideal que cuando nos encontramos entre nuestros propios nacionales.

No existen en nuestra comunidad unos pueblos mejores que otros. Existen españoles egregios y españoles miserables o mezquinos; eso mismo podríamos decir de todos y cada uno de los miembros de las demás colectividades. Lo que importa es unir a los mejores españoles con los mejores mejicanos, y los mejores argentinos, y los mejores colombianos, peruanos, chilenos, etc., y hacerles sentirse solidarios de su ideal, como los militantes de otras ideologías lo son y como deberían serlo, y desgraciadamente hoy no lo son, los cristianos. El pensamiento del siglo XIX produjo la aberración de considerar la entidad nacional como valor absoluto. Hoy nuestra mentalidad y disposición hacia ella debe ser sensiblemente diferente. No puede ya hablarse de la soberanía nacional en soledad. Seremos independientes y soberanos en la medida en que sepamos mantenernos unidos frente a las exigencias de los más fuertes. Eso exigiría la abdicación voluntaria de ciertas prerrogativas que hoy teóricamente poseemos, pero sin eso, pronto habremos perdido hasta la propia conciencia de Patria.

Nuestras patrias tal vez no sean objetivamente las mejores, pero son las nuestras y hay que quererlas y aceptarlas tal cual son, vertebrando sus miembros mejores y transfundiendo sus vidas para el mejoramiento y superación de la calidad del conjunto.

He ahí por qué los Institutos de Cultura Hispánica no son, ni pueden ser, una institución cultural más, o un centro social de los habituales y anodinos que todos conocemos, sino una institución mucho más viva y trascendente y con más profundos y trascendentales cometidos. Su parecido más cercano tal vez pudiera buscarse en las Ordenes de Caballería de otros tiempos, si bien con una función y mentalidad radicalmente diferentes. Hoy no tendrían necesidad de montar las armas en la lucha guerrera contra los enemigos de la Cristiandad, sino que deberán aguzar las inteligencias y prepararse técnicamente para ofrecer todos sus saberes al servicio de este ideal trascendente. También por ello, y

como entonces, ha de ser el Apóstol Santiago nuestro capitán y la Virgen María nuestra celestial compañera.

RELACIONES CON LOS MIEMBROS Y LAS ORGANIZACIONES AFINES

No todos los miembros de nuestras organizaciones deberán tener la misma función e idénticas obligaciones. Siendo las misiones y los cometidos de cada uno de los miembros diferentes, prudente medida de gobierno será siempre no pedir a otros más de lo que sean capaces de dar, y no rechazar ni prescindir de aquellos miembros que, aun sin llegar a cumplir el cometido ideal, sirvan y colaboren de algún modo en la causa común. En toda sociedad bien organizada pueden y deben existir grados diversos de honor, de responsabilidad y de servicio.

Existiendo organizaciones afines similares a las nuestras, tales como, por ejemplo, concretamente en Méjico, el Círculo de los Sembradores de Amistad y la Fraternidad Ibero Americana (FIA); el Instituto Riva Agüero, en Perú; el Círculo de Profesionales Hispánicos, en Chile, etc., parece conveniente y lógico el buscar la coordinación con ellas. Sus dirigentes más destacados, al menos, deben formar parte de los Institutos de Cultura Hispánica de cada ciudad, ya que son muy similares las finalidades de las mismas y, en líneas generales —aunque en grado e intensidad muy diferente—, sirven al mismo propósito común. Estas y cualesquiera otras entidades que existan o que en el futuro puedan fundarse deben procurar ser coordinadas en una acción común. La unidad en la variedad debe ser también uno de nuestros lemas. También deberemos tener clara conciencia de que siendo muchas las dificultades e incompreensiones que hemos de superar, habrá que acentuar necesariamente la conciencia de unidad y de integración de todos los individuos y las instituciones que, de algún modo, estén dispuestas a servir en el mismo norte hacia el que nuestros afanes caminan.

En resumen, pues, los Institutos de Cultura Hispánica deberán ser: 1.º Organizaciones capaces de coordinar todos los movimientos intelectuales, culturales

y sociales de signo hispanoamericano. 2.º Sin perjuicio de mantener la más declarada fidelidad a los principios católicos que nos animan y que han de ser la base fundamental de toda nuestra vida presente y futura, en un plano inferior y para cierto tipo de acciones concretas, parece conveniente y necesario establecer relaciones con otras entidades afines. 3.º Los I. C. H. deben ser esencialmente organismos para la formación de hombres, de enlace entre ellos, de información y de agrupación de fuerzas espirituales y temporales, capaces de instaurar, al margen y por encima de la política de los partidos, insuflando y vivificando la vida de las instituciones de cada nación, un nuevo orden hispanoamericano. Es necesario preparar los cuadros tras una escrupulosa selección, elaborar programas de acción, establecer coincidencias entre los futuros directores y señalar el programa que ha de cumplirse en cada etapa de avance y desarrollo.

4.º La formación de dirigentes universitarios, sindicales, económicos y aun políticos se hace cada día más necesaria. Nadie se ha preocupado hasta ahora de su formación. Las organizaciones filiales deben seleccionar escrupulosamente a los jóvenes más especialmente vocados para cada una de estas tareas. El Instituto de Madrid deberá reunirlos, compenetrarlos, vincularlos en amistad y diálogo, perfeccionar su formación, concretar sus planes y orientar luego las líneas fundamentales de su acción. Todos ellos deben tener pleno conocimiento de la Filosofía del Derecho, conocer los más importantes problemas internacionales, estudiar la doctrina cristiana del Estado, las técnicas de las conferencias internacionales, las bases de la moral política, etc.

5.º Las revistas, los seminarios y los libros que se vayan editando en los diferentes centros deberán ser todos orientados a conseguir la formación de un criterio homogéneo sobre los acontecimientos del mundo actual.

6.º La reunión y estudio de la documentación que, justificando o defendiendo nuestras tesis, se vayan elaborando a través de los diferentes comités de or-

ganizaciones de cada país, será otra de sus tareas esenciales.

7.º El contacto permanente entre las diferentes fuerzas intelectuales y culturales que actualmente existen en todos nuestros pueblos; y

8.º La elaboración de puntos de vista comunes sobre problemas internacionales.

Motor esencial de la labor de todos los Institutos ha de ser la Secretaría permanente de Relaciones Públicas, que deberá tener los siguientes cometidos:

a) Información sobre las personalidades y movimientos intelectuales afines que, en relación con los problemas actuales, existen en el mundo hispanoamericano y fuera de él.

b) Invitación para que las más eminentes personalidades de nuestro pensamiento den a conocer los resultados de sus investigaciones a través de congresos, conferencias, cursillos y consejos de especialistas.

c) La elaboración de material con el resultado de las investigaciones y trabajos de nuestros especialistas, para su distribución a los periódicos y revistas de pensamiento análogo que existen en cada país.

d) La elaboración de los planes o programas que le propongan cualesquiera de las instituciones y organizaciones adheridas.

e) El estudio, a la luz del pensamiento católico, de todas las proposiciones y decisiones formuladas por los organismos internacionales y que hagan relación al futuro de nuestros pueblos.

f) La constitución de un fichero de todas las personalidades importantes de cada uno de nuestros países que actúan en el campo internacional.

g) La preparación de todas aquellas campañas que se estimen puedan establecerse en forma unitaria en cualquiera de nuestros pueblos.

Respecto a las organizaciones adheridas y autónomas que deben actuar en el seno del I. C. H., a nuestro juicio, por el momento, deben ser dos, fundamentalmente:

1.º La *Asociación de Universitarios*, constituida por los elementos juveniles procedentes, a ser posible, de los últimos cursos de las carreras universitarias, de los que deben sacarse los ele-

mentos más valiosos, una vez que hayan terminado sus estudios universitarios, para que, provistos de las necesarias becas, vayan a ampliar estudios a España o a cualesquiera otra universidad hispanoamericana. Al regreso deberán formar la Asociación de Universitarios graduados en universidades hispánicas (no nacionales), que darán garantía de continuidad y de constante renuevo y entrada de ímpetu e inquietudes nuevas en el seno de la organización principal.

2.º Los *Círculos Culturales Femeninos*, que deberán procurar dar a la mujer hispanoamericana el sentido del hogar, de la familia, de las tradiciones cristianas, y orientar la formación de sus asociadas en forma compatible con las necesidades del mundo actual y con el sentido hispánico tradicional de la familia, célula esencial de toda la Sociedad.

Estas dos entidades deberán tener sus juntas autónomas, libremente elegidas por sus miembros, y sus presidentes formarán parte, automáticamente, del Consejo directivo de cada Instituto.

Habrá que dejar para una ulterior etapa el análisis de la vertebración de nuestras instituciones con las entidades interhispanoamericanas fundadas en los últimos años con carácter institucional y gubernamental, tales como la Oficina Iberoamericana de Educación, la Organización Iberoamericana de Seguridad Social, la Organización Iberoamericana de Cooperación Intelectual, el Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, la Oficina Iberoamericana de Coordinación Jurídica. Todas estas entidades vienen ya actuando, impulsadas por ágiles y activos secretarios generales, que trabajan en Madrid en el seno del Instituto de Cultura Hispánica; pero en su día cada una de ellas deberá tener también su Secretariado y sedes nacionales en el seno de los Institutos de Cultura Hispánica de cada nación, actuando con la conveniente y necesaria autonomía, pero también con la indispensable vinculación coordinada, que producirá siempre extraordinarios beneficios mutuos. Tal vez por el momento no pueda esto hacerse realidad, pero a medida que los Institutos de Cultura Hispánica vayan adquiriendo prestigio y solera, se-

rán estas mismas organizaciones las que soliciten y demanden esta vinculación, para la que deberemos estar de antemano preparados y dispuestos a otorgarla con largueza.

Por el momento deberemos procurar que los principales objetivos de estas organizaciones interhispanoamericanas sean conocidos por los miembros más destacados de los I. C. H., que deben tener, al menos, noticia de los planes orgánicos de desarrollo económico que se están trazando, de las posibilidades y hasta la urgencia de crear un Mercado Regional Iberoamericano y una Unión de Pagos como paso indispensable para un desarrollo sustancial del comercio hispanoamericano; de los esfuerzos que se están haciendo por destacados especialistas para la unificación del derecho mercantil, del civil y del penal de todos nuestros países; de los estudios para la implantación de la nacionalidad hispánica, por la que varios gobiernos han abogado y hasta se han promulgado leyes, que todavía están pendientes de aplicación, etc., etc.

El campo, pues, de nuestra acción tiene tal vastedad que, para no quedar ahogados en la tarea, precisa que cada Instituto se formule un programa prudente y concreto de acción, que lo revise y perfeccione cada año, que procure ampliar y aumentar paulatinamente el radio de su actividad y que todo ello se haga en estrecha vinculación con los organismos hispanoamericanos afines, a fin de que en ningún momento pueda perderse la visión de conjunto y las líneas esenciales de acción. Nuestros mayores enemigos serán siempre el casticismo localista y el nacionalismo cerrado; sustentadas con prudencia y mesura, pueden ser virtudes esenciales, pero extralimitados pueden convertirse en peligrosos disturbadores y esterilizadores de nuestra acción. Nada se hará sin la nación, pero tampoco nada con solo la nación. El argentino Mario Amadeo, en su libro *Hacia una convivencia internacional*, editado también en "Ediciones Cultura Hispánica", ha señalado en forma magistral esas líneas esenciales para las cuales debe discurrir la vida de nuestros pueblos en la política internacional del inmediato futuro. Su doctrina debe ser conocida

por todos nuestros estudiantes de Derecho y de Ciencia Jurídica, y nada mejor para ello que actuar de divulgadores de las líneas esenciales de su pensamiento.

Aunque sea en forma deshilvanada, ahí quedan trazadas unas cuantas líneas esenciales de nuestra labor en el presente. Tal vez la ambición de brevedad produzca alguna confusión; tal vez la multiforme variedad del programa conduzca a la decepción o al escepticismo. No creo, sin embargo, que nada desanime a las almas ambiciosas y nobles. Nuestro programa no es una utopía, sino

concreta posibilidad, a condición de que pongamos alma y vida en la tarea de su realización. Que somos muy pocos, podrá argüirse. No importa. Cuando así pensemos, volvamos la vista atrás y recordemos que, cuando el espíritu surge potente, uno y uno no son dos, sino once, y once fueron los atrevidos iluminados que dieron vida un día a toda la Cristiandad.

Alfredo Sánchez-Bella.
Embajador de España en
CIUDAD TRUJILLO (Rep. Dominicana).